

VIAGES DE ENRIQUE

WANTON

A LAS TIERRAS INCOGNITAS AUSTRALES,
y al Pais de las Monas, donde se explica el
carácter, ciencias, y costumbres de estos
extraordinarios habitantes:

TRADUCIDOS DEL INGLÉS AL TOSCANO,
Y DE ESTE AL IDIOMA ESPAÑOL,

POR DON JOAQUIN DE GUZMAN
y Manrique, &c.

TOMO SEGUNDO.

CON LAMINAS, QUE REPRESENTAN
algunos pasages de la Historia.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

En Madrid: En la Imprenta de PANTALEON AZNAR,
calle del Arenal. Año de 1771.

*Se hallará con el primer Tomo en la Librería de Joseph Batanero,
calle del Arenal, esquina á la de la Zarza.*

INDICE

DE LOS CAPITULOS, que contiene este segundo Tomo.

CAP. I. Del animo que formaron Roberto, y Enrique de poner casa; y como desistieron de su intento.	Fol. 1.
Cap. II. Del combite, que tuvo Enrique en casa del Señor Jazmin.	7.
Cap. III. Prosigue la materia del capitulo antecedente.	13.
Cap. IV. De los villetes, que embiaron à Enrique los hijos del Señor Jazmin, y sus respuestas.	18.
Cap. V. De las nuevas honras, que merecieron al Principe; y fin de la aventura de la Casa del Señor Jazmin.	25.
Cap. VI. De lo que observò Enrique en la Opera.	33.
Cap. VII. De la visita del Impresario; y del asunto del Pleyto, que havia de votarse.	39.
Cap. VIII. De la novedad, que turbò el sosiego en el Palacio del Señor Haya.	49.
Cap. IX. De la Junta de Medicos.	54.
Cap. X. Del Theatro Comico de los Monos.	64.
Cap. XI. De lo que pasó à Enrique con el Señor Romero.	73.
Cap. XII. De la visita de Enrique al Señor Pe-	

Peregil	89.
Cap. XIII. De la Sentencia del Pleyto del Volatin	100.
Cap. XIV. Del juicio , que hizo Enrique de las composiciones Teatrales de aquel Pais	115.
Cap. XV. De la venida de los Villanos , y aventuras de Enrique con Madama Espina , y en el Café	127.
Cap. XVI. Finalizase el suceso de los Aldeanos : Va Enrique à casa del Presidente , y con èl à Palacio	136.
Cap. XVII. De la conversacion de Enrique , y el Presidente	144.
Cap. XVIII. De la visita de Enrique à Madama Beronica , y de lo que pasó con Madama Zanahoria	155.
Cap. XIX. De las exequias del difunto Generalissimo	168.
Cap. XX. Publicase la boda de la hija del Señor Haya	176.
Cap. XXI. De las primeras vistas de los Novios	183.
Cap. XXII. De las Mascaras , y la Tertulia	190.
Cap. XXIII. Del juego , y bayles de estas Provincias	206.
Cap. ultimo. De la boda de Madama Lechuga	218.

VIA-

VIAGES
DE ENRIQUE
WANTON
A LAS TIERRAS INCOGNITAS
AUSTRALES,
Y AL PAIS DE LAS MONAS.
LIBRO SEGUNDO.
CAPITULO PRIMERO.

Del animo que formaron Roberto , y Enrique de poner casa ; y como desistieron de su intento.

LA virtud de Roberto , y sus prudentes consejos me habían ido conduciendo à un estado de vida aun mas ventajoso , que el que podia prometerme la constitucion de aquellas cosas. De los viles tratamientos de los ignorantes , é indiscretos villanos pasè repentinamente quasi de las garras de la muerte , al mas alto grado de honras , y fe-

A li-

licidades. Gozaba el fruto de la sábia direccion de un buen amigo, y admiraba en mis fortunas el precio de la verdadera amistad, que debe ser tanto mas estimada, quanto es el encontrarla mas difícil. Muchas veces es empresa mas ardua conservar la buena suerte, que saber adquirirla: Los meritos de Roberto nos la alcanzaron; él por consiguiente havia de llevar el peso de mantenerla. Las continuas advertencias de mi amigo, y las luces, y experiencias, que producen las desgracias debian bastarme para dirigirme sabiamente por mí mismo, sin haver de llevar al lado siempre un consejero de mis pasos. Yo me creí ya capaz de manejarme en los ordinarios sucesos de la vida, y tal fue tambien la opinion de Roberto, que además de esto, no podia estar siempre conmigo, porque la bondad del Principe le havia ocupado en negocios de honor, y de entidad.

De aquí fue, que para el reciproco conocimiento de nuestros descubrimientos establecimos entre nosotros el método de comunicarnos todos los dias nuestras observaciones, y quanto nos sucediese. Por esto Yo aprendía de él las leyes, la politica, y otros puntos de grandissima consideracion, que forman lo esencial de aquel gobierno; y en recompensa él sabia por mí las costumbres, y caractères de los Ciudadanos, que mas le servian de pasatiempo, que de instruccion. A poco tiempo llegué à estar muy versado en todos los puntos, que pertenecian á mi compañero, el que de mí, repito, no sacaba mas fruto, que unos conocimientos de poco valor, pero que no le desagradaban en las horas ociosas. De lo que Yo le con-

contaba tomaba materia para instruirme en el manejo, con que debia portarme, y algunas veces me corregia los defectos involuntarios, que cometia, sugiriendome maximas, con las que en iguales circunstancias aprovechaba al paso, que me atraíia la comun alabanza. ¡Dichoso Yo, si en todo hubiese seguido su dictamen! El escrupulo en algunas ocasiones de no revelar secretos de otros, me impedia comunicarle muchas cosas, que pedian su consejo mas que las otras; de donde dimanaron las desgracias, que me sucedieron despues, y que hubiera podido evitar muy facilmente. Demonstraránse estas verdades en el discurso de estas memorias.

No olvidado Roberto de la doctrina, que nos dió el Ministro, me propuso, que mudásemos los vestidos, acomodandonos al estilo del pais. No ignoraba él, que la variedad en los trages no debe influir en la opinion, que se forma, de los que se sirven de ellos; pero por lo general los Monos tienen tal contrariedad à los adornos, que se diversifican totalmente de los suyos, que han concebido una especie de rusticidad, en los que assi los usan. Quedamos esentos de la nota, vistiendonos à la moda de aquellos naturales. Conocióse inmediatamente el buen efecto del cambio, porque el Pueblo cesó de insultarnos; no se desdenaban los juvenes mas altaneros de pasear à nuestro lado por las calles públicas, y las Damas depusieron mucha parte de su fastidio. Aun lo mas escogido del Reyno alabó en extremo nuestra determinacion, de modo, que ya quasi no nos consideraban hombres, sino del todo Monos. Assi es verdad, que hay

ciertas preocupaciones, que no las adopta solo la plebe, sino que poco à poco van introduciendose de clase en clase hasta contaminar Provincias, y Reynos enteros.

Todas las circunstancias parece que à porfia concurrían à elevarnos al grado mas superior; pero aún nos quedaba que desear aquello, sin lo qual los honores no son mas, que un vergonzoso peso. ¿En un pais forastero, sin los auxilios necesarios para la vida, cómo podíamos prometernos una decorosa manutencion, y lustre entre aquellos Ciudadanos? Verdad es, que la liberalidad del Señor Haya nos subministraba todo lo que havíamos menester. ¿Pero hasta quando deberíamos serle gravosos? ¿Quién podia asegurarnos que él podria, ó querría continuarnos su beneficencia? Finalmente, por mas brillante que apareciese nuestro porte, siempre le considerabamos inmediato al precipicio. Todo el que tiene entendimiento, sabe quanto acibara este pensamiento à los mas excesivos gustos del favor de la fortuna; y assi teniendole nosotros presente en nuestro estado, nos encontramos en el mayor ahogo.

No quiso el Cielo que tuviesemos largo tiempo esta zozobra. El Principe se hizo cargo de nuestros sucesos, y previó la agitacion, en que nos tendria la falta de medios para mantenernos en un pais separado del nuestro por medio de una vastissima extension de agua. En consecuencia de sus reflexiones para socorrernos, providenció aplicar una pension vitalicia à cada uno de nosotros sobre las rentas de su erario. La liberalidad acompañaba al beneficio, por consistir la consignacion en mil

es-

escudos de oro anuales à Roberto, y otros tantos à mí. Esta inesperada clemencia colmó nuestros animos de un verdadero consuelo, viendonos, mediante una asignacion tan generosa, libres de los males que trae consigo la pobreza, y con medios para poder comparecer entre los mas ilustres Monos con aquella grandeza, y esplendor, sin la qual desprecia, ó à lo menos no hace caso el vulgo de los mas sobresalientes adornos del animo, y del entendimiento.

Dimos las debidas gracias, haciendo las regulares protestas, y promesas de un eterno reconocimiento, que las sugiere el interés, y nos queremos hacer creer à nosotros mismos que son efectos del agradecimiento; y despues me expuso Roberto, lo que le pareció debíamos executar, diciendo: Ya es tiempo, de que pensemos en no ser mas gravosos à la casa de un amigo, à quien debemos nuestras fortunas; razon será, pues tenemos suficiente proporcion para mantenernos con decencia, que no continuemos en molestar à quien nos favorece: Por tanto es mi parecer, que pongamos nuestra casa, y en ella viviremos con aquella comodidad, y decoro, que nos permitan nuestras rentas. Gustoso condescendi à las razones de mi amigo, y resolvimos despedirnos aquel mismo dia de la casa del Señor Haya.

Antes de dar este paso, le embiamos un regalo, que consistia en parte de nuestras armas, que eran el objeto de su admiracion, y algunas otras cosillas Europeas, que eran en sí de poco valor; pero de estimacion por nuevas. Recibió el generoso Huesped con todo aprecio este tributo de nues-

nuestra gratitud, y vino en persona con sus Hijos à demonstrarnos su mas vivo reconocimiento. Despues de las acostumbradas formalidades le declaró Roberto el designio de ser yá muy debido relevarle de la molestia de nuestras personas. Mudò todo el color al oír esta noticia, asaltandole una verdadera tristeza, y nos dixo: ¿Y havré de creer cierto, amados amigos míos, que quereis privarme del mayor bien, que jamás puedo esperar poseer? ¿Si no hay duda, que por mi medio haveis alcanzado la gracia del Principe, por qué se ha de convertir en mi daño el beneficio? No me serviis vosotros de molestia, antes bien de honor; aquellas cortas asistencias, que os subministro, abundantemente me recompensais con las ventajas, que recibo de vuestra capacidad, y sabiduría; mi Palacio es bastante capaz para daros alojamiento en él, y assi, no incommodidad, muchissima honra si, se me sigue, de que os digneis habitar conmigo. Haced lo que pensais, si es vuestra voluntad poner à un amigo en la mayor afliccion; pero si aun teneis el corazón compasivo, olvidad un designio, que ha de serme tan funesto. A estas expresiones unieron con todo esfuerzo sus instancias los Hijos, rogandonos, que no tuviese efecto aquel proyecto, que los dexaba inconsolables.

Forzoso fue ceder à tan obligatorias violencias; y assi resolvimos quedarnos en el mismo alojamiento. A fin de que nos fuese menos incómoda la detencion en su casa, nos destinò quatro absolutamente separado de la familia, con un criado para cada uno, que no tenia otra obligacion, que hacer lo que le mandasemos. Pero

Ro-

Roberto, zózobroso por no poder recompensar tantas generosidades, quiso á lo menos dar à entender su reconocimiento, poniendolo en noticia del Principe, quien tomó por su cuenta la satisfaccion de esta deuda, y en su consecuencia confirió á nuestro bien-hechor un lustroso empleo, que vacò de allí á pocos dias. Yá entonces (aunque siempre con la debida gratitud) nos quedamos sin cortedad en aquel alojamiento, en donde nos trataba Madama Espina con todo agasajo, despues de los adelantamientos, que por nuestro medio tenia su consorte.

CAPITULO II.

Del combite, que tuvo Enrique en casa del Señor Fazmin.

YA con uno, yá con otro de mis amigos me iba introduciendo en todas las asambleas mas illustres, en donde procuraba con mis acciones, y con la precaucion en el hablar, atraerme las voluntades, no dando disgusto à persona alguna. A poco tiempo la mayor parte de la nobleza me concedió el honor de su amistad, con la que comenzó à respetarme el Pueblo, y à tolerarme los malevolos; estos escondian sus malvadas intenciones en lo mas interno del corazón, sin atreverse à nosotros por el debido obsequio à la alta proteccion, baxo cuya sombra viviamos, y por no haver podido encontrar fundamento aun en mi conducta, de adonde poder dar fomento à los efectos de su aversion.

En-

Entre los muchos, que con ansia solicitaban mi amistad fue uno el Señor Jazmin, que ya cité en el primer tomo, esforzando todos los medios de obtenerla. Combidóme un dia á comer con tantas instancias, que no podia escusarme en buena cortesia. Aceptè pues, y nos fuimos juntos á su casa: Entré en un magnifico palacio, lleno de una prodigiosa multitud de criados. Hice entonces un alto concepto de este Cavallero, el que aumenté quando fui viendo los preciosos adornos, y sobresalientes alhajas, que se descubrian por todas partes. Recibiòme con la mayor urbanidad, y estimacion en un gabinete enriquecido con los ornatos mas raros, y delicados, que son imaginables, una desmesurada Monaza, rodeada de pequeñas Monitas, que eran la Muger, è Hijas del Señor Jazmin. Apenas me huve sentado sobre un canapé de rica tela, quando la Madre me preguntò si havia estado alguna vez enamorado. Algo me sorprendió esta primer pregunta, porque ciertamente no la esperaba; pero respondí, que mi edad aun juvenil hasta entonces me havia tenido esento de las incommodidades de las pasiones amorosas. Antes bien haveis de decir, replicò ella, que teneis aun que embidiar los placeres, que se derivan del amor. Entonces me hizo un confuso, largo, y poco honesto discurso acerca de la felicidad de los enamorados, añadiendo, que en tanto es un bien la vida; en quanto el amor la dirige. Las Mozitas aplaudian la doctrina; y exponian las reflexiones, que su Madre havia omitido. Como yo era un joven inexperto, no dexè de escandalizarme, viendo tanta pericia del

ar-

arte de amar en sugetos, que havian de ignorar los principios; y me maravillè tambien, de que en un cuerpo tan grande, y en una cantidad de tanto peso pudiese habitar un espiritu tan ligero.

Mas no parò aqui este lance, pues Madama Calabaza (assi se llamaba la Madre) queria incluirme en empeños amorosos. Yo entendí el mysterio; y respondí, que no habiendo en aquella tierra hembras de mi especie, era imposible, que Yo me determinase á amar, ni podia creer, que las Monas tuviesen el depravado gusto de poner en mi sus cariños. No conoceis vos al Mundo, replicò ella; quando se trata de colocarse un sugeto ventajosamente, es necedad pararse en reflexionar, ni las qualidades del cuerpo, ni los dotes del alma; basta saber, si el que se prepara para esposo tiene proporcionados haveres, segun las ideas de los Padres de la esposa, que en tal caso poco importa, que su figura difiera poco de la de los brutos, y que tenga su espiritu alguna tintura de bestialidad. Horrorizòme esta maxima, sin llegar á persuadirme, á que lo general de los Padres la siga; pues segun las leyes de la naturaleza, de la justicia; y la sangre, debieran estos en la colocacion de sus Hijas indagar con gran cuidado, y escoger aquel partido, que pueda conducir á las pobres interesadas á un estado de felicidad, y no hacerlas desdichadas para siempre. Pero es tanta la pasion de las riquezas, y de la avaricia, que para satisfacerla se desprecian todas las leyes humanas, y civiles.

Aunque las ultimas palabras de Madama Calabaza me pudieran haver hecho resentir, quise darme por desentendido, y echando á lo mejor

B

el

IO VIAGES

ei discurso, respondi, que miraba como imposible, se hallase persona, que entregase su Hija à un forastero, que por un raro accidente se hallaba en aquel pais, de donde era regular marchase luego que tuviese ocasion oportuna. Y si fuese à vos? replicó entonces Madama. Si hablára eso conmigo, añadí, no se hallaría en mí la facilidad, que se piensa, para ligarme con un lazo tan desproporcionado, de que no podría seguirse otra cosa, que dolorosas conseqüencias. Mientras duraba esta conversacion estaba la Hija mayor echandome unas ojeadas expresivas, que causaban en mí razon un efecto totalmente contrario, à el que ella se imaginaba. Yo estaba confuso sin determinarme à creer, si aquellos discursos se havian introducido para incluirme en un empeño que era peor que morirme, ó à fin de burlarse de mí para ridiculizarme despues por toda la Ciudad; dos cosas, que no sabia qual tener por menos mala.

Viendo mi constancia, y que nada se adelantaba; la joven de las miradas, que se llamaba Ortiga, se levantó de su puesto, y se vino à sentar à mi lado. Empezó suspirando à hablar de la passion del amor con terminos enfáticos, en los que iba mezclando mil bellas, y graciosas consideraciones. Para que rebentase la mina, ó si era burla, para bolverla contra quien la intentaba, dixe assi: Juzgo Señora, que os haceis vos misma un grande agravio, mostrándoos tan erudita en un arte, que à vuestro estado repugna saber; y vos parece, que en el pretendéis la gloria de maestra. En dónde haveis aprendido à enmascarar una tan viciosa passion, y adornarla con tran-

DE WANTÓN. II

tas gracias? En la Opera, respondi ella francamente, he hallado todos estos sentimientos. Yo que entónces no entendia la palabra de Opera, equivocandola, proseguí con mas seriedad la reprehension, y quando me imaginaba haver mortificado muy bien à la Señorita, y me estaba ya vanagloriando de mi triunfo, me hallè burlado de todas, que empezaron à reir à carcajadas con mi sencillez. Llegó à este tiempo el Señor Jazmin, contóle su Muger el suceso, y èl sonriendose procuró descifrarne la equivocacion despues, porque ya era hora de ponernos à la mesa.

Pusimonos à comer, y me tocó la suerte, ó, por mejor decir, la desgracia de sentarme junto à un joven muy mal criado, que era hijo del Señor Jazmin; tenia quanta altivez era imaginable, à la que agregaba una ignorancia incapáz de correccion por estar unida à la alta idea, que de sí mismo tenia formada. Acababa de salir de un Colegio de nueva invencion, en que à fuerza de querer enseñarlo todo, se quedaban los discipulos sin saber una palabra. No podia hablarse en materia alguna, porque inmediatamente queria decidirla antes de saber el estado de la questão. Segun su dictamen todos sus Conciudadanos estaban enteramente ignorantes de todas las ciencias, y artes, de las que èl solo era quien tenia claras, y distintas ideas. Habló sin venir al caso, de los movimientos de los planetas, del numero de las estrellas, del fluxo del mar, del alma de los brutos, y se dexó por tocar la suya. Quando yo profesaria una palabra, me miraba con ojos de compasion, como que tenia lastima de mi ignorancia. Tuve que

sufrir à este mentecato porque estaba en su casa, y porque sus padres le escuchaban con la boca abierta, y fuera de sí por el consuelo de tener un hijo, que à su parecer era un pozo inagotable de ciencia, un oraculo verdadero, y un portento de virtud.

Semejantes frutos sacan las ciegas preocupaciones, y una pésima educacion, segun cuyos principios, acompañados de la aprobacion, de quien debiera corregirles los defectos, quedan incurables los infelices, que reciben tales doctrinas. En efecto, este joven fue despues en las conversaciones comun pieza de entretenimiento, sin que por esto solicitase su enmienda, porque intitulaba embidia à la justicia que se hacia à su falta de merito. Despues de adulto, siempre quedó un necio, imbuido en algunas impertinentes quèstiones físicas, incapaz de toda ocupacion de gobierno.

Yo estaba muy resentido de la burla, que de mí havian hecho la Muger, è Hijas de el Señor Jazmin, por lo que no parè, hasta que me sacaron de mi error. La equivocacion de aquella voz me havia hecho formar un concepto injuriosissimo à la Señorita Ortiga, siendo lo que ella queria darme à entender, que en cierta representacion, que entre ellos se usaba, havia aprendido los sentimientos mas delicados de la pasion amorosa. Yo no tenia formada idea de estas representaciones, por lo que roguè al Señor Jazmin me instruyese en este punto. Quería satisfacer èste mi curiosidad, quando el atrevido mozuelo interrumpió à su Padre, para resolver el asunto. Ante todas cosas me honrò con el titulo de barbaro, y despues añadió, que en estas representaciones se imitan las acciones

nes de los Heròes. ¿ Y qué tiene que ver el enamoramiento con el heròismo ? repliqué yo ; pero nunca lo huviera dicho : Se conoce muy bien, respondiò, que pensais, como lo que sois ; por lo qual, ¿ para què me he de cansar en explicaros, lo que no podeis entender ? Quedème, pues, con el deseo de informarme de una cosa, que este Doctor à la moderna, ò no sabia, ó no se dignaba comunicarme. Bolvieron à salir à luz las proposiciones, que me hicieron en el gabinete, yo continuè defendiendome, y el Señor Jazmin me hizo la guerra à lo político ; su hijo callò un rato, y à poco montò en colera, gritòle el Padre, reprehendiòle la Hermana, él se levantò, amenazándome con el ceño, y partiò. Assi se finalizò aquel deliciosissimo combite.

CAPITULO III.

Prosigue la materia del capitulo antecedente.

Retiraronse las Damas à su quarto, y Yo quedé solo con el Señor Jazmin, que me fue enseñando el Palacio, y demonstrando una infinidad de raras, y preciosas labores, que nuevamente havia ido añadiendo à la magnificencia de la fábrica. Yo estaba admirado viendo tantas riquezas, mas no pudo sufrir mi curiosidad, dexar de preguntarle el precio de cierta colgadura, que adornaba el salón, en que entonces estabamos. Me hacéis, dixo, una pregunta, que ni ahora, ni acaso jamás podrè exactamente satisfacer. No obstante que

que la respuesta pudiese hacerme entrar en sospecha; con todo la supuse de buena fé; y que quería decir, que no havia hecho perfectamente la quienta de su coste, y que por esto no podia responderme. Como no entendí à fondo sus palabras, bolví à preguntarle, quanto le havian costado ciertas finissimas molduras muy bien doradas, que estaba mirando. ¿ No os he dicho yà, replicò, que no puedo deciros su valor, porque no lo gasto? Con que segun eso, añadì Yo, otro lo darà por vos; sin dũda serà vuestra Esposa, que tendrà el manejo de toda vuestra casa, y no la tomareis quientas en confianza de su integridad; perdonad mi atrevimiento, y considerad, que la curiosidad, madre del saber, es indispensable en un forastero, que se halla en un pais tan distante del suyo.

Suspirò el Señor Jazmin, y dixo: ¡ Ay, amigo, aun no haveis penetrado la fuerza de mis razones! os he dicho, que no lo gasto, y es verdad, porque à ninguno le pago. Los Mercaderes, de quienes saco los capitales necesarios para mis designios, escriben mi nombre, y el precio de los generos, que me fian, en cierto libro, que ellos llaman de credito, pero que con más justa causa havian de llamar de cartas de pago, por lo que à mi, y à muchos toca: Los Artesanos concurren voluntariamente à darme gusto: Con esto entenderéis ahora todo el sentido, de lo que yo os respondia. Acaso os parecerà imprudente mi confesion; pero el designio, que tengo formado con vuestra persona, me hace tener la confianza de comunicaros las noticias de las cosas, en que algun dia tendreis parte. Quedè suspenso con la delacion, y con su pre-

venido designio, de que yà tenia sospechas en virtud del coloquio, que tuve con las Damas; pero quise valermè de esta ocasion para saber, con què habilidad sacaba de manos de los Mercaderes su hacienda con una moral certidumbre de no bolverse à juntar con ella, y como conseguia, que le sirviesen los artifices sin esperanza de la paga de su trabajo.

El nacimiento, las connexiones, y las amistades, me respondiò, de que abundo en la Ciudad, son para mi inagotables minas: Todos los Artesanos, y Mercaderes me subministran con la mayor liberalidad su trabajo, y sus mercaderias, porque ganan por mi medio mucho mas, de lo que vale lo que me prestan, ò por mejor decir, lo que me regalan. Os explicarè todo el secreto: Si algun Pariente, ò Amigo mio emprende una obra, ò fabrica costosa, ò algunos gastos magnificos, al punto vienen à rodearme mis Mercaderes, y Artifices, para que les solicite aquellas ganancias; voy inmediatamente à encontrarme con la dicha persona, y con mil sollicitaciones; con promesas de la conveniencia, que ha de experimentar, con alabanzas regularmente falsas de mis recomendados, obligo en cierto modo al Pariente, ò al Amigo, à que se valgan de aquellos; de quienes les informo: Estos, que conocen, que aquel es tiempo de aprovecharse, confiados en mi apoyo, añaden al valor principal una tercera parte mas; assi à costa de mis fatigas se hacen pago de una parte de sus credits. Si acaso alguno de los demás, que no son de los principales de la Ciudad, quiere hacer algunos grandes gastos, me baxo à irle à suplicar, que emplee à mis

recomendados; y la vanidad de haverse lo Yo pedido les hace, que condesciendan: Si luego hay alguno de estos, que quiere moderar el precio de las excesivas pretensiones de los artifices, entonces entro yo gritando, amenazando, y otras veces sirviendome de las persuasiones; de este modo en los que no aprovecha la blandura, produce el temor seguro efecto. Assi me manejo por toda la Ciudad eternamente. Decidme ahora, sino doy à estos en el espacio de un año la mitad mas, de lo que ellos me subministran de sus haciendas, ò trabajos.

Bien deciis, respondi Yo; pero no encuentro en esos procederis la debida justicia, ni la honradèz de acciones, que debe ser consequècia de un noble nacimiento. ¡Ah! Enrique, exclamò el Cavallero; el ilustre nacimiento es la causal de estas acciones, porque de èl se deriva la necesidad del luxo, y de la grandeza. Querìa probarme, que era industria, y no injusticia su modo de obrar. Conoci, que no havia de adelantar con èl cosa alguna; y assi no quise hacerme odioso, contradiciendole una proposicion, que èl mismo no ignoraba, que era falsissima.

Dixele despues, que tenia que ir à mi alojamiento, y por tanto, que me diese su licencia: El mostrò mucho sentimiento por haverse de apartar de mi; me abrazò, me besò, è hizo mil juramentos de su estimacion, y cariño, asegurandome, que dentro de poco me darìa de esto una segura prenda. Yo le huviera dispensado gustosissimamente tantas formalidades, pero mucho mas todos sus amores, y su prenda. Era forzoso despedirse de las Damas, lo que hize muy de mala gana. Madama

Ca-

Calabaza bolviò à instarme, para que fuese mas sensible à la pasion amorosa, determinandome à algun objeto; y àun prometì procurarme ella ocasion oportuna: La Señorita me rogò, no dexase de ir à la Opera, para que formase mejor concepto de ella: Quedè algo confuso de ver unas Monas tan libres; respondi como pude, y marché inmediatamente, fastidiado de todos los de aquel Palacio.

No puedo bien ponderar el aborrecimiento, que tomè à las maximas del Señor Jazmin, pero sobre todo, lo que mas detestaba era el designio de querer darme à una Hija suya por Esposa; de la misma manera, que mereceria la risa, y desaprobacion universal un Cavallero Europèo, que quisiese casar à su Hija con un Monazo por aborrarse la dote. Luego, que lleguè à mi casa, conté al Señor Haya, y à Roberto mi aventura, y se divirtièron à mi costa un rato. Despues el Señor Haya me aconsejò, que debia no trabar amistad con una persona, cuyas acciones, segun su misma confesion, distaban tanto de la rectitud, y la decencia. Assi tambien lo comprehendia Yo: ¿Pero cómo podria separarme de la amistad de un sugeto importuno, ni por què medios sin conciliarme su odio, y procurarme un peligroso enemigo? Roberto ideò mil cosas, pero en todas havia sus dificultades: El Señor Haya era de parecer, de que le dixese abiertamente, que no queria su comunicacion; añadiendo, que la proteccion del Principe era bastante para hacer contener à este espiritu, que me perseguia para turbar mi reposo; pero nosotros, que queriamos adquirirnos la estimacion,

C

cion, y afecto comun, encontrabamos en esta claridad muchas razones para no adherir à tal pensamiento. Nada se resolvió por entonces; y por divertir mi imaginacion angustiada, me propusieron mis amigos, que fuesemos à pasearnos; aceptè gustosamente la oferta, y nos fuimos à la muralla de la Ciudad, en donde la hermosura del sitio, el concurso de las personas, y la variedad de objetos, que encontrabamos, fueron gustoso motivo de esparcir mis ideas. Despues de havernos entretenido un largo rato en aquel sitio, bolvímos á casa, en donde encontrè la unica, y segura receta contra aquel mal, que iba à tomar cuerpo con notable peligro de mi sosiego.

CAPITULO IV.

De los villetes, que embiaron à Enrique los Hijos del Señor Jazmin, y sus respuestas.

AL entrar en el Palacio se presentó un criado del Señor Haya, y le dixo como havian venido dos lacayos de casa del Señor Jazmin, que querian hablarme à solas; que el uno decia, que venia de parte de su Hijo con todo secreto, y con los mismos mysterios el otro de parte de la Hija; y por tanto, para que no se encontrasen, y assi se descubriesen las comisiones de sus respectivos dueños, los tenia separados en dos distintos quartos. Alabò el Señor Haya la cautela de aquel criado, y le mandò, que hiciese entrar à uno de los dos lacayos;

yos; este se presentó muy misterioso, y hablando-me à parte, me entregò un papel del Hijo del Señor Jazmin, rogandome, que no le abriese, sino à puerta cerrada; despidiòse, y apresuradamente se alejó del Palacio. El segundo lacayo me dixo tambien en secreto, todo temblando, que tenia, que cumplir un delicadissimo precepto; este era un villete, que puso en mis manos, informandome, ser de su Señorita Ortiga; me suplicò, que guardase silencio, y me pidió las albricias, prometiendo servirme fielmente; Yo no podia negárselas sin nota; besòme la mano, y me advirtió ultimamente, que con zozobra esperaba su Ama la respuesta, y assi que no la retardase este consuelo.

Luego, que este se despidió, quedè confuso con semejante aventura; impaciente estaba por abrir los papeles; pero huve de tener, que resistir la tentacion, esperando, para dar gusto à Roberto, el que el Señor Haya bolviere, porque se havia separado de nosotros con motivo de cierta disposicion doméstica: No tuve mucho, que sufrir, porque à poco tiempo vino. Sabidas las comisiones de los lacayos, tuvieron por conveniente, que nos retirásemos à una pieza interior para leer con mas libertad los villetes, y consultar sobre su contenido. Assi se hizo, cerramos la puerta, y se abrió primero el de el Hermano, que estaba concebido en estos terminos:

Temerario Animal:

„Tu vana presuncion de obscurecer la altissima nobleza de mi sangre, aspirando à los gloriosos

„ riosísimos desposorios con mi Hermana , se funda
 „ en tu ignorancia, y en el vilísimo ajamiento pro-
 „ prio de mi Padre. Mientras tenga valor, y vida,
 „ no solamente tú, que eres disforme bestiaza, no
 „ obtendrás este honor; pero ni otro alguno, que
 „ baxe un solo grado de mi excelso nacimiento.
 „ Antes pasará el corazón à mi Hermana, verteré
 „ la sangre de mi Padre, y oprimiré toda mi fa-
 „ milia, que consentir igual indignidad. Por lo que
 „ hace à ti, tèn entendido, que si en quanto te que-
 „ da de vida, te pasa por el pensamiento poner los
 „ pies en mi casa, tèn entendido, te repito, que no
 „ siendo correspondiente à mi honor manchar mi
 „ azeró en tus asquerosísimas venas, à garrotazos
 „ sacaré de tu cuerpo un alma tan malvada. Piensa
 „ bien en tu peligro, y acuerdate de que me declaro

Resueltrísimo vengador de mis agravios,

Pepino.

La lectura de este papel hizo montar en cole-
 ra al Señor Haya, pero nosotros le hicimos refle-
 xionar, que la tontería de este mozuelo no era
 digna de su enfado, y así aquietamos su desazon.
 Abrimos despues el villete de la Hermana, que se
 explicaba del tenor siguiente:

Corazon, y alma mía:

„ Un fuego devorador se me ha introducido
 „ hasta los huesos. ¡Ay de mi! ¡Ay de mi! Yo des-
 „ fallezco; yo me muero; yo exhalo el alma que
 „ vue-

„ vuelas en busca de su ídolo para aliviar sus crue-
 „ lissimas angustias, como al rededor de la luz dá
 „ tornos la Mariposilla: Yà me determino à busca-
 „ ros, esperando de vos el refrigerio de mis tor-
 „ mentos; si no que usais la tyranía de la llama,
 „ que combida con su belleza las alas de mi co-
 „ razón para abrasarle despues; convertirle en ceni-
 „ zas, y destruirle. ¿Pero qué otro consuelo pue-
 „ de haver jamás, que conforte mis amorosas pro-
 „ fundísimas llagas, sino el de Hymeneo? ¡Ay
 „ objeto amado! Resolveos pronto; no me dexéis
 „ penar por mas largo tiempo. Desde el punto, que
 „ estas desgraciadas niñas de mis ojos vieron la gra-
 „ ciosa serenidad de aquellas estrellas, que brillan
 „ en el cielo de vuestro rostro; y desde aquel ins-
 „ tante, que salieron de vuestros labios de coral
 „ aquellas melosas palabritas, que me traspasaron el
 „ pecho, ni sé esperar, ni amar otra cosa, que à
 „ vos solo. Hè quedado como aquella flor, que siem-
 „ pre và siguiendo de cara al mayor de los pla-
 „ netas, y así mis pensamientos no tienen sino un
 „ solo objeto, y este no es otro que vos mismo.
 „ Si obtengo el suspirado contento de veros mio;
 „ de estrecharme con vos, y de abrazaros, an-
 „ daré adivinando vuestros preceptos, como la Au-
 „ rora precede al Sol; seguiré vuestros pasos, co-
 „ mo la Tortolilla los de su consorte; no me sepa-
 „ rare de vos, como la Golondrina al rededor del
 „ nido. Vos seréis solo el navichuelo, que nave-
 „ gue en el rio de mi belleza; y Yo, semejante
 „ à la Paloma, siempre estaré afectuosa, y agrade-
 „ cida à vuestros cariños. Haced, pues, la demanda
 „ à mi Padre, que os aseguro, que la aceptará con
 „ gus-

„gusto; y mientras llegá este caso, recibid mi co-
 „razon en prendas de tanto afecto. ¡ Ah simple!
 „¿ qué delirio es este? No, bien mio, no puedo
 „daros por prenda lo que yá es vuestro. No seais
 „ingrato à mis ternuras; de vos depende mi des-
 „tinó; y vuestra respuesta será la decision de mi
 „vida, ò de mi muerte. A Dios, mi tesoro, mis
 „entrañas, y mi todo. A Dios.

Vuestra desentrañadissima amante

Ortiga.

Si nos dió motivo al desprecio la carta del Señor Pepino, esta por el contrario nos movió à risa: La leíamos una, y otra vez, y no sabíamos como poder darla el realcé, que requerian las ridiculas extravagancias, que se contenian en ella. Finalizado el gustoso examen de sus expresiones pasamos á consultar lo substancial del hecho, y convenimos en que la malicia, y no la necedad, era quien la havia notado. Pretender esponsales de una persona de diversa especie, protestar un excesivo amor, à quien una vez sola se havia visto, y asegurar el consentimiento del Padre, eran todos puntos, que daban à conocer, ser esta una refinada pieza de la fecunda mente del Señor Jazmín. Concluyó el Señor Haya, creyendo, que el Padre, y la Hija havian caminado de acuerdo para procurar engañarme, y que el Hijo, no consintiendo por sobervia à los imaginarios adelantamientos de la familia, havia formado aquellas amenazas, y desprecios para ponerme miedo, y alejarme de aceptar

tar el partido. Todo esto era un asunto, que hablaba conmigo; pero el Señor Haya, que tomaba à su quienta qualquiera ofensa, que nos hacian, ò decian, entrò tambien en consulta para la respuesta de estos papeles; y la del Señor Pepino fue de esta manera:

Ignorante Animal:

„Aquel horror, que tû concibes por una alian-
 „za, que te parece tan deshonrosa, es el mismo,
 „que Yo tengo, considerando el matrimonio con
 „tu Hermana, como una obra contra la naturaleza.
 „No me deslumbran las grandezas, que vocéas de
 „tu familia, que, quando fuesen verdaderas, to-
 „das quedarían obscurecidas con tus vilissimas ac-
 „ciones. No tengo animo de poner los pies en tu
 „casa, porque he descubierto en todos los tuyos
 „unas malicias indignas de toda esa nobleza, que
 „exageras; no porque me dè miedo ese garrote,
 „del que me rio: Mi poder hace, que me burle
 „de tu temeridad; con solo querer pudiera arrui-
 „narte para siempre; tengo piedad de tu locura,
 „que es la que te dexa esento del resentimiento de
 „un hombre, que no puedes tû conocer quanto
 „vale. Marcha al Hospital, à que te administren
 „el vedegambre, que es de lo que tienes necesi-
 „dad. Curate, y vive.

El Animal, que de tû se burla,

Enrique.

Fue menester dexar, que pasase algun rato para po-

ponernos à escribir la respuesta à Ortiga, por motivo de la risa, à que su ridiculèz nos incitaba; no obstante convenia responderla para poner en práctica el proyecto, que haviamos formado; diò cada uno su parecer, y la escrivi lo siguiente:

Nobilissima Señora:

„Si vuestra nobleza quiere desterrar de sí las
„adulaciones, y las intenciones interesadas, no
„llegará el caso de ponerse con mi repulsa en pe-
„ligro de muerte; solo si, no os quedará la espe-
„ranza de unirlos à una criatura, que abomináis
„sin duda en vuestro corazon, y que por condes-
„cender à las instrucciones de vuestro Padre, y
„à la ridicula vanidad de hacer figura en el Thea-
„tro del Mundo, llamáis vuestra alma, corazon,
„idolo, fuego, luz, Sol, Tortola, nido, rio, Paloma,
„tesoro, entrañas, y todo. Hablemos claros:
„Yo no hè de sèr ni cuerpo de vuestra alma, ni
„seno de vuestro corazon. Os aborrezco, y me
„enfadaríais, aun quando fueseis una hembra de
„mi especie. Por lo que podeis dedicaros à quien
„quisiereis, siendo enhorabuena para el que os agra-
„de, Mariposa, Girasol, Auróra, Tortola, Golondrina,
„Navichuelo, Paloma, y quanto os parezca. Tratadme de barbaro, y de tyrano, que nada importa, pues me persuado, que en vuestro
„interior no dexarèis de hacerme la justicia de
„creer, que soy

Vuestro sincerissimo servidor,

Enrique.

Cer-

Cerradas las dichas cartas, se llamó à un lacayo, para que al día siguiente las llevase al Palacio del Señor Jazmin, pero con el encargo, que estuviese en la calle esperando la ocasion de entrar al tiempo mismo, que saliese de casa el Padre, y que, encontrandose con él, y siendo preguntado, respondiese, que llevaba dos papeles de suma importancia para entregarlos à sus dos Señores Hijos Pepino, y Ortiga. Para que la funcion fuese mas completa, à la carta del Hermano se puso el sobreescrito para la Hermana, y à la de esta para el otro. Assi se tomaba entera venganza, y se llegaba à descubrir en toda la familia la temeridad de los jovenes, y el enredo, que havian tramado los Padres para echar fuera la carga de su Hija mayor, por un medio, que aun Yo mismo desaprobaba.

CAPITULO V.

De las nuevas honras, que merecieron al Principe, y fin de la aventura de la Casa del Señor Jazmin.

ERa muy justo, que despues de haver recibido tantos honores, y beneficencias del Principe, mostrásemos, en lo que pudiesemos, nuestro reconocimiento; ofreciendole parte de las alhajas, que haviamos salvado del naufragio: Assi lo haviamos pensado aun antes de haverle visto, y quando todavia no estabamos con tanta liberalidad proveidos de crecidas pensiones, para vivir con lucimiento; pero retardamos la execucion de nuestro

D

in-

intento con el motivo de estar Roberto componiendo un reloj de faltriquera, que se havia descompuesto en el agua, y mudando las cifras Romanas en caractères acomodados à la inteligencia, y uso de aquellos Pueblos. La inclinacion, que èl tenia, y exercicio en la mecanica, à que havia sido aplicado, le hicieron salir maravillosamente con su obra.

Lo que haviamos destinado para el Principe era este reloj, que seguramente le admiraria; algunos espejos, ciertos vasos de finissimo crystal de Inglaterra, un pequeño antejo, dos tazones de porcelana, pintados de muy bello gusto, muchas flores de mano, y finalmente unas estampas, en que estaban delineadas algunas grandezas de Europa. Todas estas cosas, y otras semejantes haviamos ido transportando desde lo que quedó de la nave, que se encallò en la arena, y adonde con el pequeño esquife, que nos conduxo à tierra, nos era facil abordar quando queriamos, en el tiempo, que estuvimos viviendo en la gruta, que encontramos en la playa del mar.

Todas estas alhajas preciosas, por ser nuevas en aquel país, se distribuyeron commodamente en unos azafates, cubiertos con unos velos de color de fuego; llevaronlos poco antes, que nosotros saliésemos, quatro criados del Señor Haya; repetimos la leccion de lo que debia hacer; al que tenia que llevar los villetes, para que no faltase en nada de lo que le ordenamos: Para que el Señor Jazmin entrase mas en curiosidad, y examinase al criado, se deliberò, que llevase el recado, el que regularmente salia conmigo, y que el dia antes havia vis-

to

to à las puertas de su Palacio. Prometiò el lacayo executar su comision al pie de la letra, y el Señor Haya le mandò, que le llevase à la Corte el aviso de lo que huviese executado.

Encaminàmonos, pues, à Palacio, en el que tuvimos franca la entrada, y muy buen recibimiento de los Cortesanos. Estos propusieron mientras estabamos en la antecámara varias quèstiones acerca de los artes, y ciencias de Europa, à las que Yo, acordandome del cuento de los Cojos, respondì con sinceridad, pero sin ponderar demasiado à nuestros literatos.

Estando en estas palabras, saliò el Ministro, dandonos à entender, que su Principe havia recibido con gusto nuestro regalo, y que le havia alabado. Vosotros, nos dixo este Cavallero, sois dos personas muy politicas, y que sabeis distinguir el merito de las cosas, para hacer de ellas el uso, que merecen. Mucho nos honrais, respondiò Roberto, pero al mismo tiempo nos instruiis en nuestras obligaciones: Despues sacò de la faltriquera una caja, que tenia pintada en la tapa una ninfa perseguida de un satyro; luego se abria un secreto, y se encontraba un espejo guarnecido el cerco de diamantes. Esta caja, aadiò, hace à mi parecer, que se tenga por digno de alabanza à su artifice por lo bien trabajada, por la delicadeza, y gracia de la pintura, y ultimamente por el espejo, siendo mueble, que no se halla en estas tierras. Yo, que creo, que conozco el merito de la alhaja, debo ponerla en manos de quien sea mas digno de poseerla, que Yo; por tanto os suplico, tengais à bien admitir mi oferta, como debida à quien sois, y como un

D 2

cor-

corto tributo de mi rendimiento. Sumamente estimó el Ministro aquella fineza por el modo de presentarsela: Bolvió à prometernos su favor en todo lance, y lo experimentamos despues muchas veces à manos llenas.

De allí à poco tiempo fuimos introducidos à la Audiencia del Príncipe, que con una notabilissima benignidad nos dió gracias por nuestra expresion. Despues en consideracion del alto concepto, que havia formado de nosotros, y en testimonio de la estimacion, con que nos queria honrar nos eligió en qualidad de sus Consejeros privados. Sorprehendiónos el nuevo favor del Príncipe, y humildissimamente significamos nuestro reconocimiento. Asegurónos de nuevo su proteccion, y nos despidió, añadiendo, que queria en otra ocasion ver en el campo el efecto de nuestros rayos, de los que havia oido maravillas. Roberto respondió, que una mera insinuacion de su gusto seria muy bastante para solicitar nosotros la gloria de obedecerle.

Mientras estabamos en la Audiencia, avisaron al Señor Haya, que se havia quedado en la antecámara, que quería hablarle un lacayo suyo. Luego, que salimos de estar con el Príncipe, nos rodearon los Cortesanos, que inteligenciados de nuestro nuevo empleo, nos dieron la enhorabuena del alto grado, à que havíamos sido elevados. Como no víamos al Señor Haya, preguntamos por él, y sabiendo el motivo de su partida, estabamos impacientes hasta su buelta. En este intermedio nos avisó el Ministro, que de allí à pocos dias se havia de informar en una causa ruidosa, à que era fuerza, que como Consejeros asistiésemos para votarla. Dió-

me

me alguna vanagloria esta noticia, y además de eso me agradó por el deseo, que tenia de oir à los Abogados Monos.

Bolvió el Señor Haya, quien con cierta guñada me hizo comprehender, que mi asunto se havia efectuado felizmente. Sin dilacion huviera Yo querido ir à saberlo todo, pero la buena crianza no lo permitía. Detuvimosnos, pues, un buen rato, que empleamos en responder à la curiosidad de los Cortesanos, acerca de ciertos puntos, de que deseaban con eficacia estar informados. El Señor Haya, quando le pareció tiempo oportuno, se despidió, y nosotros le seguimos.

Apenas llegamos à los patios de Palacio, nos empezó à dar quenta de lo excelentemente, que havia cumplido con su comision el criado. Este, nos dixo, se entró en una tienda, desde donde alcanzaba à ver quien entraba, y salía en el Palacio del Señor Jazmin. Quando por el movimiento de todos los criados conoció, que iba à salir el amo, se encaminó à la puerta, en donde con efecto se encontró con él, y le hizo una cortesía muy rendida. El le conoció, y preguntóle, como estaba su amo, à que respondió, que con perfecta salud, y que él trahía el encargo de entregar dos cartas de suma importancia, una à su Hijo, y otra à una (que no sabia qual) de sus Hijas: Entonces se las pidió el Viejo para demostrarle el mismo à quien se dirigian; el criado fingió cautelosamente alguna dificultad en obedecerle, alegando, que él no trahía tal orden. Entró en mayor deseo con aquella repulsa el Señor Jazmin, y así buscó nuevas razones para persuadir al criado, à lo que él estaba arden-

dentísimamente deseando executar: Dióselas, finalmente, y se retiró para que no le fuese haciendo más preguntas, à las que no podia dar conveniente, y congrua satisfacción, por no estar instruido del asunto.

Yo; añadió el Señor Haya, le he examinado de si tiene amistad con algun criado de aquella casa, y me ha respondido, que si; por lo que le he mandado, que indague el éxito de aquel asunto, y si se ha movido desazon, ó riña sobre él: Me dió palabra de hacerlo con toda maña, y puntualidad, y así espero impaciente las noticias. Acabada la relacion de este suceso, discurriamos, que era mejor retirarnos à casa para evitar todo encuentro, que pudiese desconcertar nuestras medidas.

En efecto así, que llegamos, vino el lacayo, y nos refirió las siguientes noticias. Luego, que tomó el Señor Jazmin las cartas, en lugar de proseguir su camino, se entró más adentro, y las abrió, mudó el color del semblante, luego que leyó la primera, la que examinaba por todos lados, bolviendo à ver ya su contenido, yà la cubierta: Abrió la segunda, y despues de haverla pasado por la vista, se encendió en colera, subió la escalera, y llamó à su Hijo, à quien preguntó, si havia escrito un papel al Señor Enrique, en que terminos, y por que causa. El Hijo no se acobardó, ó por mejor decir, insistió en su temeridad, y confesando la poca urbanidad, que havia usado con Enrique, dixo mil injurias à su Padre: Este riño, agriamente à su Hijo, y le amenazó, que le desheredaria. Y de qué, respondió él, me privaréis, de lo que no teneis, ó de lo que haveis malgastado en vuestros

vi-

vicios? El Señor Jazmin alzó el baston para castigarle, y al ruido acudieron su Muger, y las Hijas, que quisieron saber la causa de aquel enfado. Leyeronse los dos papeles, que havian causado la discordia, y al punto se tiraron todas al joven, le maltrataron, y el Padre le echó de su casa. Esto es, concluyó el criado, quanto he podido indagar. Aplaudimosle todos las diligencias practicadas en lo que se havia puesto à su cargo, y se le dió el premio, que merecia el zelo, con que nos havia servido.

Brevemente referiré ahora todos los pasages, que siguieron à esta aventura, porque en lo sucesivo no tengo motivo de bolver à hablar de estos. El Señor Pepino, arrojado de la casa de sus Padres, dió un memorial al gobierno, queixandose, para decretarle era forzoso, que se examinase el asunto; Yo fui citado para hacer mi declaración; y dixé la verdad, como arriba dexo expuesta. Mandaronme presentar los papeles, à lo que obedeci prontamente. Hicieron despues comparecer al Señor Jazmin, para que diese sus razones: Todas se dieron por buenas, y el Señor Pepino fue condenado à estar arrestado en un Castillo por espacio de seis meses; justo castigo, que confirmaba el poder paternal contra la arrogancia de un Hijo, que con este golpe queria despojar à su Padre de aquel dominio, que le conceden la naturaleza, y las leyes.

La locura de este joven hizo público un manejó, que les huviera sido mas conveniente huviese quedado sepultado en las tinieblas. El pobre Jazmin, despues de haver comparecido en juicio contra un Hijo malvado, se miró expuesto à la comun nota

por

por haver intentado sacrificar una nobilissima doncella, casandola con un forastero, que por mas noble, y respetable, que se creyese, con todo se sabia, que no era un gran Mono.

Todos sus amigos le desampararon, como sucede en las desgracias; y sus acrehedores empezaron à perseguirle, previendo, que en lo sucesivo no podia ya serles provechoso en sus designios. Vino à hacerse la fabula de todos, falto de aquellos medios, que hacen commoda la vida; entonces bolvió sobre sí, advirtió la infelicissima situacion de su familia, lloró los yerros de su juventud, y pensó seriamente en el remedio. Resolvió, pues, retirarse à una tierra, en la qual tenia el Señorío, que estaba bien distante, y oculta de la Corte. Vendió todos los muebles de su Palacio, que importaron una suma considerable, con la que pagó parte de sus deudas; y prontamente partió con toda su familia adonde havia determinado. En este lugar se aplicó al estudio de una verdadera economia, cultivó muy bien sus campos, y en pocos años se halló en estado de satisfacer à todos sus acrehedores, de colocar honradamente à sus Hijas, y bolver à la Ciudad con un capital de hacienda, y sagacidad, que motivó à que todos le mirasen con ojos de estimacion, y respeto.

Muchas veces se tienen por desgracias en esta vida ciertos sucesos, que, quando creemos que à todo alivio nos cierran la puerta, suelen ser origen de una no aparente fortuna. Assi nosotros con una justa, y jocosa venganza nos libramos de mil peligros, y fuimos la raiz principal de un bien tan grande. ¡Oh! felices aquellos, que saben de tal modo

ven-

yengarse, y mas felices, los que logran efectos tan afortunados de una desdicha, que creen irreparable.

CAPITULO VI.

De lo que observò Enrique en la Opera.

NO podia desechar de mi corazon la burla, que me hicieron, quando me equivoqué acerca de la Opera; aun no havia podido penetrar la causa de la equivocacion, y contandole este suceso à Roberto, le rogué, me diese alguna luz, si acaso él comprehendia lo que era: El me respondió de este modo: Usanse entre nosotros ciertos espectaculos, en los que se representa alguna ruidosa accion, que ha sucedido en tiempos antiguos; en un gran salón hay un tablado algo elevado, en donde los hombres, y las mugeres, vestidos al uso de los personajes, que imitan, fingen ser aquellos mismos; por lo que hablan entre ellos, como de un suceso, que tienen presente. Para imprimir mas à los espectadores la semejanza de la accion, se pintan los lados, y el frontis del parage, en que esto representan, de modo, que el todo corresponda à aquellos lugares, en donde sucedió, ò podia suceder aquel lance. La energia, con que los actores, y actrices significan sus pasiones, la novedad, lo suntuoso de los vestidos, la vista de los lugares imitados, en cierto modo sacan fuera de sí à los oyentes, que se interesan en aquellas apariencias como si estuviesen existentes realmente aquellas acciones. Estas representaciones en nuestro idioma se llaman Opera; lo mismo se llaman entre las Monas; solo, que la diversidad

E

de

de las lenguas hace, que en la suya se equivoque este nombre, teniendo el mismo sonido, que obrar, de donde nació vuestra mala inteligencia. Estàn al rededor los espectadores en una especie de galerias, las quales con el salòn, y el tablado hacen el conjunto, que se llama theatro.

Aunque el informe de Roberto me satisfizo la curiosidad por lo que hace à la burla pásada; me quedó un vivissimo deseo de presenciar uno de estos espectaculos. En mi tierra havia oïdo muchas veces los nombres de Tragedia, y de Comedia; pero hasta entonces havia estado creyendo, que aquellas voces no tenian otra significacion, que llanto, y risa; tomaba Yo el efecto por las causas: Despues con el tiempo quedé desengañado, y aún conocí, que suelen causar efectos contrarios; pues son pocas las Tragedias, que no le muevan à uno la risa, y las Comedias el disgusto, ò à lo menos el fastidio.

Un día, que me hallaba con unos Amigos, di à entender el deseo, que tenia de estàr presente à una de estas representaciones; à lo que me respondieron, que dentro de poco se me cumpliria el gusto, por estarse esperando por momentos una celebre Compañia de Operistas. En efecto no tardaron mucho en llegar, y determinaron el dia de empezar su trabajo. Todos los nobles de la Ciudad parecia, que se havian buuelto locos de contento; no se hablaba de otra cosa, que de las Operas, y aun no se havian empezado; alababan mucho à los actores, y aun no los havian oïdo: Quièn prevenia el aposento; quièn solicitaba servir à una Dama rica, para ir con ella al Theatro, sin tener, que gas-

tar:

tar: Todos finalmente estaban en una inquietud indecible.

Llegò el suspirado dia, y ya creìa Yo firmemente ir à presenciar aquella fiesta. Cerca de la noche me avisaron, que convenia, que me proveyese de una mascara, porque no permitia la costumbre, que yo me dexase ver con mi cara descubierta. Por no separarme, pues, del uso, roguè à uno de mis amigos, que se tomase la incommodidad de buscarme alguna; aceptò gustoso el encargo, y fue à executarle: Bolvió à cierto rato con una mascara de figura tan extraordinaria, que no puedo bien explicarla; pero quando quise acomodarme la al rostro, no fue capáz poderlo hacer: Entoncès caimos en nuestro yerro, de que no podia haver mascara, que viniese al rostro de un Hombre, por estar todas hechas à la medida del de los Monos. Reimonos con el desengaño, y yà no fue posible satisfacer en aquella noche mi curiosidad, porque rehusè constantemente ir de otra forma al Theatro, que de aquella, en que era costumbre asistir.

Para remediar la incongruencia, llamamos al dia siguiente à un àrtifice de tales mascarar, para que hiciese unas acomodadas à Roberto, y à mi. Ponderò este la dificultad; fue necesario rogarselo, y pagarle lo que quiso, para que consintiese; tomònos la medida, y prometì traher cumplida su obra al fin de dos dias. Entretanto quise indagar, què cosa havia parecido la primera Opera. Fui à la plaza, donde encontrè un corro de Cavalleros, me introduxe, y luego hize mi pregunta. Ninguno se atrevia à proferir la sentencia; finalmente el mas osado decidiò, que la Opera era excelente; im-

E 2

dia-

diatamente condescendieron todos à la proposicion. Bolvi à instar, què accion era la que se representaba, y en què consistia su valor. ¡Con buena pregunta iba Yo! Ninguno sabia responderla. Vease aqui de què modo suelen hacer estos sus juicios; el primero, que habla, aunque no lleve razon, ni tenga conocimiento de causa, ese es el que atrahe los votos de los demàs.

Parti de la plaza; entrè en una tienda de aquellas, en donde se vende el licor negro, de que hablé en el primer libro, y tomè una taza, para hacer lo que todos. Estaban tambien aqui hablando de la Opera, con la distincion, de decir, què no valia cosa, porque assi lo havia decidido un Viejo hypocondriaco, que no la havia visto: Preguntè el motivo, por què no havia parecido bien; se empezaron à mirar unos à otros, y ninguno supo decirlo: Finalmente un mozuelo respondiò, que no havia duda en ello, sin que se debiese buscar la razon, estando de por medio la autoridad de un sugeto tan grande. Yo callè; pero hice interiormente mil juicios acerca de la voz comun: Esta, pues, segun la experiencia referida, nace en el país de los Monos de algun raro accidente; assi, la temeridad de uno, que habla primero acerca de aquèllo, que no entiende; ò la hypocondria de un Viejo, que està yà falto de los sentidos, y ha perdido el gusto de todo aquèllo, que mas vivamente se solicita, por lo general son las fuentes del credito de las cosas, y de la fama, que de alli se deriva. Fatiguense, pues, ahora los Monos, para dexar un gran nombre à la posteridad.

Esta variedad de pareceres moviò mucho mas mi

mi curiosidad: El artifice nos traxo puntualmente las mascaràs, como nos lo havia prometido. Rodearonme al rededor de la cara un largo, y negro velo, y despues me la cubri con la mascarilla. Incommoda, y estraña se me hizo al principio aquella especie de disfráz; pero despues me la hizo tolerar el uso, y fui poco à poco gustando de ella. Con tales arneses me conduxeron al teatro. Creerà ahora mi lector, que voy à hacer descripcion de todo, lo que observè la tal noche; pues no lo espere, porque Yo no vi otra cosa, que confusion, y desorden. Un altissimo, y continuado estrepito, que resultaba del sonido de varios instrumentos, no dexaban entender las voces de los actores, que siempre cantaban; lo mismo quando lloraban, que quando se consolaban; igualmente aprisionados, que quando estaban sobre el trono. Notè, que todos, tanto machos, como hembras, tenian una voz sumamente sutil. Observè, que volaban las fabricas, que andaban los arboles, que resplandecia el terreno, que pisaban; que unos mismos personages se hallaban de un momento à otro yà en la Ciudad, yà en el campo, yà en otros lugares distantissimos, sin que se descubriese, cómo se formaba aquèl encanto. Los trages eran muy extraordinarios; de tal modo, que no huviera podido Pintor alguno de la mas desbaratada fantasia imaginar dibuxos semejantes; estaban guarnecidos por todos lados de pièdras brillantes, de conformidad, que si fuesen finas, todo el valor de un Reyno se quedàra corto por precio de uno de aquèllos vestidos. Todas las cosas en lo verosimil, y creible guardaban unas mismas reglas. Ciertas danzas al-

go libres se interpolaban con los cantos.

Para colmo de la extravagancia observé un murmullo sin cesar, mientras duraba la representacion del hecho, que figuraban; pero un profundo silencio, quando era necesaria la atencion de los ojos, y no la de los oídos para la diversion del bayle. Hize finalmente reflexion, de que todas las Damas, durante aquel espectáculo, tenían buelta la espalda à los actores, y à los circunstantes la cara; presuntuosa demonstracion, de que hacian desprecio de aquello, à que con tanto anhelo deseaban asistir.

La diversidad, y confusion de objetos, y asuntos no desmerecia, el que hiciese, à los que estaban mas proximos, algunas preguntas; para que me satisficiesen mis dudas. El Señor Narciso estaba conmigo; bolvíme à él, y le pregunté con bastante naturalidad, si sus Herodes antiguamente cantaban siempre para hablar, y si todos tenían las voces de tiple. Un cierto Mono enmascarado, que estaba junto à mí, me respondió con una voz muy delicada: Vaya el villano al monte, y no se nos venga al Theatro; los que son como él, no pueden formar sus juicios, sino segun su naturaleza. Este inesperado ultrage me alteró en sumo grado; por lo que le díxe: ¿ Quién sois vos, Monazo desvergonzado, que teneis atrevimiento de hablar de tal manera conmigo? Soy, replicó él, uno, que puede echarse del Theatro, porque soy el Impresario, y no tengo necesidad de que un bruto venga à desacreditar mi Opera, como tú lo estás haciendo. Seais, añadí Yo; el que fuereis, he de estar aquí, aunque no queráis, y he de hablar quanto me parece; que Yo pago mi dinero, para dar mi voto, como

mo qualquiera, en aquel espectáculo, que se expone à la pública censura. Iba à pasar adelante, pero los que estaban inmediatos nos separaron.

Quise tomar satisfaccion de aquella afrenta, y assi, luego, que se acabó la Opera, se lo díxe al Señor Haya; él se inclinaba à componerlo todo amigablemente, pero Yo no me contenté con eso; por lo qual, queriendo darme gusto, y mucho mas, no siendo el Impresario sugeto de suposicion, me acompañó á otro dia á casa del Ministro, que obligó al dicho Impresario, à que me diese satisfaccion, yendo à mi casa à pedirme, que tuviese compasion de él, y perdonase su yerro.

CAPITULO VII.

De la visita del Impresario; y del asunto del Pleyto, que havia de votarse.

NO faltó el Impresario al cumplimiento del orden, que se le dió. No diré, quan estenuado, y pálido estaba, con los ojos descajados, y hecho una verdadera imagen de la desesperacion, por no ser estas suficientes señas para pintar su figura; y assi, como imposible, dexo de delinear un Monazo tan disforme. Vino absolutamente mudado de como le experimenté en el Theatro; con la mas rendida humildad me hizo un cumplimiento tan grosero, que me demostró su poca crianza.

Quando se mira humillado al enemigo, no se debe pedir otra cosa; por tanto Yo quedé contento, además de haverme movido à compasion su hor-

horrible figura, de la que inferia un interior bastante lastimado: En virtud de esto, y no sabiendo que hablar con él, entablè la conversacion de las cosas de su exercicio, y le preguntè, què esperanzas tenia acerca del exito de sus intereses. Señor, respondió, Yo tengo, que pelear con una casta de gentes la mas indomable del mundo. Es menor trabajo llegar à domesticar Leones, que empenarse en sujetar à la razon à un Musico, ó à ser obediente à una Cantarina; lo mismo digo de los Baylarines, de la Orquesta, y de toda la canalla, con quien gasto un tesoro, para que hagan conmigo mil iniquidades. Si uno es liberal en regalarlos, y atento para el manejo, le tienen por un pobre tonto, y creen yà serles licitas todas sus impertinencias: Si uno se demuestra severo, y lleva con rigor todo lo que le pertenece, son como los burros, que estàn mas tercios, mientras mas los castigan. Ya finge uno, de los que han de cantar, que està resfriado; el Baylarin, que se ha hecho una contusion en una pierna; el que ha de tocar, y otros asalariados por el infeliz Impresario inventan diversos inconvenientes para vengarse; todos quieren, que la paga sea puntual, y ellos finalmente causan la ruina al mismo, que los alimenta.

Si ello es assi, como lo pintais, le respondi, sois digno, de que se os tenga lástima; pero permitidme, que os diga, que al mismo tiempo se os debe culpar. ¿Conociendo el caracter de esos, de quienes depende vuestro vivir, por qué no aprendeis otro oficio? ¿ò por qué no teneis mejor trato, con los que freqüentan vuestro Theatro? Yà os entiendo, dixo, interrumpiendome, el Impresario,

y

y perdonad, que os responda, que juzgais sin conocimiento de causa. En quanto al segundo punto, sabréis, que si el Impresario se dexa perder el respeto, de los que asisten al Theatro, se puede contar por arruinado sin remedio; pudiera ponerlos delante mil exemplos de esto, que no havrán llegado à vuestra noticia, porque sois forastero. Estamos en un país, en donde los naturales piensan, se adquiere notable, y honorífico credito, despreciando aun las cosas mejores; quien habla mas mal de todo, ese es tenido por un grande critico. Omito dar tambien por razon en el punto, que voy hablando, que como estamos hechos à mandar à los Monarcas del Theatro, se nos infunde, aunque no queramos, un espíritu, con que nos creemos, mas de lo que somos.

Por lo que hace al primer punto, dirè, que es muy cierto, que està en nuestra mano, dexar este modo de vivir, el qual por una incierta ganancia nos hace sufrir infinitas, y ciertas desazones: Pero sabed, que este exercicio es como el mal contagioso, que el que tiene la desgracia de ser tocado de èl, puede estàr moralmente seguro, de que no ha de morir de otra enfermedad. Añadid à esto, que el que està puesto en estado de mandar, siempre dice mal, y detesta su suerte; pero de mil, que gozen este privilegio, con dificultad se encontrará uno, que renuncie el placer de hacerse obedecer, por gozar la dulce tranquilidad de una vida comoda, y libre de disturbios, vida facil de poderla lograr, alabada de todos, pero de pocos, ò quasi de ninguno seguida.

En consecuencia de todo lo dicho, concluyo,

F

que

que es digna de compasion, y no de ultrage nuestra condicion; y habiendosla declarado, como es en sí, tengo el atrevimiento de rogaros, que seais mi protector. Ahora dignaos de recibir un corto tributo de mi respeto: Diciendo esto, sacò de la faltriquera un pequeño libro, añadiendo, que era la composicion que se representaba en el Theatro; rogóme, que la leyera, para que pudiese formar mejor concepto de la Opera. Dile gracias por el don, prometì leerla atentamente, y le preguntè, qué le parecia à él de la obra: Es, me respondió, un finisimo trabajo de la pluma mas excelente de nuestros Autores. Estos Poetas Comicos entienden poco, de lo que es el Theatro, y de lo que dà gusto al Pueblo. No dirè por esto, que, lo que agrada al público, es lo mejor: Nosotros no debemos buscar la excelencia de la obra, sino las mejores entradas con el comun aplauso, que es lo que nos dà de comer. Pero Yo, que entiendo el arte mejor, que ellos, à fuerza de los golpes de tantas pérdidas, he acomodado ese librito segun el genio, de los que lo han de cantar, y el gusto, de los que lo han de oir, quitando, poniendo, y mudando las hojas enteras, y descomponiendo en muchas partes la invencion. Leedle, que puede ser, que deis contento.

Aunque no me parecian muy juiciosos estos discursos, gustaba de oirlos, porque, no obstante ser sobre asuntos tan frivolos, no dexaba de deducir muchas advertencias necesarias à la perfecta noliçia del gusto de los habitantes del país. Consolé en su afliccion al Impresario con las reflexiones, que hallè mas conducentes, y le despedì, porque me

llamaba la atencion à otra parte un negocio de mayor importancia; èl partiò contento de mi trato; y Yo sin ver siquiera el titulo, tirè el librejo à un rincon de mi quarto, con intencion de tomarle quando no tuviese, que leer, ò pensar en otra cosa.

El asunto, que con tanta priesa me instaba à salir de casa, era el cèlebre Pleyto, de que se ha hecho arriba mencion, al que debia hallarme presente en qualidad de Juez, como Consejero intimo, que yà era. Aquel dia estaba destinado solo al informe, para examinar otro dia la materia, y dar finalmente la sentencia definitiva. El caso, que havia de controvertirse, era el que voy à referir lo mas breve, que pueda.

Havia llegado à aquella Metropoli un cierto Volatin, que, hablando en realidad, hacia estrañas, y portentosas ligerezas; por tanto no se hablaba de otra cosa, que de èl, y con esta fama tuvo unas ganancias immensas. Las alabanzas, que generalmente se daban con razon à su habilidad, estimulàron à algunos curiosos à indagar las causas de ciertos efectos, con que sorprehendia à los espectadores, sin que pudiesen comprehender razon probable del modo, con que los executaba. Sucedió, pues, que un Joven muy presumido, de que nada se le ocultaba, pronunciò publicamente con atrevimiento, y sin reflexion de las malas consecuencias; que aquel Volatin hacia cosas tan extraordinarias, y que eran la admiracion del populacho, en virtud de pacto, que tenia con un Genio familiar. Al instante diò en tierra todo el merito del pobre Mono, que con tanta aplicacion, y trabajo, y con peligro continuo de romperse la cabeza, se ha-

via hecho diestrissimo en su oficio: Vease aqui con una ilusion, producida por la imaginacion, y mal recapitado discurso de un necio, destruidas las alabanzas, y estudio del infeliz charlatan. No podia sobrevenirle golpe mas funesto à su credito, y à sus intereses. Pensò en remediarlo, y assi se presentó al Principe por medio de un Memorial, en el que suplicaba, se le mandase á aquel Joven, le restituyese su fama, y le subsanase las pérdidas, y daños, que con calumnia tan denigrativa le havia causado. Logró finalmente, que se estendiese un Decreto, que disponia, se examinasen severissimamente el arte, y habilidades del Volatin, y hecho, que el Consejo fulminase una rigorosa sentencia, en que, ò quedase castigado un Nigromante, ò reintegrado un inocente, con grave escarmiento, del que fomentò la calumnia.

En execucion de este Decreto fueron citadas las Partes: Propuso el Abogado del Cavallero, que aquel juicio debería terminarse à decidir, si podrá un Mono executar las acciones, que exceden las fuerzas de la naturaleza, sin auxilio sobrenatural. Los defensores del Titiritero respondieron, que no era assi el caso de la quëstion, porque esta no podia dudarse; que la dificultad provenia de probar, si las habilidades del Volatin se executaban por arte magica, ò si dependian de una destreza, que se adquiere con el uso, y la aplicacion. Desbaratada, pues, la primera maquina, se dedicò el Abogado del agresor à entablar un nuevo artículo, y fue, que se debian calificar lo mismo, que artes diabolicas aquellas acciones, de las que, despues de algun estudio, no puede lo general de un Pueblo descu-

brir la causa. Acordaron todos controvertir este punto: De este modo en vez de ceñirse à los terminos del Decreto para la pronta administracion de justicia en aquel caso, quisieron los Abogados fastidiar à los Jueces en una quëstion, que importaba poquissimo. Assi el Joven estaba seguro de prolongar la causa sin fin: Assi, aunque se probase la afirmativa, por ello solo no podia condenarse al Volatin por Nigromante: Y assi, finalmente, se iria formando una copiosa mies de articulos impertinentes, de donde fuesen engrosando sus ganancias, los que havian de manejar aquel negocio.

Imposible le parecerà à mi lector, que los Pleyteantes en aquel país se dexen engañar de este modo; pero reflexione, que era interès del Joven, que los Jueces no llegasen à sentenciar el principal asunto, por preveer, que havia de salir condenado, y por lisongearse, de que, mortificando al Titiritero con continuas dilatadas cavilaciones, se veria precisado à ceder, y levantar la querrela, yà por los crecidos gastos, que havian de ocasionarsele, yà por no hacer falta à las obligaciones de su profesion, teniendo, que ir de alli à poco tiempo à otro Pueblo. El Volatin se dexò llevar de las persuasiones de sus defensores (acaso de acuerdo con los contrarios, que no es la primera vez entre los Monos) que le hicieron creer, que la ventilacion de este artículo tan facilmente ganado por el, le conducia sin duda alguna à la completa victoria en el punto esencial. Fuera de esto, baxo el pretexto de ciertas soñadas formalidades suelen algunos Leguleyos en aquel país prolongar los procesos sin medida, hasta que estàn satisfechos (que rara vez sucede

de ganancias. Estas falsas razones, que abraza, ó la falta de luces, ó la necesidad de adherir à aquellos, que conviene adular, por haverlos hecho depositarios de los secretos mas importantes del asunto, que se trata, reducen à los infelices Litigantes, à que aprueben los fraudes, y el proprio daño. De este detestable comercio son siempre víctimas las leyes, y la justicia, y por lo comun la parte mas débil la inocencia.

En aquella mañana, luego, que nos sentámos en el Tribunal, no se hizo otra cosa, que leer el Memorial del Volatin, y el Decreto del Principe, proponiendo el Secretario del Consejo el estado de la quèstion, que en fuerza del comun acuerdo de las Partes havia de ventilarse; despues de lo qual se finalizò la Junta. Era la hora de comer, quando se acabò la sesion, que no sirviò aquel dia de otra cosa, que de cumplir con una de tantas formalidades, como tiene la Curia de aquella Metropoli, y de hacernos sufrir mil incomodidades superfluas, sin alivio de la Parte agraviada.

Al retirarnos à casa, no pude menos de dár à entender à Roberto, que sentia ver abusar tan claramente de la justicia; pero èl, mas experto, que Yo, en todas materias, me respondiò de este modo: Basta tener sentido comun, y principios de rectitud, para reprobar, y concebir una justa indignacion contra la malvada costumbre de convertir las instituciones mas santas en un uso totalmente contrario à las intenciones del Legislador. Y à la verdad, si se vá haciendo reflexion sobre todas las leyes, y ordenamientos, formados para el bien comun, se descubrirà quanto han decaido de sus principios, ocupan-

do su lugar ciertos inventos, y cavilaciones; enmascaradas con el nombre de justicia, ò interès del Estado; de este modo queda aparentemente entero el vigor de las leyes; pero en realidad estas deben considerarse del todo aniquiladas con la innovacion introducida, à fin de enflaquecerlas, è inutilizarlas. No hay establecimiento, por mas sano, que sea, que no esté expuesto à ser adulterado por la malicia; tanto mas facilmente se dexa esto comprender, quanto advirtamos, que el Legislador, que ordena, es uno solo; y los executores, son infinitos, estudiando cada uno de ellos por todos los medios la forma de hacer ineficaces los efectos de la ley. Pero como se temen las penas, que imponen las leyes à los transgresores, y el enojo de los Soberanos, no sometendose al tenor de ellas, se busca una sombra de obediencia, se exagera mucho la debida sumision à los preceptos; y mientras, se están meditando todos los caminos posibles, para dexar ilusorias las prudentes constituciones, y mente, de quien las instituye. No creais, amado Enrique mio, que solo el País de los Monos abrigue tan depravadas maximas; en todos los siglos, y en todos los Reynos, como la Historia, y la experiencia lo testifican, han aplicado los Hombres sus esfuerzos à fin de conseguir intentos tan abominables, por lo que no os debe maravillar, que se encuentre tambien en nuestros Monos el contagio de la universal malicia.

Entiendo muy bien, respondi, que en la natural libertad de los Hombres, y lo mismo digo de los Monos, repugne la sumision à la voluntad, y deliberaciones de otro, no obstante que aquella, y estas estèn introducidas para el bien del Estado, y para

lo útil de la sociedad, que es, quien fomenta las delicias de la vida, y sin la qual estariamos condenados à vagar por los bosques, privados de todos los auxilios, y buenos oficios reciprocos, y reducidos à la dura necesidad de cuidarnos por nosotros mismos con un sin-numero de incommodidades, y trabajos, pasando una vida poco mejor, que la de los brutos; pero no llego à comprehender, como, no tratandose de esta libertad, intenten los racionales destruir los nudos mas preciosos de la sociedad civil, como sucede en el caso, de que ibamos hablando; abuso, que es capaz de conducir al Mundo al extremo mas barbaro, y desordenado.

El vil interès, respondiò Roberto, es el manantial de los males, de que os condoleis; pero no es esta enfermedad, que carezca de remedio; antes prevengo recetar un antidoto, que si le adoptase la ilustre Asamblea, de que tenemos el honor de ser miembros, pondrá un freno à las implacables fauces de todos los Monos letrados. No quiero explicar mi intencion; porque aún no tengo bien digerido en mi mente el proyecto; por ahora basta, que os advierta, que havindose hecho venal la Jurisprudencia, no es maravilla, que sus Profesores sigan la norma, de aquellos que exercen semejantes artes; y assi formen un mysterio del asunto mas claro, y llenen de malicias todas sus operaciones.

De la novedad, que turbò el sosiego en el Palacio del Señor Haya.

HAviendo llegado à nuestra casa, que continuaba en ser el Palacio del Señor Haya, observamos alterada la familia. Todo estaba en desorden; nuestro Huesped, y sus Hijos andaban turbados, Madama Espina, y su Hija sobresaltadas, y los criados en perpetuo movimiento, entrando, y saliendo; en suma no podiamos adivinar la causa de aquella bulla, y confusion, no obstante, no queriamos preguntarla, por no demostrar la vana, y temeraria curiosidad de indagar las interioridades de la familia; pero al mismo tiempo me afigia un indecible dolor, temiendo alguna desgracia en aquellos sugetos, à quienes estaba obligada mi atencion con un excesivo agradecimiento, y sincera voluntad.

Sentàmonos à la mesa, y alternaban los suspiros con el alimento, à cuyo tiempo entrò un lacayo de casa con el aviso, de que el accidente era mortal, segun decia el Medico, pero que la muerte del Cavallero no seria con mucha precipitacion de tiempo. ¿Y qué es, lo que se ha resuelto? dixo Madama Espina. Se ha suspendido, respondiò el criado, toda operacion, por esperar à una consulta, que ha de tenerse esta noche, en que han de concurrir los mas insignes Medicos de la Ciudad. ¿Buena cosa es, por vida mia, respondiò entonces Jacinto, dexar morir al enfermo, por no faltar à la formalidad de la consulta!

A esto no pudo Roberto sufrir mas, y preguntò, quièn era, el que, como juzgaba, havia sido acometido de algun accidente. Es, respondiò el Señor Haya, un Tio mio por parte de Madre, que muchos años há, tiene el empleo de Generalissimo de estos Estados; es sugeto de ilustre fama, y cuyos hechos le harán célebre en las futuras edades. Es gravissima la pérdida de nuestro Principe, si llega à faltar un Heròe semejante. Respecto à mi sería su muerte àun mas sensible, por quanto con su liberalidad ha levantado cabeza mi familia, que en tiempos pasados estuvo bastante abatida con repetidas desgracias; su proteccion ha sido causa, de que haya Yo conseguido muchas veces honrosos cargos, que he regentado con esplendor, y decoro, mediante sus sabios consejos. Ved, pues, amigo mio, que grande deberá ser mi pena, yà por el vinculo del parentesco, yà por un justissimo agradecimiento, que monta, mas que otra qualquiera razon.

Es menester conformarse, replicò Madama Espina. Vuestro Tio ha llegado à una edad decrepita, y es forzoso, que pague el ordinario tributo à la naturaleza. Además, que èl muere sin sucesion; y assi, habiendo sido tan grande bien-hechor vuestro en vida, podeis esperar, que, muriendo, os dè mayor muestra de su cariño. El Señor Haya se iba enfadando con los discursos de su consorte; pero esta añadió: No os irriteis, marido mio; Yo no soy tan delicada, como vos; una gruesa herencia bien puede enjugar un torrente de lagrimas; y no temo llevarme chasco en mi espectativa, porque he manejado este asunto con el mayor cuidado. No obstante el asco, que me daba mirarle, y ponerme junto à él,

èl, le visitaba muy à menudo; siempre le llevaba la golosina de alguna fruta temprana, ò alguna pastillita, para darle à entender mi cariño. Los viejos son inclinados à la glotoneria, por lo que Yo procuraba satisfacerla, y assi ponía el mayor cuidado en darle gusto en todas sus extravagancias. Muchas veces le insinuaba las urgencias de mi casa, y èl me consolaba, respondiendome, que algun dia nos proveeria el Cielo. ¿Se puede hablar mas claro? Verdad es, que tiene un Sobrino, Hijo de su Hermano, que debería ser un fatal estorvo de mis esperanzas; pero yà me he dado buena maña, para destruir su opinion en la mente del Tio, à quien en repetidas ocasiones se le he representado como un disoluto, un jugador, un pròdigo; aunque Yo bien conozco, que no tiene tales vicios; pero, Señor mio, no se requieren tantos escrùpulos, quando lo que se trata, es de una crecida herencia. Finalmente, en quanto de mi ha dependido, no he dexado piedra, que no mueva para conseguir mi fin. Por el bien de mis Hijos he sufrido muchos años el tédio, que me causaba tener que acariciar à un viejo asqueroso, y àun he hecho algunos gastillos, para lograr con mas seguridad mi intento. El moribundo tiene muchos años hà un Ayuda de Camara, que es deposito de todas sus confianzas, y Yo he sabido ganar su voto, de conformidad, que siempre apoya con su Amo todas mis razones. Solo un golpe me resta, que dár, para salir de desasosiegos; explicarè mi pensamiento. Es necesario inducir al viejo, à que haga Testamento; para esto tengo animo de buscar una persona, que le sugiera un acto tan forzoso para la conservacion de sus bienes despues de sus días; un No-

tario, à quien tengo gratificado, no dexará de servirme con todo zelo, bien que, pagandose antes à su satisfaccion. Basta: Yo sè como llevo el manejo de las cosas de la ultima importancia; por lo qual vosotros, Hijos mios, confiad, dexando el asunto à cargo de una Madre habil, y sin las preocupaciones, que generalmente tienen todas.

El Señor Haya, que estaba penetrado de un sincero dolor, se mortificò mucho, escuchando tan malvado discurso; oponerse à estas indignas maximas era acarrear una implacable indignacion, y no era tiempo oportuno de fomentar una disension domestica; y así suspirando se levantó de la mesa, encogióse de hombros, y se retiró. Nosotros tambien nos guardamos de oponernos à las escandalosas ideas de Madama Espina, pues nuestras insinuaciones no havian de haver producido efecto alguno, y mas nos valia disimular, que dár fuera de tiempo una correccion moral, que la huviera irritado, sin esperanza de enmienda.

Dos cosas nos admiraron en este suceso; la primera fue, que no nos pidió parecer, como regularmente executaba, siempre que creia, haviamos de asentir à sus proposiciones (que sucedia raras veces) ò que haviamos de alabarla; señal fixa, de que ella no ignoraba la malicia, con que procedia, y que no obraba con falta de reflexion, sino con perfecto conocimiento de causa. La otra fue, que tuvo este tan dilatado, y vergonzoso discurso en presencia de todos sus criados, que se hallaban al rededor de la mesa, sirviendo la comida. Esta imprudencia me pareció muy mal, pues previa, que dentro de pocas horas sabrian al pie de la letra el razonamiento los

cria-

criados del viejo enfermo, con descredito del Señor Haya. Nunca están de mas las precauciones, que toman los Amos para ocultar à los criados los secretos de la casa, pues suceden infinitos daños à los incautos, motivados de estos enemigos, conjurados, contra quien los alimenta.

Los Hijos, aunque algo contristados con la enfermedad de su Tio, me pareció ponian bastante alegre semblante à las futuras esperanzas; pero la Señorita, que se consideraba con una rica dote, continuamente andaba preguntando yà à la Madre, yà à sus Hermanos, yà à los criados, si acaso corria riesgo, de que el enfermo se recobrase. Soltando despues las riendas Madama Espina à sus fantásticas idèas, contaba entre si la cantidades, de que constaba la herencia; numeraba las joyas, pesaba la plata, formaba el plan de los reditos anuales, que darian de si las resultas de los ahorros del viejo, y ascendian, segun su pensamiento, à unas sumas muy considerables; despues pasaba à los bienes raíces, y otros efectos preciosos, con todo lo qual se soñaba la Señora mas rica de la Corte. Las torres de viento à poca costa se fabrican; por lo que no es de estrañar, que haya tantas personas, que se deleyten en figurarse las mas magnificas, y bizarras. Nuestra Madama Espina, tan fecunda de fantasia, como escasa de juicio, se dexò llevar de su imaginacion acalorada, y se entregò à mil quimeras: Ella se propuso agrandar su casa; de allì à poco, arrepentida de esto, ideò echarla toda por tierra, para tener la satisfaccion de edificar un Palacio de un gusto muy particular, y poco diferente, de los que leemos fabricados en el vasto, y antiquissimo

mo

mo país de las novelas; sus joyas le parecían de poco valor, y yá la daba vergüenza presentarse con ellas entre las mas ilustres Damas de la Corte; no havia de poder llevar los vestidos por el peso del oro; todo finalmente lo ponía en un grado excesivo; y la imaginada herencia quedaba consumida por ella sola en cosas muy preciosas, pero absolutamente superfluas, si es que aquel nombre merece el cumulo de tantas, como estaban introducidas para contentar el fausto de las Monas.

No faltò mucho, para que la Hija riñese con su Madre, viendo gastada su dote, por satisfacer esta sola su fantasia. Los tres Hijos no se hallaban contentos con aquestas particiones, y nosotros cansados, y llenos de fastidio de tantas necedades. Levantéme de la mesa, pretextando un negocio inevitable; siguiò mi exemplo Roberto, y à este los dos Hermanos, dexando à las dos, que vagasen sin impedimento por los espacios imaginarios. Yo me retirè à mi quarto à dormir la siesta, por haver reconciliado sueño con el dilatado tedio de la sobremesa. Quedè de acuerdo con Roberto, para que acompañasemos al Señor Haya, quando fuese à visitar al enfermo, no desamparando ni un momento à nuestro bien-hechor, mientas considerasemos, estaba necesitado de compañía, y de consuelo.

CAPITULO IX.

De la Junta de Medicos.

FUimos al anochecer con el Señor Haya al Pa-
la-

lacio del moribundo; iban con nosotros los tres Hermanos, que compungieron sus rostros para entrar: Llegamos à la cama del Viejo, que suspirando, se lamentaba de su temprana muerte, no obstante que pasaba de noventa años; se hizo las honras en vida, y exagerò la pérdida de aquellos estados con su fallecimiento, con tal tono, que parecia, que el mundo todo havia de bolver à su antiguo caos el dia, que se disolviese su cuerpo, que ya con la vejez, y achaques estaba quasi cadaver. Aproximòse Roberto para tomarle el pulso; pero no quiso condescender, fundado en no sé que ridiculo agüero. El Señor Haya se esforzaba para detener las lagrimas, recogiendo sus sollozos entre los labios; Yo le sugerí aquellas consolatorias, que deben darse en casos semejantes; pero el enfermo nos interrumpia de quando en quando, repitiendo sus valerosas hazañas, las barallas, que havia ganado, los enemigos vencidos, y la conservacion por su brazo de aquellos dominios, y su Principe. ? Quièn, decia, podrá de aquí en adelante disponer con tanto conocimiento un Exercito, inventar estratagemas tan utiles, como las mias, y aprovecharse tan oportunamente de las ocasiones? ; Pobre patria mia! De esta vez acabas, conmigo vas al sepulcro. Esta necia vanidad me hizo creer, ò que el Mundo perdía poco con su muerte, ò que la edad, y el mal le tenían perturbada la cabeza; y así el unico sentimiento, que Yo tenia, era ver al Señor Haya, por el cariño, que le profesaba, tan afligido con este accidente. A sus Hijos retozaba la risa, oyendo vanagloriarse al viejo; pero, aunque con trabajo, la detenian, y les costaba bastante tener que fingirse doloridos. A

A este tiempo llegó la carroza con la Señora Espina, y su Hija, que sin entrar recado pasaron adelante con toda libertad. En esta visita comprendí, de quanta ficcion es capaz el corazon de las hembras. Estaban hechas las dos una viva imagen del desconsuelo, brotaban sus ojos abundantes lagrimas, que mezclaban con profundos continuados suspiros. Llegóse la Madre à la cama del Viejo, y dixo: ¡Ay de mi! à que tristissimo paso me ha querido conducir mi destino! ¡O, quien pudiera dar su vida por conservar la vuestra! Aún no fuera este suficiente sacrificio en recompensa del amor, que siempre os he tenido: No pudiera hacer mayor beneficio al Estado, que conservarle una vida tan necesaria, y que es un tesoro, que no tiene precio. Mas yà que no pueda resistir á los Decretos del Cielo, que me conducen à la mas crecida de mis penas, aceptad este parecito de huevos frescos, que han puesto hoy mis dos Gallinitas negras, recibiendo en tan corta ofrenda el tributo de todo mi corazon.

La conclusion del referido discurso me hizo morder los labios para detener la risa. El Viejo la dió mil gracias, teniendo la vista siempre atenta, y fixa en ella, como solicitando escudriñar en todos los movimientos del rostro la sinceridad de sus sentimientos. Sentóse Madama à la cabezera, y desde allí, despues de hacer mil honras al moribundo; añadió, que nunca se conocia mejor la prudencia de los sugetos de circunstancias, que en la ultima disposicion, que hacen de sus bienes. Es locura, lo que algunos executan, que por quitarse de quientos, dexan, que entren los herederos necesarios, anteponiendose à los demás; es justicia re-

com-

compensar, à quien lo merece, y no es accion sabia abandonar à la suerte unas facultades sobresalientes.

El Señor Haya, que se consumía interiormente con semejantes discursos, dixo, que el mal de su Tio no estaba tan de remate, y que mas valia, que pensase en recuperar su salud, que en tan funestas ideas. El Viejo, que era mas astuto, que lo que aquella tonta imaginaba, terminó todas las dudas, significando, que yà antes de caer malo tenia hecha su disposicion, segun las reglas de prudencia, y justicia. Con esta respuesta no tuvo accion la Mona para hablar en algun tiempo; pero observando despues unas ricas sortijas, que estaban sobre una pequeña mesa, dixo: ¡Ay de mi! Amado Tio, no es razon, que estas alhajas anden assi rodando à la vista, y expuestas à la tentacion de todos, los que pueden entrar en esa alcoba; mejor estarian en otro puesto mas resguardado, y seguro. Entonces mandó el Viejo, que pusieran los anillos en una cajita. Se levantó Madama, y tomándolos, abrió-la caja, donde havian de ponerse, mas con una diestrissima media buelta, imitando à los jugadores de manos, los colocó en su faltriquera. Todos, los que estabamos presentes, bien conocimos, lo que havia hecho, exceptuado el Señor Haya, à quien impedía un sincero dolor el ver las acciones de su Esposa. Lo que fue cosa fatal, que un criado lo observase, porque inmediatamente lo contó al Sobrino, de donde se originaron muchas desazones, que se terminaron con poco honor de la robadora. Este tal Sobrino no estaba à la sazón presente, por haver salido à executar ciertas comisiones

H

nes

nes importantes, que el Tio le havia mandado. No tardò mucho en bolver; pero le recibió Madama con desprecio, y en su propia casa tuvo la avilantèz de insultarle atrevidamente.

El mal del enfermo iba entretanto aumentando-se, y no parecian los Medicos, para procurarle el alivio. El Viejo tenia una calentura ardentissima, que indicaba inflamacion interna, un afán continuo no le permitia ni un instante de reposo, y claramente se escuchaba un gravissimo hervidero en el pecho, todas señales de su proxima muerte.

Quiso el Cielo, que llegase el Señor Cyprès, que era un Doctor largo, seco, y melancolico. Entrò à visitar al moribundo; tomòle el pulso; y no quiso hablar palabra, hasta que viniesen los otros tres Medicos, que se esperaban. Respeto ridiculo, con el qual demonstrando una afectada modestia, abandonaba el principal fin, para que fue buscado. De allí à poco vino el Doctor Melon, que era de una, mas que mediana estatura, y crasitud correspondiente; nos saludò à gritos; y antes de tomar el pulso al enfermo, decidió à su favor, sin querer oír la serie del mal, ni sus sintomas: Se sentò junto al Señor Haya, y trabò la conversacion acerca de las cosas del Mundo con tal desembarazo, y mezclando tantos disparates, que temi desde entonces mucho al pobre enfermo, viendole en manos de un Medico tan ignorante, y presumido. El tercero que llegó, fue el Doctor Cardo; este, que era de una estatura regular, y algun tanto mas moreno, que los otros, habló alguna cosa del accidente del Viejo: Se introduxo despues á descubrir las curas, que havia hecho en sugetos de elevadas

cir-

circunstancias; y empezó à morder con su regular picante estilo à los otros Medicos sus compañeros. Finalmente arribò nuestro Doctor Cilantro, que no puso muy buena cara, luego que nos viò allí, pero huvo de tener à bien el aguantarnos, quizás por no renovar las pasadas reyertas.

La primer diligencia, que todos practicaron, fue pedir los excrementos del paciente, que con un palito estuvieron reboviendo largo tiempo, con lo que lograron perfumar todo el quarto con tan hediondissima peste. Fueron estos quatro sabios conducidos á una sala proxima, para decidir del estado del Viejo, y consultar los remedios oportunos à su salud. El Doctor Melon fue el primero, que declaró, que el accidente era un ligero resfriado. No convinieron los otros Medicos con este parecer; pero, lo que es peor, cada qual fue de diverso sentir, y los quatro fulminaron quatro sentencias, absolutamente opuestas. Entonces se empezaron à oír las disertaciones particulares de cada uno; mutuamente se honraban con pomposos titulos, llamandose sapientissimas lumbreras del Medico cielo, esclarecidissimos organos de la naturaleza, excelentissimos propagadores, y prolongadores de la vida, invictissimos triunfadores de la muerte. Se creerà, que en sus respectivas disertaciones se tratase del doliente; pues ni le nombraron: Hicieron descripciones de las causas de las enfermedades; qual de ellos explicó la anatomia de los pulmones; qual nos favoreció con una prolixa pintura de los nervios; qual habló de la circulacion de la sangre; y qual, finalmente, expuso el mecanismo del ayre, y el origen de la tos. Ya llevaban dos horas gas-

H 2

ta-

tadas en tan superfluos coloquios, quando el Sobrino del moribundo dixo assi:

Señores mios, vosotros estais perdiendo tiempo en darnos muestras de vuestra profunda sabiduria, y entretanto và acabando el enfermo; hacedme el favor de pensar en poner algun remedio, y estad seguros, de que todos, los que os escuchan, estàn muy hechos cargo de vuestra gran doctrina. Viendose obligados los Medicos à recetar alguna medicina, dispuso el Señor Cyprès una composicion de corales, de perlas, de minerales, &c. Esta, dixo, es capáz de hacer levantar los muertos de sus sepulcros, pero es necesario mandarla hacer en la Botica, que està en la calle de N. porque de otro modo no tendrà eficacia alguna el remedio.

Sonriòse el Doctor Melòn, y dixo inmediatamente: Como quiera, que yo no aprecio à ese Boticario, no puedo venir bien en ese remedio; esa Botica es muy antigua, y hace pagar el agua à peso de oro. Yo dispondrè, añadió, otra receta, que vale mucho mas; y dixo al punto los nombres de mas de cien ingredientes, que solo se hallarian en la Plazuela de N.

Pareció muy calido, y peligroso el remedio al Doctor Cardo, el qual exagerò la virtud del mercurio, pero con la condicion, que havia de prepararse de un nuevo modo, cuyo secreto unicamente consistia en la habilidad de cierto Quimico, amigo suyo. Disintieron todos, diciendo, que en el caso presente no convenia aplicar semejantes remedios.

El Doctor Cilantro, finalmente, que havia hecho juicio, de que el mal provenia de flato, propuso un emplastro, que havia de aplicarse à los pies del

del enfermo, para cuya composicion se necesitaban ciertas yerbas, que nacen, segun decia, en unos altissimos, è inaccesibles montes, que deben dexarse rociar de las aguadas de Mayo, y cortarse en el mismo momento del plenilunio, à tiempo, que estuviese el Sol en Leo; pero era tambien del caso, que este momento viniese à caer por la noche. La imposibilidad de satisfacer tan ridiculas circunstancias, no obstante, que aseguraba con juramento, que conocia un Herbolario, que poseia este tesoro, y mas que todo, el uso exterior, que havia de hacerse de las tales yerbas, fue motivo de que unanimemente se despreciase la proposicion.

Veámos aqui yà nuevamente implicados con las dudas del principio. No se me ocultò el enigma acerca de la discordia de aquellos Medicos, cuyas ideas conocí, y me sirviò de aborrecerlos con mayor fundamento. Consistia, pues, el asunto en el torpe interès de ellos mismos, por estar confabulados con ciertos Boticarios, Herbolarios, y Charlatanes, de quienes recibian un generoso donativo à proporcion de las ganancias, que les procuraban. De aqui era, que, valiendose de la ocasion de los enfermos ricos, alababan las medicinas, y sus artifices, no à medida de la utilidad de su uso, sino en virtud, de lo que con ellas enriquecian à sus amigos, y por consiguiete à sí mismos. De este modo, para limpiar la bolsa de los Monos demasiado credulos, aplicaban muy à menudo un costosissimo remedio, que solia anticipar la muerte à los infelices, que con el desembolso del oro creen, que compran la salud.

Me decia un Medico de buena fé (que entre los

Los abusos mas generales se encuentra siempre; quien se atreva à oponerse à rostro firme al torrente de la maldad) que la naturaleza, prodiga de sus dones, subministra en las yerbas comunes los antidotos seguros de todos los males; pero que el Medico interesado no quiere ponerlos en uso, si es que conoce su actividad; ni los enfermos tienen fé con los remedios, que pagan con leve precio; y assi estas simples medicinas se han quedado para la baxa plebe, y los Hospitales, en los que mas facilmente sanan los enfermos, porque no tienen caudal que emplear, en las que se usan para la ordinaria credulidad de los sugetos ricos.

Yá se llegaba la noche, y no sabian, qué partido tomar. El Señor Haya dió à entender su enfado, por lo que el Doctor Melón dispuso un remedio, que no podia redundar en utilidad suya, ni de ninguno de sus compañeros, que era, lo que vivissimamente todos deseaban, segun la acostumbrada embidia de estos Profesores, quando no pueden ellos sacar para sí solos el provecho. Decidió, pues, que la unica tentativa, que podia executarse, era echarle al viejo una ayuda de agua tibia. Aplaudieron los Doctores el grande hallazgo, y á una voz acordáron, que era este el pensamiento mas sabio, que podia ocurrir en la mente del mas científico Mono. Yo me reia de todo corazon, y Roberto estaba encolerizado, pero nos era forzoso callar, quando se trataba de la opinion de quatro Medicos, que cada uno tenia sus partidarios en la asamblea.

Bolvieron estos célebres Physicos à la alcoba del Viejo; le consolaron con la esperanza de verle pron-

prontamente recobrado, y le propusieron la medicina, que con uniformidad de votos se havia determinado. No bien oyó la proposicion el Viejo, quando montó en ira, y despues de haver dicho mil improperios à los Medicos, les habló de esta manera: ¿ Yo, que por espacio de mas de setenta años he dado pruebas del mas verdadero valor; que he derrotado immensas Naciones barbaras; à quien el enemigo jamás ha podido hacer bolver la espalda; quereis, que tenga la vileza en los últimos periodos de mi vida de entregar mis nalgas para una medicina? Huid de esta casa, espíritus embidiosos de mis glorias, y dexadme morir, antes que proponerme un proyecto, que es destructor de mi fama.

Si fue un entremès la consulta de los Medicos, mucho mas ridiculo me pareció el catastrophe de esta historia. Salimos de la alcoba, y el Señor Haya, haciendo la apologia de su Tio, decia, que todos los individuos racionales tienen sus particulares defectos, y que el enfermo siempre havia sido inclinado à llevar hasta el ultimo extremo el punto de honor. La vejez, y la enfermedad, añadió, ponen en terminos de extravagancia esta flaqueza; pero disculpadle, Señores, pues las demás excelentes qüalidades suyas suplen este defecto.

Preguntados los Medicos, qué les parecia del enfermo, respondieron conformes, que no les parecia de peligro el mal, y que era forzoso esperar al septimo dia, para formar un juicio seguro. En esto fue, en lo que en efecto, no se engañaron, porque en este dia, aun qualquiera chiquillo podia hablar del paciente sin peligro de errar; como

se verá dentro de poco. El Sobrino del enfermo dió gracias à los Medicos, y regalò á cada uno dos escudos de oro; todos reusaban de boca tomarlo, protextando, que tenian bastante con el honor de servir à la familia; pero al mismo tiempo alargaron las manos, y empuñaron con bastante apretura el dinero, para que no se les perdiese. Fuèronse, finalmente, los Doctores, y nosotros quedamos mas confusos, que al principio.

Yà era tarde, y convenia retirarse à casa. Madama Espina todo era inventar pretextos para dilatar la partida, diciendo, que el Sobrino podia irse à acostar, para que con esto echase de ver el Tio, que no le cuidaba tanto como ella, y assi se inclinasse à su favor en el lance de un Codicilo, que pretendia, que nuevamente hiciese, como yà le havia propuesto al sobredicho Ayuda de Camara del Viejo, pero no fue posible reducir al Joven, à lo que ella queria; antes respondiò, que no havia que pensar, que èl dexase la cabezera de su Tio hasta el ultimo suspiro: Ella altercó con èl, pero nada pudo conseguir. El Señor Haya, para impedir, que pasasen adelante las disputas, se despidió del Viejo, y todos tuvimos, que seguirle, encaminandonos à casa.

CAPITULO X.

Del Theatro Comico de los Monos.

LA tristeza, que reynaba en el semblante del Señor Haya, y la alegría, que no podian disimular los ojos de su Esposa, formaban un contrapun-

Tom II.

Cap. X.

Fg. I.



Fg. II.



Fg. III.



Fg. III.



punto bastante curioso. Nosotros no sabíamos, qué partido tomar, por hallarnos indiferentes para cualquier suceso; no obstante, la amistad, y el agradecimiento nos obligaban à hacer los dolientes; bien que, por haver comprendido el carácter del enfermo, conocíamos la poca utilidad, que redundaba à aquellos Dominios, de la vida de un personaje, yà por su edad imposibilitado, y ridiculo.

Al día siguiente dexè la cama al rayar el Sol, y pocos minutos despues ví salir de su quarto al Señor Haya, que ansioso por saber de su Tío, se encaminaba à despertar à los criados, para embiarlos à saber cómo havia pasado la noche. Bastante trabajo costò, que se levantase uno, el que fue prontamente con el recado: No tardò mucho en bolver con la respuesta, de que yà havia finalizado la escena, habiendo muerto el Viejo una hora despues de media noche. Con este aviso se dexò llevar el Señor Haya del sentimiento, apoyandose sobre una silla, en donde se mantuvo un rato con un profundo silencio, y los ojos fixos en el suelo; despues sacando fuerzas de flaqueza, se levantò con el rostro algo mas sereno, diciendo: Inutiles son los lamentos, no teniendo yà remedio el mal; Yo he cumplido con las obligaciones, que la sangre, y la gratitud me dictaban, sin que me quede remordimiento de haver omitido cosa, que me perteneciese. Assi, pues, con una constancia Philosophica desechò los movimientos del dolor, y de la pasion, sin aumentar los daños de aquella pérdida con acarrear los males, que suele producir una continuada tristeza. ¡Felices, los que tienen fuerzas para vencerse à si mismos de este modo, y para corregir sus pasiones con una virtuosa resistencia! I. Es-

Esparciose la noticia de esta muerte, y fue muy general el jubilo por la vacante de un empleo tan visible, à que aspiraban las personas mas distinguidas, y principales de la Corte. No parecia, sino que el Estado havia hecho la conquista de alguna Provincia; por lo qual el pobre Mono, que por su Principe, y la Patria havia emprehendido unas no comunes hazañas; no tuvo quien le compadeciese: Re-compensa muy ordinaria del verdadero merito; hasta tanto, es cierto, que el interes particular holla todas las leyes de la gratitud, y el decoro.

- Madama Espina no podia contener su alegria, creyendo firmemente, que desde aquel dia entraba en posesion de todos los bienes del difunto: Pero el mencionado Sobrino, que era el heredero del Tio, no se diò prisa à hacer abrir el Testamento. Ella, que deseaba eficacissimamente saber su contenido, solicitaba con todo esfuerzo, que se hiciese su publicacion. Resistiólo vigorosamente el Sobrino, sin dexarse vencer, ni por la importunidad de los ruegos, ni por los insultos de aquella irritada Mõna: Esta, finalmente, tuvo que llamar à un Escrivano, para concertar con el el precio para la consecucion de sus deseos; vino este, y encareciò mucho la maniobra. Hay en aquella Ciudad la costumbre de contratar con los Escribanos, quanto han de llevar por abrir un Testamento cerrado; y assi la suma, que el pidiò, fue exorbitante, sin que fuese posible consintiese, hasta tanto que se le dieron cien escudos de oro, de moneda cabal, y corriente.

Luego que agarrò la paga, abrió con toda solemnidad el dicho Testamento, que contenia muy pocas lineas. Dexaba el Viejo por heredero univer-

sal

sal de todos sus bienes al Sobrino, y solo le aconsejaba, que diese al Señor Haya alguna ayuda de costa, para que pudiesse colocar honradamente à su Hija la Señora Lechuga. El Escribano hizo un buen viage, pues solo por leer quatro renglones, cogió una paga, que parece increíble, excepto, à los que conocen la voracidad de estas gentes; y la pobre Madama Espina pagò à bien caro precio su disgusto. Luego que se hizo saber al Sobrino la voluntad de su difunto Tio, consigné para la Hija del Señor Haya, con una generosidad sin igual, una dote, con que la solicitarian los mejores partidos de la Corte.

Todo esto pasó aquella mañana, antes de recibir las acostumbradas visitas de pesame, que son un verdadero martyrio, tanto para los que sinceramente estàn doloridos, como para los que no lo estàn, habiendo de fingir una passion, que no sienten. Madama hizo muy bien el papel, llenos sus ojos continuamente de lagrimas; pero en la realidad era llanto, originado del despecho, y la desesperacion de ver burladas sus esperanzas: Las amigas, creyendo cierto su dolor, la acompañaban en su sentimiento, y como que deseaban, que el Viejo no huviera faltado tan presto, por considerar, que los golpes, que dan mas treguas, son menos dolorosos: Ella tambien con su propria sangre huviera pagado, que viviese aún, ò por ver, si le podia inclinar à sus deseos, ò por cargarle de injurias, por haverla burlado.

Entre los muchos, que concurrieron à las comunes formalidades, se distinguiò, por ser de los primeros, el Señor Alcachofa; este era un Joven de bellissimo corazon, de poquissimo entendimien-

to,

to,

to, y de muchissimo amor proprio. Era su ordinario estilo correr por la Ciudad de visita en visita, cumpliendo en todas con un proporcionado periodo los dias, que no se lo impedia cierta ocupacion, que era su empleo, que el estimaba como cosa de grave entidad, pero que en realidad era bien despreciable. Luego que cumplia con las primeras ceremonias, torcia la conversacion à sus propias alabanzas, repitiendo puntualmente todos los dias una propria leccion; sino encontraba dispuestos à los circunstantes para escucharle, se despedia, y marchaba à otra casa à echar la misma arenga. A este rogò el Señor Haya, que me llevase al paseo, no queriendo, que Yo estuviese todo el dia encerrado entre aquellos objetos de tristeza. El buen Mono no solo vino bien en este encargo, sino que tambien se obligò à acompañarme por la noche à la Comedia. Aceptè gustoso su liberal oferta, y partì con el de aquella casa, en donde me hallaba muy violento, viendo tanta ficcion por todas partes.

Apenas salimos à la calle, el Señor Alcachofa me rogò, que le recibiese por uno de mis amigos. Yo soy, me dixo, un honrado Mono, que descien- do de una honesta familia. Mi ocupacion consiste en ciertas dependencias en el Consejo, en las que me manejo con toda exactitud, y puntualidad; cosa rara en los de mi profesion: No llevo costas à los Cavalleros por el trabajo, que pongo en sus negocios, y con esto estoy bien recibido de la Nobleza, y me admiten en todas sus concurrencias, y visitas, como si fuese uno de los mas ilustres personajes de estas Provincias: Vivo con el gran Mundo, y gozo de todas las diversiones de la vida: No hay público

re-

regocijo, en donde Yo no me halle; à la primera salida estoy yà seguramente en el Theatro: Concurro no solo con mi persona, sino tambien con mi dinero, donde se entra por él, en los bayles; no obstante, que hay malignas Monas, que dicen, que asisto en qüalidad de Perro de guarda de la sala, donde se danza. Finalmente mi suerte es embidia- da de quantos me conocen. Enseñome despues un estuche de plata, una caja de esmalte, y otras frioleras, que componian el pequeño equipage de este moderno Narciso. Sacò finalmente un puñado de dulces de la faltriquera, y me los regalò, diciendome, que, quien continuamente trata con las hermosas, es forzoso, que siempre vaya proveido de semejantes golosinas.

Yo estaba aturdido, al paso que me divertia el nuevo, original caracter de este Joven: Iba hablando à todos los Cavalleros, que pasaban à poca distancia, y quando no le respondian, repetia el saludo con tono mas alto. Conoci que se fatigaba en tan penoso exercicio, para hacerme ver, que se llevaba la atencion, y favor de todos. Despues, en encontrando con algun Monito Joven de los de su mas estrecha confianza, se paraba, le daba un polvo, y luego le preguntaba enfaticamente por ciertas Monas, que Yo por la conversacion iba infiriendo, no eran de la mas plausible conducta. No obstante que me enfadaban tantas paradas, no podia menos de reirme de las particulares expresiones, de que se servia en su discurso, del risueño, afectado semblante, con que se insinuaba, y finalmente de ciertos gracejos con que sazonzaba el asunto de sus conversaciones, que sin ellos eran, à la ver-

verdad, de poquissima substancia. Assi se finalizò la tarde.

Al anochecer me llevò à una de las tiendas del agua negra hirviendo, en donde havia una multitud de Monos, y Monas en trage de mascara. A todo el mundo me presentaba, pero en particular à las hembras; las decla, que Yo era un sugeto de singularissima viveza, y de una comprehension muy transcendental; bien que ni en toda su vida hasta entonces me havia tratado, ni èl podia ser juez en tales materias. A pura fuerza me hizo beber una taza de aquel licor negro, y pagò por mi; pero de modo, que lo conociesen los presentes. Llegò finalmente la hora de la Comedia; convidò á ciertos Jovenes, à que viniesen al aposento, que me destinaba, y llegamos al Theatro, poco antes, que se diese principio al espectáculo.

Mi conductor con sus compañeros no hicieron otra cosa, que charlar, durante la representacion, dirigiendose todos sus discursos à un fin. Hicieron gala de la disolucion, cada qual exageraba sus excesos, creyendo, que con tan vergonzosa vanagloria pasaban por unos spiritus marciales. De quando en quando se asomaban por fuera del aposento, para saludar algunas hembras de cabeza ligera, que andaban à caza de gangas. Muchas veces me impedian con tal bullicio la vista de la escena; como sino contentos con impedirme oir à los actores con sus importunas conversaciones, embidiasen à mi vista el gusto de mirar la accion. Confieso à la verdad, que no podia darse mayor molestia, y yà en mi interior havia deliberado renunciar para siempre la compania del Señor Alcachofa, à lo menos quan-

quando se juntase con sus desordenados, y fastidiosos amigos. Pero no obstante tantos estorvos, referirè, lo que observè en este espectáculo aquella noche, y confirmè despues en las ocasiones, que bolvi al Theatro, para formar de èl una justa idèa.

Vi, pues, quatro figuras, estrañamente vestidas, y que à primera vista podrian confundir al mas penetrante ingenio. Dos de ellas tenian la cara de color de hollin, pero el cuello, las orejas, y las manos del color natural de los Monos. Yo creo, que esta transformacion de rostro se inventaria expresamente para quitar toda equivocacion quando se representase, advirtiendo con tal extravagancia à los presentes, que aquellos personajes son fingidos. Uno de ellos (fig. 1) tenia un vestido, hecho de remiendos de diversos colores, pero puestos con tal orden, y dibuxo, que, queriendo pasar en la mente de los espectadores por un mendigo, pudiesen traslucir sin mucha dificultad, que no era real, y verdadera la miseria. El otro (fig. 2) tenia cierto vestido extravagante muy corto, unos calzones larguissimos, y la capa, ò ferreruelo, que apenas le llegaba hasta la cintura; estas ropas eran blancas, guarnecidas de farfalas verdes. De las otras dos figuras, àun mas ridiculas, que estas, la una (fig. 3) se semejava al Murciegalo en el color, y hechura del vestido; la cara era parte de Ethiope, y parte natural; esto es, la frente, y la nariz eran como la noche, y lo restante del natural color. El otro (fig. 4) siempre andaba en chinelas; el vestido interior era encarnado, y tenia al lado un largo cuchillo, con cuyos arneses se me figuraba un Carnicero;

ro; sobre esto llevaba un saco negro, y en la cabeza un gorro del mismo color; el rostro no tenia cosa particular, sino la barba, que era cana, larga, y retorcida, haciendo la figura de un cuerno. Cada uno de estos quatro personajes tenia distinto dialecto, y assi no es maravilla, que Yo no entendiese palabra de todos sus discursos. Los otros actores, cuyo language me era facil de comprender, por ser el comun de la Provincia, en que me hallaba, no tenian cosa particular, ni en sus vestiduras, ni en sus personas. Esto es lo poco, que pude observar entre la confusion de la novedad, que no dexa discernir suficientemente los objetos, y entre el estrepito molesto de los mozuelos, que me acompañaban en mi mismo aposento.

Antes de pasar adelante en mi Historia, y llegar à otros asuntos, quiero dar una idea de estos espectaculos, segun el examen, que hize en las diversas ocasiones, que me hallè presente à ellos. Es regla general en todos, caracterizar un criado bufon, que con equívocos, y frias alusiones de vocablos haga reir à un Pueblo necio, que debería desterrar del Theatro semejantes vergonzosas puerilidades, que tanto perjudican al buen gusto. Otro criado malicioso, que hace oficio de tercero, burlando traydoramente à su Dueño, y que corrompe las mas veces las buenas costumbres, forma el segundo caracter: A estos se siguen un Viejo avariento, y sospechoso; un pedante Legista ridiculo, y una criada desvergonzada. Dos pares de amantes, que se quieren mucho, que se dicen mil disparates, y que deliran por conseguir sus deseos, componen toda la tropa, que sale al tablado. Vease una mul-
ti-

titud de Comédias, y en todas se encuentran los mismos caractères, y los mismos objetos se proponen. El arte de los compositores està en enredar la accion hasta cerca del fin, en cuyo caso, sin saberse cómo, quedan disueltas todas las dificultades, y se acaba la Comedia con tres esponsales, queriendo la criada temeraria imitar tambien à su ama en sus complacencias. Otras veces el texido de la accion està tan enredado, que no sabiendo el ingenio, cómo desatar un nudo, que ha tenido el gusto de enlazar con un sin numero de cosas, que no tienen relacion con el fin principal; introduce un Mago, que en virtud de sus encantos hace venir al Theatro al Demonio; à unos phantasmas; ò maquinias de esta calidad: Este es el caso, en que el auditorio gustosissimo da mil palmadas, aplaudiendo la vasta idea del Inventor.

Pero no abusemos de la tolerancia de mis Lectores, deteniendoles mas en estos asuntos.

CAPITULO XI.

De lo que pasó à Enrique con el Señor Romero.

NO se hablaba de otra cosa al dia siguiente por la Ciudad, que de la eleccion para el empleo nuevamente vacante. Los Señores mas principales, y mas dignos aspiraban à tan alto, y lucroso puesto, y assi se multiplicò el numero de los pretendientes, mas de lo que se podia creer. Al Señor Saùco se le puso en la cabeza ser uno de tantos, con

la general desaprobacion de todos. Era este un Mono, cuya sospechosa conducta le hacia odioso entre todos los nobles, que, à reserva de pocos, no podian sufrirle en su compania. No obstante las oposiciones, y contradiciones públicas, no desistió el dicho, considerando, que iba à perder poco, en que le excluyeran de su pretension.

Todos los que tenian algun manejo en la Corte, se emplearon en pretender, unos à favor de su amigo, otros del pariente, y alguno con la esperanza de sacar grandes ventajas, si salia electo, el que él protegía. Cada uno exponia los meritos propios, y los de sus antepasados, su zelo, y los titulos, que justificaban todo esto. En este caso observè, quan grave yerro comete, quien se expone à tales pretensiones, sino se mira absolutamente libre de toda nota su conducta, y de todo defecto su familia. Suelen los Coopositores (¡ que nobleza de corazon!) desenterrar, y sacar à luz las ya dormidas memorias, de quanto se les puede imputar à sus antagonistas, y si acaso no encuentran en sus personas, ò en las de sus ascendientes suficientes motivos para disfamarlos, echan la voz de ciertas fingidas sospechas, que acarrear mas graves perjuicios, y efectos mas peligrosos, que las excepciones personales, y verdaderas. La Ciudad estaba dividida segun las diversas inclinaciones, que pocas veces se fundan en el merito, y la justicia; las mas proceden de particulares motivos de interès, ó de amistad, y algunas de solo la preocupacion. Yà el privado, yà el Ministro estaban incessantemente molestando los oidos del Soberano, de cuyo concepto, ponderando los meritos de sus

respectivos recomendados, hacian decaer à los otros candidatos: Indeciso el Principe entre los propuestos, suspendió el declarar su voluntad; y este fue el motivo, de que este asunto no se deliberase tan presto, como se debía.

Yà se iba acercando el dia de la decision de la causa, pendiente entre el Volatin, y aquel, que le havia herido en el mas delicado punto del honor, y el interès: Por tanto Yo quise, antes que llegase este caso, visitar à los demás Jueces, pues no havia tenido lugar de practicar esta diligencia despues de la primera sesion. Semejante acto de respeto me pareció, que podría redundar en favor mio, para hacer con él, que concibiesen una honrosa idea de la buena crianza, y urbanidad de los de mi especie, y particularmente de mi persona.

Dì principio à esta tarèa con la visita del Señor Romero, que era un Mono muy hecho, y antiguo en los negocios del Reyno, y que encubria baxo una exterior politica, y modestia un alma doble, y capàz de mil engaños. Con la descripcion de su carácter doy los motivos de haver comenzado por este sugeto las formalidades, que emprehendia. Se debe poner mayor cuidado en cultivar la gracia de las personas poderosas, y que tienen mala intencion; que, de las que son de noble indole, y propensas à favorecer, imitando à cierta Vieja, que tenia continuamente puestas dos velas delante de la imagen del Diablo con la inscripcion siguiente, que intenta justificar un uso, que parece contrario al buen proceder: *Porque no me haga mal.*

Encontrè al dicho Ministro ocupado en dar audiencia à muchas personas, que estaban en la an-

tecamara, esperando el honor de tener lugar de besarle la mano. Despues de muy corto rato hice entrar recado, de que Yo estaba alli, y el Señor Romero tuvo la atencion de preferirme à todos los que esperaban. Luego que lleguè à la pieza inmediata, à la, en que èl se hallaba, se levantò, saliò à recibirme, me abrazò, besò, y diò à entender el sumo gusto, que tenia en considerarse util para poder servirme, persuadiendose, à que me havia tomado el cansancio (assi lo expresaba) de pasar à su casa, para darle el honor de imponerle algun precepto. Yo le respondi, que solo el cumplimiento de mi obligacion me havia estimulado à incomodarle con aquella visita, y que lo unico, à que Yo podía aspirar, era, à que continuase los buenos oficios de su proteccion. Los espiritus altivos se dexan mucho llevar de la adulacion, aunque sea excesiva, y assi, conocì el gran gusto, que el Señor Romero recibì con mis expresiones; me afirmò, que entre todos aquellos, cuya amistad consideraba apreciable, Yo era, con quien èl deseaba mas estrecharla; no me dexè engañar de sus fingidas expresiones, pero para pagarle con otras tales sus falsas palabras, le demonstré lo sumamente reconocido, que havia quedado à la gloriosa distincion, con que me trataba.

Despues de estos preambulos, y engaños de diestro à diestro, introduxo la conversacion de los demàs Ministros, y conceptuando, en fuerza de lo acreditado, que se consideraba en la Corte, y en la Ciudad, que Yo sería uno de sus mas sinceros afectos, no hallò inconveniente en hablar con toda libertad del Ministerio: En fin, para abreviar,

di-

dixo mal, de quantos citò; uno era un ladron público; otro un traydor al Principe; este un disoluto; esotro un adulator, y todos juntos una sentina de perversas costumbres. No sufría mi genio el condescender à una conversacion tan mordáz, por lo que escusè la contextacion con el pretexto, de que, habiendo tan poco tiempo, que Yo estaba en aquel Continente, no podia aún haver formado idea adecuada de los personajes sublimes, de que se componia, mayormente quando era forzosa una particular gracia, para que los forasteros, qual Yo era, pudiesen interiorizarse con semejantes sugetos. En consecuencia de esta repulsa, dirigió el Señor Romero la conversacion acerca de sus circunstancias; alabòse muchissimo, y exagerò los buenos oficios, que havia hecho, mediante su poder, con toda especie de personas: Asenti à su gran merito, no obstante que sabia muy bien, y con cierta ciencia, que vendia hasta las palabras, con que tenia entretenidos, à los que recurrian à su favor.

A este tiempo vino su Maestre-Sala, y le avisò, de que cierto Asentista le embiaba, en muestra de su particular estimacion, un regalo de ciertos licores: Haz, respondiò, que pase adelante, el que lo trahe, y bolviendose à mi, me dixo: Creen estos, que grangean mi patrocinio con estas vagate-las, Yo las recibo, porque desde mi casa no las llevan à manos, de quien venda el estado, al que mas ofrezca: Semejantes donativos siempre vienen acompañados de alguna pretension; Yo escucho sus peticiones con semblante sereno, sin dexarme seducir, y despues aplico mi voto, no à favor de quien me regalò, sino con la mira unica del bien público.

Ala-

Alabè una maxima tan sana , aunque Yo sabia bien , que no hablaba con èl esta alabanza , por quanto obraba todo lo opuesto absolutamente , à lo que decia. Entrò el que trahia el presente , seguido de dos criados ; que sostenian una grande frasquera de plata , dentro de la qual venian doce frascos , llenos de ciertos licores , de cuyos nombres no me acuerdo. El ambicioso Ministro disimuladamente diò una ojeada à aquel precioso vaso , y con un risueño rostro preguntò , si havia de bolver à llevarse los frascos vacios. Hizo una profunda reverencia el Monno , que trahia la embajada ; y respondiò , que aquella oferta , tal qual ella era , venia enteramente destinada para el uso de su grandeza , (titulo ordinario ; que pretenden los personages de primera clase) que quando tuviese , que hacer alguna fineza à algun amigo , podrian servir los frascos , y la frasquera. Asegurado aquel astutissimo camastròn , de que la plata estava tambien destinada para èl , mandò , se le respondiese al Asentista , que yà se verian , y hablarian despacio. Observese el ridiculo disimulo del Señor Romero , que ni aun diò gracias à aquel , que quizàs para satisfacerle su avaricia , tendria que estrechar la economia ordinaria de su familia , y todo esto con el fin , de que no se formase mal juicio del , teniendole por cazador de grandes regalos.

Como deseaba cumplir mis ideadas formalidades , visitando à los Jueces , y con este me havia yà detenido demasiado , me puse en pie , y le pedì su licencia. Mostròse sentidissimo el Señor Romero de mi resolucion , diciendome : ¿ Y por què , amigo mio , me quereis dexar tan pronto ? Por dár algun pretexto à mi despedida , respondi , que , viendole

ocu-

ocupado en sus dependencias , y estando esperandò tantos el honor de hablarle , queria dexarle en libertad. Sonriòse graciosamente el Ministro , y replicò : ¿ Y què quiere decir eso ? Estos , que esperan , bolveràn mañana , si hoì no me digno de oirlos. Las personas del estado medio , è infimo han nacido en el Mundo , para hacer la Corte à los Monos , como Yo ; y se han de tener por muy afortunados , si despues de venir à presentarse repetidas veces , logran el honor , de que los admita : Sentaos , y os darè parte de mi pensamiento , y despues de esto tendrèis à bien , que à presencia vuestra escuche algunos de esos , que haveis creído personas de suposicion. Con muchissimo gusto huviera Yo perdonado el informe de sus ideas , y asuntos , por estar casado yà de oir maximas tan contrarias à las mias ; pero por no irritar à una bestia feròz , es necesario muchas veces complacerla. Tomè asiento , y me habiò en los terminos siguientes:

Sabed , amigo mio , que Yo he sido dos veces casado ; però de mi primera Esposa , que hà diez años , que murió , no logrè la dicha de tener sucesion. Como quando enviudè tenia yà muchos años , havia perdido las esperanzas , de que me la concediese mi fortuna , aunque pasase à segundos desposorios ; no obstante , era forzoso poner todos los medios ; no salieron estos vanos , pues el Cielo , que toma à su cargo con particular cuidado las familias mas célebres , condescendiò à mis ruegos , concediendome en una Jovencita , con quien me casè dos meses despues de viudo , un Hijo , al año inmediato de mi boda : No ha nacido otro alguno ; pero en este tengo yà asegurada la propagacion de mi casa.

Aho-

Ahora está para cumplir los nueve años, pero Yo paso ya de setenta, y assi no espero tener tan larga vida, que pueda llegar à tiempo de dirigirle en su juventud por aquellos caminos, que Yo he seguido, y me conduxeron à la cumbre de la utilidad, y del honor. En la incertidumbre de poder cumplir en este punto con las obligaciones de Padre, pienso adelantarse con una seria educacion los frutos, que se esperan de esta nueva planta; y ahora sabed, que los sugetos, que están en mi antecámara son, los que han de concurrir à tan grande obra; acaso habrá quien venga por algun otro negocio; pero la mayor parte son, los que vienen llamados á este fin.

No podia alabar suficientemente la sábia cautela de este Mono, que, aunque pessimo Ciudadano, parece; que queria ser buen Padre. A este tiempo tocò la campanilla, y pidió al Maestre-Sala la lista, de los que esperaban audiencia. Inmediatamente, que lo mandò, la tuvo en su mano; repasòla muy bien, y dixo: Que entre Algarroba.

De allí à un momento vi entrar un Mono, con quanta gala es imaginable; trahia una casaca bordada de oro; y la chupa era de una delicadissima tela de gusto, toda cubierta de oro, y plata; estaba muy bien peynado, y lleno de polvos; sus manos calzadas de unos blancos, y finissimos guantes, y los restantes adornos todos correspondientes. Luego que entrò, me puse en pie, creyendole un Cavallero de altas circunstancias. Pero el Ministro conociò, que Yo me havia engañado, y me hizo señal, para que no estuviese en pie. La primera pregunta, que le hizo el Señor Romero me avergonzò, è informò de mi error, pues fue, que quanto tiempo havia, que era

era Cocinero. Algarroba, despues de una profunda reverencia, respondió en un lenguaje tosco, y obscuro, que en su vida no se havia exercitado en otra cosa; y siendo examinado acerca de su capacidad, èl, para dar una muestra de ella, contò, que en el combite de un Principe supo dar una sopa del valor de cien escudos de oro. Entonces dixo el Señor Romero con semblante alegre: Basta; tù eres un valiente Mono, y digno, de que te emplees en mi servicio: Dime, pues, lo que necesitas. Dirè, respondió, libremènte à vuestra Grandeza, que fuera de la manutencion mia, y de mi familia, se me daràn seis escudos de oro cada mes; pero en inteligencia, que he de tener quatro Oficiales à mi orden, pues mi oficio solo es distribuir las necesarias disposiciones, para que el amo estè prontamente servido. Tiene razon, añadió el Señor Romero, que no es conveniente, que el Gefe de una profesion tan distinguida se emplee, en lo que no sea correspondiente: Yo te concedo quanto pides, porque es muy puesto en razon, y desde mañana espero, que vengas à servir. Inclino la cabeza el Cocinero, hizo una gran cortesia, y partiò.

Bolvióse à mí el Señor Romero, diciendome: No hay oro bastante, con que pagar à un buen Cocinero: Nosotros los Grandes no podemos hacer mejor uso de nuestras riquezas, que empleandolas en las delicias de la mesa, en dondè, además de saciar el apetito, se dà à entender la magnificencia, y liberalidad del Dueño. Aunque me havia admirado el Cocinero por sus vestidos, y por su habilidad, destructiva de las mas floridas rentas, y aunque igualmente me havia hecho el Señor Romero, que for-

mase una opinion de èl, que le caracterizaba por enemiguissimo de la sobriedad, con todo tuve que baxar la cabeza, y condescender con sus proposiciones.

Entrò despues cierto Mono muy soplado, Peluquero de profesion, el que por espacio de muchos años no havia tenido otro estudio, que inventar nuevos modos de cortar, y rizar el pelo. Este havia de tener la obligacion de ir todas las mañanas à componer el cabello al Señorito, y aqueste era uno de los mas graves cuidados, que tomaba el Padre en la educacion de su Hijo. Prometiò el Peluquero no faltar dia al cumplimiento de su obligacion; y tratandò acerca de la paga, se le propusieron dos escudos de oro cada mes. Querìa hacerse de rogar; pero finalmente, suponiendo, que hacia mucha merced al Cavallero, dixò, que, estimando mas el honor de servirle, que la ganancia, que se le proponia, gustosamente admitia el cargo, para que le havian juzgado digno.

Partiò este Artifice, y el Señor Romero promovió la conversacion de ciertos Padres, no pudiendo llevar en paciencia el poco cuidado, que tienen con los cabellos de sus Hijos, permitiendò su cultura à las manos de una criada demasiado contemplativa, ò de un criado poco experto en un arte, que hace distinguir la cabeza de un noble de la de un plebeyo. Inferi de este discurso los alcances de nuestro Ministro, y que, si trataba de los intereses del Reyno, como de los peynados, bien podia estar el Principe satisfecho de sus servicios. En este intermedio bolvió el Peluquero à declarar, que iba en la inteligencia, de que su salario era libre de tener la obligacion de

de poner en su quènta polvos, manteca, peynes, hierros, &c. Justa es tu demanda, respondiò el Señor Romero, que no queria disgustarle por la alta estimacion, que tenia hecha de èl: se te proveerà, de quanto necesites. Anda enhorabuena, y cumple tu obligacion, sin hacer faltas, y con habilidad. Entonces el Peluquero repitiò las cortesias, y marchò.

Entrò saltando el Maestro de bayle à besar la mano al Señor Romero, y este le expuso su intencion de querer, se enseñase à danzar su Hijo, y como de entre tantos, como havia de su profesion, le havia elegido à èl, creyendole capáz de sacar un discipulo perfecto. Vuestra Grandeza, respondiò el Baylarin, no puede errar en sus resoluciones: De mi escuela han salido los mas diestros Baylarines del Teatro; y las principales Señoritas de la Corte son mis discipulas. Yà se Yo muy bien, añadiò nuestro Ministro, que grande es tu habilidad; no te faltà para ser perfecto, otra cosa, que ser natural de la Metropoli de esos Estados, que estàn confinantes à los nuestros; porque, à la verdad, no parece, sino que allì nacèn desde luego con particular talento para la danza. Esta es, replicò el Maestro, mi mayor desgracia, porque me quita el ganar otro tanto; pero como no puedo remediarlo, es fuerza contentarme, con lo que soy. Contratòse la paga, según el estilà de la Ciudad, que era una pieza de oro por doce lecciones, y cada una havia de durar cerca de media hora; pactòse à parte, que no entraba en esta quènta la paga, al que tenia que tocar mientras las lecciones.

Finalmente compareciò un Mono de un color verdinegro, y macilento, que parecia la imagen del

hambre. ¿Y pues, quien eres tu, le preguntò el Señor Romero. Yo, respondiò con mucha humildad, soy aquel por quien se ha empeñado el Ama de vuestra poderosissima Consorte para Preceptor de vuestro nobilissimo Hijo. Estos Preceptores, añadió el Ministro, me hacen montar en colera; mas de trescientos memoriales tengo, en que me recomiendan otros tantos sugetos, y Yo no necesito mas, que uno; y esse, acaso, es quasi superfluo. ¿Y que enseñareis à mi Hijo? Le dictarè, dixò el Mono, los principios de una buena literatura, y los elementos de las ciencias. Alteròse en extremo el Señor Romero, diciendo: ¿Tambien vos estais imbuido en estas ciencias? Por toda la Provincia se ha introducido esta epidemia, que produce consequencias muy fatales. Yo no quiero ciencias, porque no las he estudiado, ni las aprendiò mi Padre, ni mis Abuelos, ni mis Bisabuelos, ni otro alguno de mis ascendientes. ¿Lo haveis entendido, Señor Preceptor? Yo obedecerè en todo à vuestra Grandeza, respondiò el Maestro, todo temblando de miedo; dadme, Señor, los preceptos, segun los quales conformarè puntualmente mis operaciones. Vos, replicò el Cavallero, enseñareis la lengua Mona antigua à mi Hijo, en lo que empleareis tres horas por la mañana, y dos despues de comer: Siempre haveis de estar à su lado; le acompañareis à las visitas, y al paseo, y quando esteis con él à solas, le sugerireis las maximas de Cavalleria: Le impondrèis, en que ha nacido, para ser superior de los demàs Monos; que no debe sufrir agravio alguno de sus iguales, y que se hará respetar, si le llegan à tomar miedo, y otras cosas, que à un literato como vos no se ocultarán, aunque

que por vuestra sangre no tengais obligacion de saberlas. Por este trabajo os concedo la mesa de mis criados, y si ademàs de esto, teneis pretension à algun salario, decidlo sin cortedad.

Quería el infeliz Preceptor dexar à voluntad del Cavallero la entera disposicion de su paga; pero este se mantuvo firme en asegurar, que no queria ofrecer cosa alguna, porque despues no se dixera, que havia usado violencia. Obligado el Preceptor à declararse, pidió una pieza de oro cada mes. Esta petición me hizo formar una alta idea de la prudencia, del que la havia propuesto; pero fue al contrario el efecto, que hizo en la mente del Señor Romero, que tratò de vano, ambicioso, y temerario al pobre Mono, que se exponia à continuas fatigas por una miserable recompensa; mas no obstante quedar muy mortificado con la repulsa por tan corta pretension, como la suya, temeroso de perder la ocasion de colocarse, y, lo que es más, estrechado del hambre à la necesidad de condescender à qualquiera condicion, aunque fuese la mas vergonzosa, pidió perdon rendidissimamente de lo exorbitante de su petición al Señor Romero, rogándole, que le admitiese en su servicio con los pactos, que mas convenientes le parecieran. A esto respondiò el Ministro: Yo os concedo la mitad, de lo que haveis insinuado; y si con el tiempo viese, que mi Hijo aprovecha con vuestras lecciones, os serè agradecido, dandoos de adealas al fin del año algun par de zapatos: Pero estad advertido de no separaros un atomo de los documentos, que os he dado; teniendo assimismo entendido, que absolutamente no quiero, que deis, que sentir à mi Hijo; des-

desdichado de vos, si le azotàrais, porque havia de tomar una exemplar venganza, por ser cosa, que notablemente desdice, que una mano, que nació destinada para servir, tenga la execrable osadía de castigar à un sugeto, que previene el Cielo para los primeros honores de la Patria, y para ser el apoyo de su Principe. El pobre Mono hambriento tuvo, forzosamente, que adherir, y condescender con la voluntad de aquel indiscreto Padre; despues de lo qual, se fue retirando, repitiendo las cortesias, y prodigalizando los titulos mas excelsos, capaces de satisfacer el ridiculo fausto de un Viejo tan sobervio.

Luego que este marchò, dexandome el corazon lleno de la compasion mas tierna, me dixo el Señor Romero: Vos, Señor, acaso estrañarèis el recibimiento tan poco favorable, que he hecho al Preceptor; pero cesarà vuestra maravilla, quando sepais, que esta raza de Monos es la mas impertinente, que se encuentra en estas Provincias. Hinchados con sus meritos quimericos, elevan sus pretensiones hasta el termino de quererse igualar à la Nobleza, habiendò tenido el atrevimiento de esparcir en ciertos libros, que el saber dà preferencia sobre la mas ilustre sangre, fundados en la ridicula razon, de que las letras forman el merito personal en el sabio, y el nacimiento no pende de nuestra voluntad. Tales libros sacrilegos deberian estàr quemados con sus autores, pero el descuido, ò acaso la depravada complacencia de ver, si pueden abatirnos, son causa, de que se introduzcan tan malvadas maximas.

Yo entonces le repliquè: Si vos teneis por cosa peligrosa depositar en los sabios vuestras confian-

fianzas, prudencia será contenerlos en los limites debidos; pero no acabo de entender la razon de haver prohibido al Preceptor, que ilustre à vuestro Hijo con las ciencias, que son el alma de un Estado culto, y politico. Vos, añadió el Señor Romero, segun voy viendo, sois uno de los sequiaces del nuevo método de educar la juventud; pero Yo de nadie me dexarè persuadir, à que permita à mi Hijo, que aprenda à delinear en un papel ciertas figuras magicas, combinandolas con unos caractères diabolicos, para que despues tenga el ridiculo atrevimiento, en virtud de tan detestables medios, de querer saber, quanto pesa la Luna, y què tamaño tiene el Sol, con otras mil importunas necedades. Ahora echè de ver, que era imposible adelantar cosa alguna con este espíritu; envejecido en la ignorancia, y que formaba ideas tan extravagantes de la Geometria, Astronomia, y Algebra.

No dexè de darle à entender, lo que me admiraba la repugnancia, que havia demostrado, en que el Maestro castigase à su Discipulo: Tengo para ello mis razones, dixo el Viejo: Un corazon tiernecito, que se acostumbra à temblar à la voz de un pedante, no puede despues concebir sentimientos nobles, y generosos: El muchacho, que teme à las disciplinas, como al mayor de los males, huirà despues à la vista del enemigo; no sabrà resistir à las amenazas de un emulo; y assi será inutil para la guerra, para la vida civil, y para su propia familia, obscureciendo con tan viles medios la generosidad de aquella sangre, que debe à su nacimiento. Sè, que opondreis à esta la

ma-

maxima, de que la juventud con sus ardores queda incapáz de freno, sino està de antemano acostumbrada à contenerse dentro de los límites de la moderacion; pero à esta, que se crèe virtud, tengo Yo por baxeza, y assi, dexandola para los espiritus abatidos, quiero desterrarla del todo del corazon de mi Hijo.

Oyendo esta ultima proposicion, no tuve fuerzas para aguantar mas; oponerme à sus palabras era ofender la excesiva soberbia de un genio reboltoso, y maligno, y assi elegi el retirarme, para no incurrir en la casualidad de enemistarme con un personage, à quien havia tenido Yo la paciencia de tolerar por tanto tiempo sus extravagancias, solo por tenerle en qualquiera ocasion propicio, ò, á lo menos, indiferente. Levantème de la silla, para despedirme de èl; pero me instò, diciendome: Esperad, que acabe de dar audiencia; y Yo mismo irè acompañandoos hasta vuestra casa, tendrè tambien el gusto de visitar al Señor Haya, que hà dias, que no le he visto.

Yo, que no tenia gana de adularle, ni de exponerme al riesgo de algun contratiempo, le roguè, me permitiese partir, por quanto mis dependencias me obligaban à detenerme en otra parte, antes de ir à casa. El Señor Romero entonces se excusò de no introducirme à visitar à su Esposa, porque estaba todavia sin vestir. Era zeloso con tanto extremo, que, aun siendo criatura Yo de diversa especie, de mi la recataba, encubriendo tan indecente pasion baxo el pretexto de la decencia, y cumplimiento. Renovàronse de una, y otra parte las expresiones, aunque poco sincèras, y parti, con-

ten-

tèntissimo de dexar aquella casa, con firme proposito de no bolver à ella en mi vida.

CAPITULO XII.

De la visita de Enrique al Señor Peregil.

ANduve largo tiempo por la Ciudad, para hacer las premeditadas visitas à los Jueces mis compañeros; pero unos estaban fuera de casa, y otros acompañados de sus amigos, por lo que no tuve la fortuna de hablar à aquellos, y con estos no se introduxo otra conversacion, que la general, por no haver podido quedar solos. Los discursos en todas partes eran unos generalmente; se decian mil males de los ausentes, se alababan los presentes, se esparcian sospechas ofensivas à la reputacion de muchos, y se daba fin à toda la obra, ò poniendose à jugar, ò en algun divertimento público, ò privado. Por estos motivos no pude inquirir cosa alguna de nuevo en estas conversaciones, ni pude conocer el caracter de las personas, con quienes estuve conferenciando; pero cumplic con una formalidad necesaria, que me acreditò entre todos por un sugeto atento, que no es corta ganancia para tan ligera incomodidad.

Dexè para la ultima visita à un cierto Señor Peregil, que Yo tenia por un Mono de poca penetracion, y cortos talentos, por quanto su humor melancolico, y su continuo silencio no le hacian favor alguno para mi concepto. Además de esto, lo nada pulido de sus vestidos, y adornos daba à entender, ò que ningun cuidado ponía, en cómo havia

M

de

de comparecer delante de los demás, ò que la imposibilidad de igualarse à los de su clase le reducia à la mortificacion no solo de ser, sino de demonstrarse el mas pobre. Apenas le subieron recado, de que solicitaba el honor, de que me admitiese, quando salio à recibirme al mismo patio, y con las mayores expresiones, sin afectacion alguna me tomò la mano, rogandome, tuviese à bien subir la escalera. Este primer paso fue motivo, para que me pareciese este sugeto de un corazon sencillo, pero naturalmente muy lleno de afectos. Registrè cuidadoso, què criados nos acompañaban, y no encontrè mas, que à un Viejo, cubierto de una antigua librea, y un pagedillo con un vestido de otro color. Subì finalmente, y me encontrè en un salòn, cuyo adorno no era otro, que un banco medio derrengado.

El Ministro à este tiempo me dixo: No os admireis, Señor, de ver tanta miseria en un Palacio tan grande, porque en ella se cifra la mayor gloria, y mas estimable herencia, que puedo dexar à mis descendientes. Yo heredè de mis Padres, quanto podia desear, para gozar una vida comoda; pero las repetidas desgracias, con que me ha visitado el Cielo, me pusieron en estado de privarme, aun de las cosas mas necesarias, solo por conservar mi honor con pureza: Esta consideracion me hace mirar mi pobreza con vanagloria, pues veo, que, quando me faltan las comodidades, que tienen mis iguales; puedo vivir contento, porque nadie por mi causa tiene, que lamentarse de daño alguno.

El honrado proceder del Señor Peregil se manifestaba claramente con este discurso, pero le vi
mas

mas patente, en lo que irè exponiendo. Me introduxo en un quarto, cuyas paredes estaban adornadas con una colgadura de cierta tela de seda, llena de saca-bocados, y que en otro tiempo fue encarnada. Me hizo sentar sobre una antiquissima silla, tan alta, que se me quedaron las piernas como pendolas de reloj; fuera de esto, los pies del sillòn estaban taladrados de carcoma, y assì me hallaba en un perenne peligro de dar en tierra, ademàs de estár en un continuo terremoto, balanceandome yà à uno, yà à otro lado.

Luego que nos sentàmos, me preguntò el infeliz Cavallero, què causa me havia movido, para honrarle con mi visita; à lo que le satisficè, diciendole, que solo, la de que me reconociese por su rendido servidor. Mejor direis, añadiò el Señor Peregil, que era enemiguissimo de ficciones, por un benefico amigo; pues solo vos haveis querido darme semejante complacencia, quando mis iguales, y aun los de estado mas inferior, huyen lexos de mí. Estas son las conseqüencias de la desgracia, que nos separa de los amigos, y nos hace despreciables à los ojos de todo el Mundo; pero bien será disculpar esta conducta, pues la proximidad de los desdichados atrahe en cierto modo la tristeza, inseparable, y necesaria compañera de los contratiempos.

Y entonces, por dar algun consuelo à este pobre afligido, entrando à la parte en sus sentimientos; introduxe la conversacion mas sin rebozo acerca de sus infortunios: No puedo llegar à entender, le dixe, como es, que, hallandoos colocado en un puesto, que subministra à muchos las riquezas con abundancia, vos tengais necesidad tan grande, co-

mo me dais à entender. Los cargos honorificos, respondió el pobre Mono, no son motivo suficiente, para adquirir bienes de fortuna; si acaso veis, que aquellos, que los obtienen, se dan buena maña, para hacer grandes progresos, bien podeis decir, que los tales (si es posible, que los haya) no han tomado, como deben, à su cargo los intereses de sus Soberanos. Comunmente oimos decir, que en los empleos eminentes se executan mil comercios abominables; pero Yo jamás lo he creído, pues me repugna asentir, à que se encuentre sugeto circunstanciado, que pueda baxarse à cometer tales vilezas.

Viendo, que no era este el camino de poder aliviarle sus penas, le preguntè, antecedendo mil excusas, y venias de mi atrevimiento, la causa de su infelicidad. El, arrancando un suspiro de lo intimo de su corazon, respondió. Por quanto no sois de mis Compatriotas, que tal vez se alegrarian de mis desventuras, como sucede freqüentemente; y porque descubro en vuestro discurso, y en la fama, que corre de vuestra honradèz, que sabreis reservar la verdadera causa de mis infortunios, desde luego quiero manifestaros mi corazon, y por mi relacion llegarèis à conocer, qual sea el manantial de todas mis fatalissimas infelicidades.

Haviendo, como os dixè, quedado heredero por muerte de mi Padre de una preciosa hacienda, pensè en asegurar mi sucesion, casandome con una noble, honesta, y hermosa joven: Nació de esta union no mas que un Hijo, al que procurè educar segun las verdaderas maximas, no las comunes, y de moda, que siguen generalmente ahora los Padres.

dres. Doctos, prudentes, y habiles Maestros instruyeron à mi Hijo en el modo de vivir con honor, y cultura; le aleccionaron en las ciencias mas utiles; le dirigieron al amor de la virtud, y yà sus frutos, aun no del todo sazonados, eran lisonja del cuidado, y continuas fatigas de su Padre, y Preceptores. Aumentabanse sus años, y crecian al mismo paso sus luces, su bondad, y adelantamientos. Todo caminaba à proporcion de mi amoroso anhelo, y yà me vanagloriaba de un exito dichoso. Quanto se engaña nuestro miserable entendimiento al proyectar sobre los sucesos futuros! No era menor, que el mio, el consuelo de su Madre, contenta de haver dado à luz un Hijo, que contemplaba, havia de ser modelo de los mejores Ciudadanos. Su obediencia à nuestros preceptos, y su atencion en cultivar nuestro cariño, nos acrecentaban la natural ternura acompañada con una justa estimacion de sus recomendables qualidades.

Callò un breve rato al llegar à estas palabras el desconsoladissimo Anciano, aprovechando este intervalo en enjugar las lagrimas, que con abundancia bañaban sus mexillas, y Yo en tanto reflexionando la educacion, que prevenia à su Hijo el Señor Romero, y haciendo cotejo, con la que al suyo procurò el Señor Peregil, no acababa interiormente de abominar la conducta de aquel, y de celebrar à este, todo lo que se merecia. Bolvió à tomar el hilo de su relacion, diciendo: Todas estas bellas esperanzas se desvanecièron en un momento. No bien havia dado mi Hijo el primer paso por el Mundo, quando se le agregó uno de aquellos falsos amigos, que no intentan otra cosa, que corrom-

romper la inocencia por sus particulares provechos. El corazon del docil Joven se dexò seducir à pocas persuasiones. Tomàron posesion de èl el libertinage, el juego, el luxo, y todos los vicios, que acarrear la desolacion de una familia. No podia bastar la mesada, que le tenia señalada, para suplir tantos gastos, y para saciar la codicia de las malvadas compañias de su disolucion. Yà buscaba un pretexto, yà otro para sacarme dinero: En una ocasion quiso hacerme creer, que havia saltado del engaste una piedra de valor, que llevaba en la sortija; y otra vez, que le salieron ladrones de noche, y le havian despojado de quanto llevaba: Reparàronse estas perdidas, pero de allí à poco se repitieron los mismos lances.

Todo el Mundo sabia su irregular conducta; pero ningùnò tenia valor de dar quènta à un Padre amoroso, y assi fuè el ultimo, que supò esta desgracia, yà mucho tiempo havia, pública en la Ciudad, y en la Corte. Yo pensè reducirle con las paternas insinuaciones, creyendo remediable el mal, à un tenor de vida decente, y arreglada; me lo prometì, pero suplicando antes, que pagase todàs sus deudas: Me hizo ver todas sus quèntas, cuyas cantidades ascendian à considerables sumas. ¿Què no harà un Padre enternecido, para aliviar un Hijo, que supone arrepentido de sus maldades? Subministréle todo el oro necesario, para que reintegrase su honor; y desde aquel punto comenzò el desconcierto de mi economia.

¿Lo creeriais? Pues la mitad de la duda era fingida: Me engañò tan indignamente, para sacarme el dinero, por poder continuar su disoluto pro-

proceder, aconsejado para ello de sus falsos amigos. Fue este un golpe tan sensible para mi pobre consorte, que, considerando caso desesperado la correccion de su Hijo, cayò mala del sentimiento, y à poco tiempo murió. Con la falta de esta amada compañera de mis trabajos, me ví en la necesidad de tomar à mi cargo el gobierno interior de mi casa; pero incapáz de un manejo de tal naturaleza, me hallè tan robado de mis criados, que un año despues de su muerte saquè la quènta, y encontrè haver hecho mas gasto en èl, que solia ella hacer en tres, mediante su economia.

No corrigiò al malvado la muerte de su Madre; antes connaturalizado yà en su pessima vida, y hecho Maestro de toda disolucion, no pasaba día, en que no me diese nueva pesadumbre. Confieso la verdad; que perdì todo el cariño, que le havia tenido hasta aquel tiempo, y unicamente me dediquè à mantener con decoro el punto de mi honor, y conservacion de la buena fama de mi nombre, y el de mi familia, en que tanto me interesaba, para cuyo efecto pensè en buscar remedio à tantos desordenes. Continuamente estaba oyendo quejas contra èl; yà tenia que componer à fuerza de oro el ultrage, executado en una honrada familia; yà el Mercader me presentaba una subida quènta de innumerables generos, y superfluos adornos, que podian haver saciado la vanidad del mas delicado petimetre; yà venian à sofocarme, pidiendome una excesiva perdida del juego.

Muchas veces intentè echar de mi casa, y desheredar à un Hijo, que arruinaba mi reputacion, y mi hacienda; pero què se huviera dicho de mi, si hu-

hubiese puesto en práctica este pensamiento? El Mundo, es cierto, que no siente bien de las acciones injustas, pero está siempre pronto à apiadarse, del que prevaricò, quando le ve humillado con el castigo. Huviera sido mirado como un mal Padre, si hubiese querido preservar mi subsistencia contra los atentados, del que pretendia destruir de una vez mi credito, y mis bienes. Comenzè à vender mis joyas, luego la plata, despues los muebles mas preciosos, y los bienes raices, y finalmente huve de hypothecar las quãtiosas haciendas, que mis mayores havian dexado fiadas à mi cuidado. Ahora me hallo en el duro, deplorable estado de vivir con estrechèz, para subministrar à este disipador, lo que ahorro à costa de mi alimento. He despedido toda la familia, que era numerosa, quedandome unicamente con dos infelices criados, ambos inhabiles para servir, uno por sobra, y otro por falta de edad; pero los mantengo, porque à causa de sus respectivos defectos me tienen menos costa.

Aqui bolviò à hacer pausa el miserable Mono, para desfogar segunda vez su afliccion. Mucho me condoliò este pobre Viejo, y no acababa de persuadirme, como pudiese llègar à tal extremo la crueldad de un Hijo, que Yo mismo huviera despedazado entre mis manos. Intentè consolar al afligido con la consideracion de las alabanzas, que por su prudente proceder le darian sus conócidos; y con la reflexion de la heroyca generosidad, con que havia resistido tantos golpes, para conservar aquel honor, que reputaba por tan preciosa alhaja.

Bien deciis, ò amigo, replicò el Señor Peregil, y en parte aligeraria mi dolor, si creyese poder

preservar ilesa esta joya, que me es mas apreciable, que quantos tesoros encierra el Mundo; pero despues de haver perdido todos mis haveres, me veo en visperas de morir pobre, y sin honra. Escuchad, lo que en el dia me sucede. Ha venido hoy un Mercader à pedirme doscientos escudos de oro, por los generos, que ha sacado de su tienda mi Hijo, que estando muy proximo à no tener, que comer, ni aun pan, ha tenido la locura de hacerse un vestido de este precio, para salir con mayor gala, que los mas ricos Señores de la Corte. Reflexionad un poco, en què consternacion me havrá dexado semejante golpe, habiendo venido à una sazón, en que estoy absolutamente falto de medios, y que puedo asegurar sin avergonzarme, que no tengo ni un quarto. No queriendo, que supiese el Mercader mi infeliz estado, recurrí à muchos amigos, que me han dado con la puerta en los ojos. Busquè à aquella especie de gentes, que suele aprovecharse de las repentinas urgencias de las familias, prometiendo ceder una casa de campo con un jardín accesorio, como me diesen la cantidad expresada, hasta que el Cielo me abriese camino para poderla bolver. Con los frutos de la tierra, y con el uso de la casa, el que hubiese querido prestarme este dinero, pudiera haver tenido una ganancia suficiente en recompensa de su capital, teniendo al mismo tiempo seguro: Pero todo esto fue en vano, por haverles parecido poco ventajoso el partido à aquellos voraces Harpyas.

Enternecime, oyendo este suceso, y prometí instantaneamente al Señor Peregil prestarle esta suma, que me restituiria, quando tuviese proporcion

CAPITULO XIII.

De la sentencia del Pleyto del Volatin.

EN este mismo dia advertí alguna novedad en casa del Señor Haya, sin que pudiese adivinar el motivo. Entraban, y salian ciertas personas, que Yo no conocia, y se encerraban en el quarto del dueño de casa, para conferir secretamente algunos asuntos, segun mi parecer, importantissimos. A estas conferencias asistia tambien Madama Espina, que desde entonces comenzó à afectar una seriedad, que me hacia entrar en sospecha. Temí, que acaso huviesen practicado contra nosotros algunos malos oficios con estos nuestros bien-hechores, con lo que concebí una suma tristeza. Comunicè mis dudas con Roberto, que continuaba siendo conductor de mis acciones, y el consejero de mis pensamientos. Mi amigo, que estaba, igualmente que Yo, interesado en el agradecimiento para con toda aquella benèfica familia; pero que tenia mas cordura, y fortaleza, procurò consolarme, diciendo, que mientras tuviesemos la proteccion del Señor Haya, no debiamos entregarnos à un temor sin fundamento. Puede ser, añadia, que en aquellas juntas ocultas se trate de materias domesticas, de las que no permite la prudencia, que sean los estraños sabedores; Yo espero, que todo terminará à satisfaccion de nuestro amigo, de su consorte, y de sus Hijos.

Aunque me hiciesen fuerza las razones de Roberto, con todo, no podia aplacar mi melancolla, viendo continuarse las causas, que la fomentaban,

y assi para dar algun alivio à mi turbado espiritu, fui à tomar posesion de la casa de campo, y del jardin, arriba mencionados. Todo ello estaba con el mayor asèo, por lo que me puse muy contento con mi alhaja: Encontrè un Jardinero, diestrissimo en su arte: Yo, que con fuerte inclinacion fui siempre aficionado al bello placer de cultivar la tierra, tuve particularissimo gusto, viendome con proporcion de condescender à mi natural genio. Aprendí del Jardinero las reglas de su exercicio, y procuraba ponerlas en práctica al mismo tiempo, que èl las executaba. A poco tiempo lleguè à estàr muy versado en todos aquellos conocimientos, que, como se verá en la consideracion de mi Historia, me fueron utilissimos; y puedo asegurar, que la Providencia iba disponiendome los remedios de aquellas desgracias, en que no por mi culpa, sino por imprudencia, y malicia de otros, lleguè à verme. La proximidad de esta casa à la Ciudad me facilitaba el camino de satisfacer mi curiosidad; y además del placer, que sentia en pasar una vida conforme à mis deseos, fue tambien muy util à mi salud, mediante la mutacion de ayre, que es, sin duda, menos sano, el que se respira en la Ciudad, que el del campo. De quando en quando venian à verme mis Amigos, con los que tenia el gusto de conversar, exempto de todas las formalidades fastidiosas.

Llegò el dia, en que se debia disputar sobre las razones del Volatin, y del que le havia fomentado la calumnia de Magico. Congregàronse los Jueces, y la sala se llenò de infinito Pueblo, atraido de la novedad de la disputa, de la alta repu-

tacion de los Jueces, y de la fama de los Abogados, que debian perorar à favor de sus respectivas Partes. Permitaseme decir de paso, que aunque no huvieran ocurrido estas razones, para mover à los Monos, à que acudiesen à aquel lugar; el ocio, y la curiosidad de los habitantes de *Simiopolis* (esta acaso es la primera vez, que en estas memorias he nombrado la Metropoli de este Reyno) huvieran sido motivos suficientes à atraer personas de todas clases de la Ciudad, para presenciar este acto. Es increíble, quanto se dexan llevar los Simiopolitanos de toda especie de pasatiempo: Como se traté de no trabajar, todos son de una misma inclinacion. Si un muchacho está jugando en la calle; inmediatamente se forma un cerco de mirones: Si está un Papagayo charlando à la ventana, al instante se va deteniendo un monton de Pueblo à escucharle: Toda vagatela es suficiente, para tembar à estos naturales; señal bien clara: Pero adonde me dexo conducir de una reflexion, que aunque justa, y verdadera, no es à tiempo oportuno?

Comparecieron à presencia de los Jueces en acto de pedir justicia, y con la mayor humildad el acusado, y el acusador; séguido cada uno de dos Abogados, que havian de defender sus razones. Hecha señal, para dar principio à la accion; se puso en un puesto elevado uno de los Abogados del acusador, que empezó su oracion con una introduccion bien estudiada, que contenia por extenso las alabanzas de la integridad de los Jueces. Como iba proponiendo el punto de la question, la fue haciendo mudar algun tanto de semblante;

pe-

pero con tal arte de sutileza, y ayre de sinceridad, que era capaz de engañar al mas expedito ingenio. De esto pasó à proponer ciertos fundamentos, que él llamaba axiomas, falsos, si hemos de hablar en realidad, pero tambien paliados con el colorido de verdades irrefragables, que temí mucho al reo con tan peligroso, y diestro enemigo. Quando él creyò yà à los Jueces engañados con la falacia de sus principios, fue poniendo repetidos argumentos, todos concluyentissimos, y que era fuerza admitir como necesarias consecuencias, que de ellos se deducian claramente. Despues con una verbosidad indecible, que entre las gentes de la Curia se llama eloqüencia, repitiò muchas veces una misma cosa con reiterada mutacion de terminos; y finalmente, bolviendo à las adulaciones del principio, pidió à los Jueces proteccion, y justicia à favor de su parte.

Durò cerca de una hora la defensa de este, y confieso, que me gustò mucho, quanto habló, aunque muy bien conocí la apariencia, con que intentaba seducirnos: Me agradò la sutileza de su ingenio; pero condenè interiormente el abuso. Mientras durò la arenga de este sagáz artifice de engaños, sudaba, y estaba temblando el pobre Volatin, que conócía, quan perjudicial le era, que se disfrazase la verdad del asunto; pero, luego que viò al segundo, que yà ocupaba el lugar del primero, para defender su derecho, pareció, que havia vuelto de muerto à vivo, abrió los ojos, aplicò el oido, y publicamente demonstrò la alegría de su corazon en el semblante.

Era este Abogado un sugeto de viveza, de gran penetracion para las sutilezas del contrario, y de suficien-

cien-

ciente capacidad para desvanecer sus maquinas: En efecto se aplicò à esto con todo su ingenio, y eficacia. Comenzò, despues de un breve exordio, à examinar los fundamentos, sobre que se formaba la disputa contraria, y haciendo conocer la falsedad, mostrò, que sus racionios, aunque excelentes, no eran aplicables al presente caso, como tambien, quàn diestramente, y con qué malicia havia alterado la quèstion en perjuicio de la inocencia, y con desprecio del Tribunal. De aqui fue, que se disolvieron por si mismos los argumentos, como que estaban fundados sobre cimientos aereos. Entonces aquel Abogado, que podia con razon llamarse eloqüente, si se hace comparacion de èl con el otro, reduxo la materia, que se disputaba, à su verdadero estado, y expuso la justicia de la Parte, que defendia, con tal claridad, que no dexaba razon de dudar. Assi terminò la segunda oracion, que fue mas lucida, y alabada, que la primera, no tanto por la mayor excelencia del Profesor, quãto por haver tenido de su parte la justicia.

Saliò el tercer Abogado à la palestra, que havia de sostener las razones del primero. No vi jamás Mono mas atrevido, que èl: Su tosca figura, su semblante displicente, y su ayre de superioridad, y fiereza le calificaban por el Capitan General de los charlatanes, y el terror de sus compañeros. Entonò su discurso con una voz, que era capáz de hacer temblar à un exercito, la que sostuvo con la misma fuerza hasta el fin de su peroracion. Todas estas ventajas, no fueron coadyuvadas de lo esencial, que se busca en un Orador; porque en lugar de apoyar las pretensiones de su parte con ra-

ziones, y argumentos; se separò quãsi del todo del examen, y fundamentos de la quèstion propuesta, sin tocarla sino de pãso, y consumiò todo el tiempo; que havia de emplear en su razonamiento, en cosas del todo estrañas, è importunas.

Quiso pues, tentar primeramente el corazón de los Jueces, confrontando las personas, y circunstancias del Joven, y del Baylarin. Aquel, decia, Hijo de unos Padres honrados, se ve con verguenza de todos sus parientes expuesto al peligro de ser la burla de un hablador vagamundo: De aqui con una descripcion patetica se compadeciò del estado de los Padres, las lagrimas de las Hermanas, que aun no estaban casadas, y el disgusto de la Ciudad, viendo à uno de sus Conciudadanos, por un leve, y pueril asunto, próximo al riesgo de mirar ultrajada su reputacion. Pasò despues à insultar al Volatin, y su arte; y à èl solo, sin conocerle, aplicaba todos los vicios, que se encuentran divididos en los de tal exercicio, empleando gran parte del tiempo en esta infamacion. Mordió agriamente en el honor, y en el conocimiento del asunto à los Abogados contrarios, que llamaba à cada paso sus dignisimos compañeros, y amigos. Con sales jocosas, y ridiculas procurò separar los animos de los Jueces de la debida atencion, y excitò muchas veces la risa en los mas circunspectos. Jurò finalmente, blasfemò, y puso fin à su discurso.

Aunque no pude formar una idèa completa, por lo que hace à este Orador, ò yã sea por su sutileza, ò yã por el arte de argumentar; no obstante, de la capacidad, con que le oí tratar los puntos extrinsecos de la causa, no pude menos de formar

mar una alta reputacion de su ingenio; creyendo seguramente, que siempre que se emplease en la defensa de mejor accion, mediante su habilidad, le seria muy facil con qualquiera razon; aunque fuese aparente, desatar un torrente de eloquencia; ò fulminar un rayo, que bastase à destruir; al que se le opusiera.

Entrò ultimamente el quarto Abogado en el puesto, que havia desocupado el tercero. Quando comenzaba à tomar el gusto, que me causaba su caracter, por distinguirle de todos los demàs, mediante sus divisiones geometricas; y su estilo concluyente; y conciso; se dexò oir una voz espantosa, y repentina; que le diò un solemne mentis à una de sus mas verdaderas proposiciones. Yo, que no esperaba tal novedad; me hice cargo, de que aquel, que assì havia desmentidò publicamente al Orador, havia tenido la desgracia de haverse buelto loco en aquel instante; y yà estaba esperando verle sacar fuera de la sala, para que con su nueva demencia no alborotase la ultima parte de aquel informe. Mas, si fue grande mi admiracion con tal sucesò, aumentose mucho mas, vièdo; que se dexaba al loco en su delirio; sin que nadie tomase à su cargo el hacerle callar. Yà no me fue posible poner mas atencion à las razones, y artificio del Abogado, à causa de que los dos hablaban à un mismo tiempo, y negando el uno; lo que afirmaba el otro; se llenaron entre si repetidas veces de mil disterios.

No acababa de entender, como se permitia desorden semejante; pero despues supe, porque assì me explicaron este enigma, que tales replicas se

ha-

havian instituido con bellissimo; y prudentissimo fin; pero, que el abuso las tenia reducidas à un vocingleria; semejante à las que se suscitan en las tabernas, en donde cada borracho habla, sin dexar tiempo al otro, para que de su respuesta. Con tal confusion se puso fin à la contienda, en la que ninguno de los presentes pudo comprehender razon alguna.

Para hacer justicia à estos quatro personages, y por dar lugar à la verdad, es forzoso tributarles las alabanzas, de que son dignos. La claridad de sus ingenios; el sagacissimo arte de persuadir, y algunas veces de engañar al Juez; enmascarando la falsedad con una afluencia de argumentos; que no se adquiere sino con grande estudio, y con una continuada practica; un cierto nervio de eloquencia; para saber epilogar todas las razones de la Oracion; al acabar la disputa, son particulares dones; que no se encuentran facilmente. En los Países mas cultos no he advertido con mayores adelantamientos la Oratoria. Es cierto, que las flores de la Rhetorica no están muy hacinadas en sus discursos, que repiten muchas veces unas mismas cosas, y que con su verbosidad procuran alargar los razonamientos; pero hay para todo esto una respuesta muy adecuada; se les tiene concedido un tasado espacio, dentro del qual han de hacer todas sus probanzas, sin poder excederle; de aqui es, que se ven precisados à exponer desde el principio toda la fuerza de sus argumentos; porque no se cumpla la hora, y quede su parte sin alguna de las respuestas conducentes; y por esto suele acabarseles la materia, antes que el tiempo.

O 2

No

No se les puede instar tampoco, diciendo, que en virtud de lo dicho en lugar de nuevas repeticiones pudieran terminar su informe; porque si se apartasen de la palestra un momento antes de lo ordinario, creeria su Parte, que el Abogado havia ido à despachar, y le dexaba indefenso. Finalmente notè, que no era elevado su estilo, y que tenian costumbre de servirse de los vocablos mas usuales, y corrientes; costumbre prudentissima, pues assi facilitan la inteligencia, de lo que proponen, à todos los que escuchan; y los Abogados no tienen que distraherse en extrinsecos adornos, que son muy bien parecidos, pero superfluos absolutamente para los fines de la justicia.

Acabados los informes, se intimò à todos, los que allí se hallaban, que saliesen de la Sala, porque los Jueces quedasen en libertad, para dar la Sentencia definitiva: No bien se mandò, quando quedò desocupada; despues se cerrò la puerta, porque ninguno tuviese la inadvertencia de volver à entrar. Intentaron los dependientes del Tribunal pasar à la execucion, de lo que acostumbraban, quando iban à votar la causa los Ministros; pero el Presidente del Consejo secreto suspendiò este acto, con motivo de tener primero que hablar à la Asamblea. Roberto en una conferencia secreta, que havia tenido con el Principe, le havia sugerido, quanto importaba poner remedio en los abusos de los Abogados, y en la transgresion, que hacian de las Leyes, y Reales Decretos; mandòle entonces el Soberano, que ventilase el punto con su Presidente; y los dos quedaron de acuerdo, en lo que havia de practicarse. Hablò, pues, en estos terminos

No-

Nosotros, Señores, que no somos Jueces Ordinarios de los pleytos comunes, sino delegados por el Principe para este juicio extraordinario, no estamos, me parece, obligados à seguir las regulares formalidades. Creo, que los defensores de ambos partidos, en vez de proponernos el verdadero punto de la dificultad, se han empeñado en una disputa inútil, cuya decision irá trayendo otras muchas, y de este modo dilaciones, que resultan contra la intencion del Soberano, dandonos tambien la incomodidad de repetidas sesiones. Por honor, pues, del Real Decreto, y tambien por el nuestro, debemos hacer cesar tan mal modo de proceder, castigando à los Abogados, que se hallen con culpa, absolviendo al inocente, è imponiendo al reo su merecido castigo: Ahora votarèis en secreto, por el que os parezca tiene de su parte la razon, y despues pensarèmos en el remedio, que deba ponerse en un desorden, cuyas consequencias resultan en menosprecio de la justicia, y de las Reales intenciones.

Aprobamos todos la advertencia del Presidente, y unánimemente determinamos seguirla; y muchas, explicando el Decreto, que los Jueces sentenciasen segun equidad, sin las escrupulosidades, y sutilezas del Derecho. Fueronnos repartiendo ciertas bolas, cuyo fin era para manifestar despues el voto, que dabamos en secreto. Llegò finalmente el acto de votar; eramos quince; y se hallò ser conformes todas las opiniones, absolviendo al pobre Volatin, de quanto se le imputaba, y restituyendole su honor contra la calumnia, que le havian suscitado. Fue universal la commocion en los Jueces,

ces, que indicaba el comun, verdadero júbilo; viendole aquella uniformidad; señal no equívoca de la justicia de la causa decidida, y del talento, y discrecion, de los que la havian definido.

Finalizada esta primera parte de nuestro asunto, pasó el Presidente del Consejo à indagar nuestros pareceres acerca del remedio, que debería ponerse en los abusos escandalosos; para que mediante una exemplar correccion, quedasen vindicadas la autoridad del Soberano, y la Magestad del Consejo, que se hallaban ofendidas. Unos eran de un dictamen, y otros de diverso parecer; pero ninguno pudo dar en un medio, que fuese capáz de castigar à todos los culpados à proporcion de sus defectos. Llegò el caso de ser preguntado Roberto acerca de su opinion, y respondió de esta suerte:

Yo dixera, Señores, que si se habla de los Abogados del absuelto Baylarin, debieran estos sufrir una pena mas suave, por haver tomado à su cargo el partido de la justicia, siendo el unico delito, en que han incurrido, el prolongar por su interes la decision de la causa; y assi me parece, que será bastante, se les obligue, à que restituyan las pagas, que hayan recibido, y à que paguen todas las costas, que hasta este dia se hayan ocasionado al inocente. Mas en quanto à los Abogados de la parte contraria, que pretendian engañarnos con las mentidas apariencias de verdad, soy de sentir, que sean condenados à satisfacer al Baylarin todos los daños, y perjuicios, que se le han seguido en el largo tiempo, que ha estado sin poder exercer su profesion; esto se entiende además de la ganancia, que diariamente le daba su trabajo, y antes de

sucederle esta desgracia. Yo por lo que hace al joven mal aconsejado, que mas bien por la vanidad de ser tenido por critico Mono, que por verdadero efecto de malicia, poco cauto, pasó à echar un borron en la fama de un inocente; tengo por cierto, bastará sentenciarle, à que publicamente se desmienta; y à que confiese su yerro en todos los lugares publicos de la Ciudad; pues no hay duda, que para un Noble este castigo no tiene comparacion en el rigor con todas las penas pecuniarias, y afflictivas.

Fue recibido con aplauso el voto de Roberto, y con unanime consentimiento se resolvió, que se executase exactamente, añadiendo, que de no cumplirse por los reos la Sentencia al pie de la letra en el preciso termino de ocho dias, se duplicase el castigo à los contraventores, aplicada esta demasia à penas de Camara. Resuelto assi este grave negocio, que tenia en notable expectacion à toda la Ciudad, segun los diversos respectivos afectos, se mandò à los Porteros del Tribunal, que abriesen las puertas del Salòn, è hiciesen comparecer las Partes, y à los quatro Abogados, para que todos oyesen la irrevocable Sentencia. Partièron prontamente à executar el orden estos Ministros, pero antes de permitir entrar al curioso Pueblo, para que se informase del exito de aquel suceso, vinieron à avisarnos, que los Abogados se havian yà ausentado, y que era forzoso ir à buscarlos.

Tienen iestos comunmente la costumbre de no hacer caso del exito de la causa, siendo todo el empeño, que algunos demuestran, por los que defienden, una pura ficcion, y assi para los que siguen es-

ta conducta, es lo mismo ganar, que perder el pleyto; y los mismos, que mientras la disputa, qual rabiosos perros, se han mordido mutuamente, se rjen despues de todo lo pasado, y son los mas intimos amigos, dando à entender estos tales, que siendo el suyo solo un reciproco comercio de charlatanerías, no toman empeños, por las que de otra suerte serian ofensivas de su reputacion. Se mandò à los Porteros, que fuesen en busca de los dichos Abogados, obligandolos à comparecer de orden del Tribunal: Obedecieron, prometiendo conducirlos à presencia de los Jueces dentro de breve tiempo, sin miedo de faltar à su palabra, mediante no ignorar todas las secretas inteligencias de los referidos, y assi sabian muy bien, adonde havian de ir à buscar à cada uno, sin dar el golpe en vago; de hecho los encontraron, como lo discurrieron; uno de ellos estaba perdiendo en el juego, quanto havia podido pillar à los incautos litigantes; otro estaba enamorando à una Mocita, no obstante ser el casado; los otros dos, aplicados unicamente à acumular dinero, se havian retirado à sus casas, de los quales uno estaba contando el oro, que tenia en cerrado en su escritorio; y otro consultando los negocios de cierto Mono, que pagaba con la mayor profusion las vanas esperanzas, con que le engañaba el astuto Letrado.

En el intervalo de tiempo, que era menester para esperar à los Abogados, dexaron sus asientos los Jueces, y se entablò una conversacion de pasatiempo; tocàronse varias materias, y particularmente la de las novedades, que corrian; muchas se contaron, que falsas, ò verdaderas no dexaron de

de dar pábulo al espíritu de los curiosos: Algunos me preguntaron, si era cierto, lo que se decia acerca de la casa del Señor Haya: Yo, en realidad, havia observado alguna mutacion; pero como no podia adivinar la causa, como yà llevo dicho, ignoraba, que responder; por tanto tomè cautelosamente el partido de fingir gran mysterio, y afectando una cierta son-risa, dixè, que no acababa de entender, lo que trahian entre manos. Suponia, Yo, que los que havian hecho la pregunta, se explicarian en terminos mas claros, en virtud de haver contextado à sus palabras, aunque en terminos equívocos; pero no se me cumplió el gusto, que esperaba, porque, ò temerosos de violar un secreto, que se les havia confiado, ò por la incertidumbre del hecho, ò por alguna otra razon, que ignoro, no quisieron declararse. A este tiempo se llegó à aquel corro el Presidente, pidiendome, le favoreciese, comiendo con él un dia, que estuviera desocupado, porque deseaba informarse de algunas particularidades de mi patria; aceptè su atento convite, dando à tan alto personage muchas gracias por la bondad, con que me distinguia.

Estando en esta conversacion, nos avisaron, que yà estaban fuera los Abogados esperando, que se les mandase entrar: Esta novedad havia causado una universal estrañeza; por lo que concurrieron muchas personas, para saber el motivo. Nosotros nos dimos prisa para ocupar nuestras sillas, y bolviendo à revestirnos de la gravedad exterior, que es necesaria en tales lances, dimos orden, de que entrasen los Abogados, las Partes, y todo el Pueblo, que estaba aguardando. Executose puntualmente, y

el Presidente mandó leer en alta voz el Real Decreto; finalizada la lectura, dió à los quatro Oradores una reprehension muy agria, por lo que se havian separado de su exacta, debida obediencia; despues de cuyo primer paso, que causò en el auditorio un universal murmullo, significativo de la aprobacion del Pueblo; por ver sostenido con tanta entereza el decoro de su Soberano; se leyò la Sentencia, que absolvía de toda sospecha al pobre Volatin: No es ponderable la alegria de este infeliz, que, aunque no podia hablar por la magestad del sitio, se explicaba suficientemente con la mutacion del semblante, y con ciertos movimientos naturales de gozo, que no podia disimular.

Publicòse por ultimo la pena de los Abogados, y de la parte rea; cuya Sentencia fue inmediatamente aplaudida del innumerable concurso. Quedaron sorprendidos nuestros Jurisconsultos con un golpe tan inesperado, y baxando, quanto pudieron sus rostros; cubiertos de un color cadaverico, permanecièron inmòviles en tan humilde postura, hasta que todos fuimos saliendo de la sala. Bien imaginó, que, no obstante tan publica demonstracion de haverse resignado en un todo, nos colmarían de maldiciones; pero, fueran, como quisieran, sus sentimientos, no tenian mas remedio, que obedecernos. Cumplièron puntualmente su penitencia, aún antes, que espirase al preciso termino, señalado para su execucion. De este modo se finalizò brevemente un negocio, que con perjudiciales cavilaciones se procuraba dilatar todo quanto huviera querido qualquiera de las partes litigantes.

CAPITULO XIV.

Del juicio, que hizo Enrique de las composiciones Teatrales de aquel País.

Varios fueron, como sucede en todas las cosas, los pareceres en la Ciudad, acerca de la Sentencia dada. Aquellos, que estaban escrupulosamente ceñidos à la formalidad de las Leyes, y que unicamente se atienden al sentido literal, y à la superficie, sin indagar el espíritu de ellas, condenaron como escandalosa una innovacion, que decían destructiva de la piedra fundamental del Estado; esta opinion sostenian todos los dependientes de la Curia, que temian, redundasen contra ellos mismos las consecuencias de tal exemplo; pero no tuvieron muchos sequiaces, por quanto logró grande aceptación en lo general de los Simiopolitanos, ver de una vez cortado el origen de tantos pleytos. El efecto les dió à entender, quan provechoso havia sido el pensamiento de Roberto, pues desde este día hasta nuestra salida de aquel continente, se despacharon las causas con la mayor solicitud, sin que en adelante huviese dependiente alguno del Consejo, que quisiera exponerse à una pena tan severa, por prolongar con medios indignos la decision de los negocios.

Tuve, que bolverme solo à casa, por estar Roberto convidado à comer con un amigo suyo; y en ella encontrè toda la familia, que esperaba con ansia mi buelta. Havia yá corrido la noticia de la

Sentencia, y assi el Señor Haya, y sus Hijos pasaron à mi quãrtò à darme la enhorabuena, por haver tenido Yo parte en un juicio tan arreglado. La comida fue con mucha alegria, y assi me presumi, que la novedad, à que se referia la insinuacion, que me hicieron en el Consejo, era favorable, y ventajosa, con lo quãl se aquietò mi imaginacion, conociendo claramente, que las suspensiones, y secretos no decian relacion alguna conmigo. Todo el dia estuvo lloviendo, por lo que no me fue posible salir à la calle, y mucho menos ir à mi casa de campo.

Despues de comer, hicieron retirar à Madamita, y se congregaron el Padre, los Hijos, y la Madre à conferir aquel asunto, que aùn havia Yo de ignorar por algun tiempo. Estos eternos coloquios, y la ausencia de Roberto me dexaron en suma soledad, y assi cansado de la fatiga de por la mañana, mortificado con la obscuridad del Cielo, y mas que todo, enfadado de verme solo entre tanta familia, resolvì retirarme à mi quãrtò, para dormir un poco la siesta.

Encerrème, pues, en mi aposento, y me puse à dar unos paseos, quãdo casualmente ví un pequeño Libro, que estaba sobre la mesa: No me acordaba, que Yo mismo le havia dexado en aquel parage; le tomè, abríle, y ví, que era el quadero de la Opera, que el Impresario havia puesto en mis manos, como el mayor dòn, que podia dedicarme. Desde aquel dia no havia buuelto à hacer memoria de èl, y acaso jamàs le huviera leído, à no unirse tantas circunstancias, que motivasen mi ociosidad. Supùse, que èl podria desde luego ser-

servirme de un perfecto arrullo, para conciliar el sueño, por lo que determinè leer algunas hojas, hasta tanto que lograse irme adormeciendo: Me recostè sobre la cama, y empezè à registrar su contenido. La variedad de cosas particulares, que en èl encontrè, me hizo continuar su lectura; la imaginacion yà acalorada, atraxo el desvelo, y assi me hallè sin fatiga en disposicion de finalizarla. Experimentè algun placer, mezclado con algun fastidio; se deleytaba el sentido con una cierta, gustosa harmonia, que contenian sus palabras, cuyo artificio no sabrè explicar, por no haver llegado à comprenderle; pero ofendieron mi entendimiento tantas cosas (extravagantes à mi parecer) como contenia. Acaso mi lector no llevará à mal el saber, quãl sea el gusto del país de los Monos en semejantes composiciones.

Pocos eran los personajes, que formaban el todo de la accion. Cierta Reyna meridional gozaba en paz una corta porcion de terreno, que la havia concedido por asylo un vecino Rey poderosissimo: Esta extension de país, que entre nosotros aùn no havia llegado al nombre de Villa, se llamaba Imperio, adonde se estaba fabricando la Capital: La Reyna era viuda, y fiel à las frias cenizas de su infeliz Marido, alevosamente muerto; reusò las bodas de grandes Monarcas, que suspiraban mucho tiempo havia por merecerla. Recatada hasta aquel punto, llegó del Oriente un Mono fugitivo, que improvisamente la hizo mudar de pensamientos. Enamorada à la primera vista de este estrangero, diò riendas à su pasion, y correspondiò al cariño de un desconocido, que despues de la posesion finge un sue-

sueño, ò tiene el fanatismo de creer, que con las voces de una nocturna ilusion el destino le llamaba á otra parte. Baxo de tan ridiculo pretexto abandona à la engañada Reyna, hecha vergonzoso objeto de su amor, que desesperada se dà la muerte. Vease aquí el verdadero argumento de toda la accion, de adonde pueden aprender à fidelidad los espectadores, y las espectatrices à modestia.

Para hacer mas agradable esta accion, se introducen los amores del Rey su huesped, y que la havia regalado las tierras, que posea: El se presenta en la Corte con nombre, y caracter de Embaxador suyo; y desde aquel momento están ciegos la Reyna, y sus vasallos, porque no conocen al disfrazado Rey: El amor causaba este milagro; como tambien la sugeria respuestas no equívocas, y que bien claramente manifestaban sus amorosas ansias. El Rey se pone furioso; intenta muchas veces matar à su competidor, pero el valor de este vence à la vileza de aquel. La Reyna llega à saber, quien es el fingido Embaxador, y le prende, no reflexionando en cien mil Soldados, que están à las puertas de la Corte esperando los preceptos de su Monarca, que lleva muy agriamente la violencia, è injuria, que se hace à un sugeto de caracter; pero no se acuerda, que con sola una palabra puede tomar venganza. Este Rey se representa baxo de una imagen odiosissima, bien que dè à entender el mismo dramma; que era mas insensato, y cobarde, que inclinado à las acciones malvadas: Las antiguas Historias de aquellos Países nos le pintan como piadoso, y que lloraba al pie de los altares su desgracia; pero la representacion moderna le finge

fu-

furioso, y mal intencionado; acaso porque resalte mas para con los oyentes la constancia de aquella indecente hembra, que resiste por su amante los golpes mas rigorosos de la fortuna.

Pero el pasage mas brillante de la accion es la malicia de la Reyna, que para detener à su vagamundo Dueño, siempre invadido de sus sueños, de sus esperanzas, y de su destino, dispone darle zelos (poderoso medio para uno, que no hace caso de ella, y está meditando abandonarla quanto antes) hace llamar al Rey, su rival, y le ofrece la mano en premio de tan constante fé: En aquel mismo punto olvida este Monarca, que es una hembra prostituta, la que le propone sus bodas, como un gran tesoro; y pronto, para aceptar la oferta, alarga la mano en señal de su consentimiento. La furia de los zelos agita inmediatamente al Heroe traydor, ruge de ira, y procura impedir à la Reyna su ultimo empeño. Esta le propone la justa alternativa, ò, de que se quedé, para gozar unidos las delicias del amor, ò, de que sufra veria en brazos ajenos; pero el Heroe reusa la condicion, por quererlo assi sus sueños. Mientras pasa todo esto, ni oye el Rey, ni conoce aquel engaño, y assi estrecha à la Reyna, à que le mantenga su palabra; se repite la primera accion; el Heroe buelve à sus furioses, enardecese mas la amorosa pasion de la Reyna, y para pacificar à su amante, hace saber al Rey, que solo por burlarle le havia dexado li-songearse, mediante aquella estratagema, insinuandose en unos terminos, que aún serian vergonzosos, proferidos por la hembra mas disoluta, quando estuviese tratando con un Mozo de cordel.

No

No obstante una prueba tan grande de cariño, huye el ingrato Mono, abandonando à su Dama; en el camino se encuentra con el innumerable exercito del Rey, y con un cortissimo numero de personas le pone en huida. La Reyna corre desesperada por todos lados en busca de su amante, pero en vano, porque halla, que todos la han hecho traycion. Una Hermana de esta era amante oculta del fugitivo, y perfido Heroe. Sin duda, que era muy fea, pues la dexa el autor batallar con su pasion sin remedio, pudiendo tan facilmente consolarla; pues, segun pinta al Oriental, sin escrupulo alguno la huviera igualado à su Hermana la Reyna. No eran aún bastantes todas estas desgracias para esta infeliz; traydor uno de sus vasallos promete al Rey poner à su obediencia à la Ciudad, pactando primero, que le ha de colocar en el trono de su Dueño; como si este Monarca no huviera podido de otro modo conseguir su venganza. En una palabra, dos hembras locas, y disolutas, una de hecho, y otra de deseo; con Rey, yá necio, yá cruel, yá sagáz, yá politico; un Heroe malvado, y falso, y un Vasallo traydor, è interesado, forman todo el enlace, y hermosura de la accion. Es verdad, que tambien suele comparecer de quando en quando un festivo personage, haciendo el Pedante, aunque sin fruto, con su Rey; pero me parece, que la composicion permaneceria entera, aunque este Mono se cayese muerto antes de llegarse à levantar la cortina.

Este es el efecto, que produjo en mi espiritu el dicho librito, en el que me agradò mucho la dulzura del estilo, que por todo èl està repartida; dul-

zu-

zura tal, que es capáz de borrar qualquier defecto, si es que se encuentra defecto en tales composiciones, aplaudidas generalmente de los Monos; pues como conozco mi absoluta ignorancia en semejante materia, no es facil, que Yo pueda decidirlo, assi como me tengo tambien por inhabil, para caracterizar las bellezas, que me le propusieron deleytable. No pude penetrar la mutacion, que el Impresario havia hecho, segun se dignò advertirme, pero me imagino, que seria sin duda en lo mejor de la obra.

Curioso yá despues de esta lectura, se me previno preguntar à los Dueños de casa, si tenian algunas de estas composiciones, y me subministraron una porcion, capáz de divertirme largo tiempo. No abusarè de la paciencia de mis lectores, haciendo examen de cada una; bastará decir, que en todas se encuentran unos mismos delirios. Los principales asuntos son generalmente unos amores en sumo grado, que se interrumpen con un cumulo de accidentes mas maravillosos, que verosimiles. Siempre hay un traydor, que urda la maquina, y para desenredar en el fin el enlace, se inventan lances, que desde luego descubren su imposibilidad. Es el termino de la obra, por lo regular, darse mutuas satisfacciones los amantes; con lo qual los Jovenes, que asisten al acto, buelven à sus casas con las ideas mas placenteras. Se dà indulto general à los traydores, contra toda ley de justicia; y todos se encaminan contentos à la celebridad de los nuevos esponsales. Los Heroes mas famosos lloran como unos chiquillos; esta es una sagáz invencion para contentar la arrogante vanidad de las Monas, que

Q

Q

se

se lisongean, viendo à los mas célebres personajes obscurecer sus glorias por una buena cara: La virtud reclama contra tales abusos, por ver, que se confunde con la baxeza de espíritu; pero son inútiles sus representaciones, porque mas bien, que conservar su decoro, quieren los compositores complacer al genio del sexo. Las Heroínas de la modestia ceden de ordinario à la primera vista de un personaje, sin duda por virtud sympatica de sus corazones; y estas, antes enemigas declaradas de las pasiones del amor, de un instante à otro pasan al extremo de enamoradas furiosas. ¿Què ajuste à los regulares, y verdaderos acontecimientos! Los Monos se emboban con estas tan repentinas mutaciones, y forman una alhagueña esperanza de contrastar las mas firmes rocas; y de aquí sacan, y conservan maximas adequadas à su inclinacion, de ver, como pueden engañar à las incautas Monas. De esta forma estos naturales hacen al Theatro escuela, y consuelo de sus viciosos afectos.

Quise un dia entablar un discurso sobre esta materia con cierto Philosopho, en cuyos coloquios otras veces havia descubierto un fondo de bello discernimiento, y perfecto juicio; y maravillandome, le dixè, que no acababa de entender, por què entre tantas pasiones, como agitan à los entendimientos humanos, sola la amorosa es la que se sabe poner à la vista en las representaciones. Bien patente es la causa, me respondiò; porque esta sola interesa mas, que todas las otras juntas, no obstante, que ellas con todos sus diferentes grados pudieran mover con mas fuerza à los oyentes. Pero este interés, añadió Yo, conduce à un fin pessimo, que es

à

à la delicadeza, y debilidad, que se introduce en los animos, de quien se dexa llevar de estas ternuras. ¿Què importa, dixo el Philosopho, si, como estàn divertidos, no vãn considerando las consecuencias? Yo le repliqué entonces: Sea como quisieréis; ¿pero por què no se disfrazan estos asuntos con mayor modestia? ¿Por qué se acumula tal porcion de extravagancias, que es imposible, que sucedan con un mismo sugeto en un corto espacio de tiempo? ¿Y por què, finalmente, se desenredan tantas dificultades con invenciones frias, y pueriles? Yà que me obligais, respondiò el Philosopho, à que os hable claro, os dirè con ingenuidad, que no conoceis el genio de mi Nacion.

Son los Monos animales mas particulares, que lo que os imaginais: Todo lo que es diversion racional, no les agrada; proponedles la mas absurda extravagancia, è inmediatamente les oireis aplaudir la fecunda mente del inventor, y vereis, la abrazan, como la cosa mas digna de su agrado. Si un Autor quisiera seguir las leyes de la verosimilitud, y conservar el decoro en la representacion, todo el Mundo le tendria por un Mono ridiculo; y además de los silvidos, con que pagaria el Publico este trabajo; dirian, que no daba à luz, sino baxas, y populares ideas; que la naturaleza le havia negado el talento necesario para el oficio, que havia tomado; y que con su genio austero, y melancolico, queria desterrar del Théâtre los acciones mas inocentes, y divertidas.

Y no creais, que à solo las obras de espíritu se limitan estos genios de mal gusto; porque se estienen tambien à todas las circunstancias, y acciones

Q 2

de

de la vida civil. Bien pudiera daros mil exemplos; pero observadlo en este punto, que acaso es el menos importante de todos. Contemplad à dos Monos; uno de un caracter sincero, y natural; y el otro de un espiritu adulador, y afectado, en quanto dice, y hace: Supongamos à los dos tratando con un Grande, ò una Dama; el primero executará los debidos cumplimientos, conteniendose dentro de aquellas medidas, que requieren su estado, las circunstancias del sugeto, con quien habla, y las maximas de sinceridad; el segundo con mil inclinaciones se llamarà rendido servidor, esclavo; y otra muchedumbre de titulos humildes; protestará, que desea derramar su sangre en obsequio de aquella, con quien se halla; hará comparaciones entre el Grande, y una divinidad; entre la Señora, y una estrella; con otras mil cosas à este tenor, que le sugerirá su mente fecunda de adulaciones.

Reflexionad à este; sus palabras todas son mentiras, y sus pasos otras tantas violencias, que hace à lo natural; y facil de comprehenderse esto, siendo tan demonstrable, no se quiere la penetracion, para llegar à su conocimiento. Preguntad, què opinion es, la que se forma universalmente acerca de estos dos; y os diràn, que el primero es un Mono de condicion aspera, de poca crianza, soberbio, y villano; todo al contrario el segundo; le oirèis celebrar con excesivas alabanzas, caracterizandole por un Mono politico, atento, expresivo, y digno de la estimacion de todo el Mundo. De este tan proporcionado paralelo podeis deducir el genio de los Monos, y aprended, como os habeis de manejar, si aspirais à obtener su aprobacion,

y

y aplauso en todo genero de materias.

Perdone mi lector tanto, como me he detenido en un punto, en que tal vez no interesará mucho; pues con el motivo de hablar de mi lectura me he dilatado mas, de lo que debiera; pero resarcirè la pérdida, y el fastidio, que le haya causado con tales relaciones, no bolviendo à nombrar en estas mis memorias la materia de las composiciones teatrales.

Por seguir, pues, el hilo de mi Historia, dirè, que no habiendo podido conciliar el sueño, como queria; antes bien, absolutamente despavilado, tuve que levantarme de la cama, finalizada la lectura. Continuaba diluviando, y fastidiado de estar solo, salí de mi quarto, y preguntè à un criado, si andaba por allí alguno de los Señores de casa, con intencion de irme con èl, para acabar el dia en buena conversacion: Respondiòme, que no podia decirmelo à punto fixo, pero que se informaría, y prontamente vendría con la respuesta: Hizolo, como lo ofreciò (contra lo que estos acostumbra en los recados, que toman à su cargo) y de allí à poco bolviò, avisandome, que todos sus Amos estaban aún encerrados en la misma sala, y sin apariencias de salir pronto, porque en aquella misma hora havia llegado cierta persona, que queria hablarles, y que al instante la recibieron. Me desesperaban estas perpetuas conferencias.

Yo querla compañía, y no sabia donde hallarla; estando en esta perplexidad, me ocurriò ir al quarto de Madamita, y en efecto me dirigí ácia allá; pero en medio del camino comenzé à arrepentirme, diciendo entre mí: Yo voy à acarrearme

un

un enfado, visitando à un sugeto, que puede ser tenga por molesta mi visita, y aún quando no sea assi, ¿de què podrèmos hablar? Ella querrà tratar de sus labores, de sus peynados, de sus alfileres, de los festones, de las flores de mano, &c. Yo no sabrè, què responder à todo esto, y estarè hecho un insensato. Yà estuve para bolver pies atràs; pero, considerando, que el ocio es el mayor de los tedios, resolvì llevar mi intencion adelante, y ultimamente llamé à la puerta del quãrto. Saliò una Vieja, à quien expuse mi pretension: Ella arqueò las cejas en señal de admiracion, y me hizo saber, que no se permitía assi como quiera entrar à visitar à las Señoritas solteras, y que si llegase su Ama à entender temeridad tan grande, me costaría muy caro el atrevimiento; y con esto me diò con la puerta en la cara.

Assi no llegó el caso de mi visita, que recelaba, havia de serme molesta, si tenia que tratar algunos puntos de la vanidad de las Monas. Bolvíme à mi quãrto muy sentido, y apenas llegué, entraron un recado, de que dos Aldeanos, un Viejo, y una Joven, calados de agua, querian hablarme. Me persuadi, que estos fuesen los criados, que tenia en mi casa de campo, y dixè, que los dexasen entrar: Intentaba darles ciertas disposiciones para el nuevo plantío, que deseaba hacer en mi jardín; pero me engañè, en lo que discurrì, como se verá en el siguiente capitulo.

CA-

CAPITULO XV.

De la venida de los Villanos, y aventuras de Enrique con Madama Espina, y en el Café.

QUE admiracion no sería la mia, al ver, que los Aldeanos, que me buscaban, y entraban yá en mi quãrto, eran mi antiguo Tyrano, y su Hija, mi caritativa bienhechora? Luego que desde el umbral me descubrió Oliva, diò un chillido de alegría, y corriò con los brazos abiertos, para abrazarme. Lloraba de gozo, y con el placer de hallarse conmigo, no se hartaba de mirarme. El Viejo por el contrario, humilde, y temeroso vino à besarme la mano, pidiendome de nuevo perdon por los trabajos, que me hizo pasar en su casa: La Comedia no podía ser mas al natural. El criado, que, aunque estaba presente, ignoraba el mysterio, se reía de todo corazon; y fue volando à contar à sus compañeros, que havian llegado dos parientes muy cercanos míos; juicio, que formò de estos por los extremos de Oliva, y favorable acogimiento, que hice à entrambos.

Finalizados estos primeros movimientos de su natural gozo, tomò la Hija de mano de su Padre dos cestas nuevas; en la una venian dos Pollas de leche, que me aseguró Oliva, que ella misma havia criado, y la otra estaba llena de unas frutas escogidas: Aceptè con expresiones cariñosas, y de agradecimiento aquel rustico regalo, parando la consideracion, no en la quãlidad del dòn, sino en el

el buen corazon, de la que le daba, que ciertamente respecto à sus haveres se excedia, aunque en la substancia fuese de poca consideracion.

Hice sentar à los dos à mi lado, preguntandoles por el estado de su casa, y à Oliva especialmente por la Vieja: Mi Madre, respondiò, goza la felicidad de tener una vejez saludable; era mucho el deseo, que tuvo de venir à veros, y con la sangre de sus venas hubiera pagado el gusto, que nosotros tenemos, ahora, de estar en vuestra compañía. ¿Y por què, dixè, no ha satisfecho su deseo? ¿Se podia conceder gracia de menor entidad à una Esposa, y à una Madre? No tenemos nosotros la culpa, respondièron estos; yà conoçeis su genio, y así no os maravillarèis, si os decimos, que con tanta ansia, como mostraba, no nos fuè posible reducirla; à que viniese à la Corte. Yo no he estado, nos replicaba, jamás en la Ciudad; ¿serà bueno, que haga, quando Vieja, lo que no he executado en los dias de mi vida? Esta razon tiene ella por de tanto peso, que todas nuestras persuasiones fuèron vanas. A esto se añade el temor de cierto agüero; en que está imbuida, de que las mutaciones, ò grandès novedades, que suceden en una edad avanzada, infaliblemente son los apòsentadores de la muerte. Por todos estos motivos nos dexò venir, quedando con el sentimiento, que requerian tales circunstancias; os embia muchas memorias, y os ruega, que olvidèis totalmente sus persecuciones.

Yo la perdono, respondi, de todo corazon, y aún la estoy agradecido; porque ella fue el principio de mis fortunas. Introduxe despues la conversacion acerca de Roberto, y les contè, como

no

no estaba en casa; pero me dièron à entender, que yà lo sabian, porque le havian buscado antes de entrar à verme. Preguntè à Oliva, si la agradaba la Corte. Es para mi, respondiò, de tanta admiracion, como seria para vos un País, que jamás huvierais visto: Ocupado unicamente en vos mi pensamiento, no puse la mayor atencion en los demás objetos; solo si, sentì como oprimido mi corazon, luego que entrè en la Ciudad, porque sus altas fabricas no permiten el mas bello placer, que se goza en el campo, que es respirar un ayre libre, y mirar un pedazo mas grande de Cielo.

No sabia, què conversacion darles; hacia continuas preguntas, y respondian prontamente à ellas; y yà estaba quãsi enfadado por falta de asunto conveniente, para formar con ellos un fixo razonamiento, quando entrò Roberto: Aquí si, que estuvièron en su punto la algazara, extremos, y demonstraciones de cariño. Mientras estos rusticos le repetian todo, lo que yà me havian dicho, fui à ver, si el Señor Haya se havia desocupado; y, por mi fortuna, salia yà à este tiempo de la sala, en que havia tenido la conferencia.

Contèle la llegada de los Aldeanos, y le rogè, les permitiese alojarse en su casa el tiempo, que estuviesen en la Ciudad. El condescendiò atentamente à mi pretension, y me prometì, se les haria todo el mejor tratamiento, que fuese posible, y correspondiente à su estado; y al punto diò orden à sus criados, para que les previniesen cierto quãrto entresuelo; mandò tambien que les diesen bien de comer, y luego se fue à nuestra habitacion, para gozar aquel buen rato.

R

Pa-

Pasè à visitar à Madama Espina, para rogarla, concediese su licencia à estos nuevos huéspedes, para que entrasen à ponerse á su obediencia, y de su Hija, y besarlas la mano. Ella me recibió con tan mal gusto, que conocí claramente, que la Vieja la havia dado quènta de mi aventura; me respondió con desabrimiento, que las manos nobles, y delicadas no debian sujetarse à la vileza, de que llegasen á besarlas las sucias, villanas bocas; y añadió, que no queria verlos, dando una razon, que no tenia réplica; y era, que la peste à ajos, que indefectiblemente echaba de sí la gente ordinaria, producía en ella siempre los malos efectos de dolor de cabeza, y de estomago, y àun la causaba isterico.

Mucho menos sentido de la desatenta repulsa de Madama Espina, que del fiero ceño, que mostrò al presentarme, quise prevenir las consecuencias, dando quènta à mi benefico protector de mi error involuntario. Bolví, pues, à mi quarto, donde le hallè, que con agradable semblante estaba sagazmente indagando de Oliva sus mas ocultos pensamientos; no quise interrumpirle la diversion, pero esperando, à que hiciera punto, le demonstrè con una seña, para que se retirase à parte conmigo, que tenia neesidad de hablarle en secreto.

Entendió el Señor Haya perfectamente, lo que significaba mi seña, y fingiendo otra cosa, que, la que tenia en el pensamiento, se llegó à mí, y amorosamente me preguntò, què era lo que se me ofrecia. Yo entonces con voz baja le dixè toda la historia de mi tédio, de la lectura, del paso, que havia dado, solicitando la compañía, y conver-

sa-

sacion de su Hija, y finalmente el desabrido modo, y semblante, con que me havia recibido Madama Espina. El fingió una gran severidad, para dar mayor ocasion de hacerme conocer los efectos de su bellissimo natural, y despues me habló assi: El ocio, Amigo, es el manantial de todas las desgracias; vos por esta causa haveis caido en un abysmo de errores, habiendo hecho abanzar vuestros sacrilegos pasos hasta el asylo del honor: Yo soy la primera causa de tal desacierto, y assi conviene poner remedio. A estas palabras soltó la risa, y me consolò, añadiendo despues: Mi Esposa es muy tonta; continuamente quiere afectar un espiritu superior à la debilidad del sexo; y en llegando la ocasion, se reviste de las preocupaciones de la mas ignorante Monuela. Dexadlo de mi cargo, que Yo pondrè remedio en todo.

No faltò à su palabra; pero encontrò (como despues supe) una fierissima resistencia. Madama me tratò de presuntuoso, temerario, y de que havia intentado obscurecer la fama de su Hija, jurandome, que se vengaria de mí. La mediacion del Señor Haya nada adelantaba, y assi pensò en remediarlo de una vez; despidió de su casa à la Vieja; esta era el medio por donde Madama hacia sus mas ocultas rapiñas, y assi rogò por ella, y llorò, pero todo sin fruto, porque el Señor Haya estaba inflexible. Las fue preciso recurrir à mí, pidiendome perdon de la ofensa, que me havian hecho; à mi instancia bolvió à servir la Vieja, y Yo quedè victorioso en unas circunstancias, que amenazaban mi ruina.

Al ponerse el Sol dexò de llover, y Yo de-

R 2

seo-

seoso de que me diera el ayre; salí de casa, acompañado de un criado. Después de haver dado un paseo por la Ciudad, me retiré à una de las tiendas, donde solian congregarse diversos sugetos: Estaba llena de juvenes, que se entretenian en festivos discursos. Ninguno se dignò de saludarme quando entrè, no obstante, que hice mi deber con todos. Como, ò no me vièron, ò no quisieron hacer caso de mi, me sentè en un rincòn de la tienda, esperando, que alguno vendria à trabar conversacion conmigo, ó que, à lo menos, tendria el gusto de escuchar, lo que se tratase en una asamblea, que me parecia animada con un mismo espiritu de libertad, y de alegria: Puse alguna atencion, pero, como hablaban yà sobre principios, sentados; no pude comprehender cosa particular, aunque si me pareció, que no era asunto de mucha agudeza, el que se trataba.

El caritativo dueño de la tienda, viendome solo, quiso divertirme; me presentò una taza de aquel su licor hirviendo; y despues se sentò à mi derecha: Dixome un despropósito por cumplimiento; me pidió tabaco, y luego se puso à explicar, quienes eran aquellos que estaban en su tienda, de esta forma: ¿Veis aquel joven alto, que està alli tan ricamente vestido? Pues es hijo de un Mercader, que ha quebrado. Después que su Padre se viò obligado à retirarse, y cerrar su tienda, se le puso à él en los cascos meterse à Cavallero; es el mas indigno de la quadrilla, pero el mas desvergonzado; es causa de mi ruina, porque muchas personas, que frequentaban mi casa, se han retirado, por no poder sufrir su temeridad.

dad: Pues sois un necio, le respondí, porque debiais echar de aqui à este importuno, antes que tolerar tantas pérdidas. Bien deciis, añadió el pobre Botillero; pero si tal executo, será para mi el detrimento, por razon de un gran desfalco en mis intereses; me està debiendo una cantidad excesiva, y si le dexo retirarse, la vendré à perder toda; y además de esto, se llevará consigo à todos estos juvenes, que son tambien mis deudores de grandes sumas.

Pues segun esso, le interrumpí, sois un Monno muy rico, è infiero igualmente, que este modo de vida os tiene mucha quenta; pues os pone en estado de hacer tan considerables prestamos. Encogiòse de hombros, y prosiguiò assi: Yo, Señor, soy un pobre, que no tengo fondos para prestar ni un quarto; mis creditos dependen; de lo que voy fiando mucho tiempo hace à estos fogosos Mozuelos; beben alegremente de mis licores, y de las aguas compuestas; y en vez de pagarme, me cargan la incomodidad de sentar sus nombres en un libro, que tengo el trabajo de hacer todos los años. La antigüedad, mucha continuacion, y generosidad, con que estos Monos disponen de mi hacienda, han ido aumentando el credito à tanta suma, que si tuviera la fortuna de reintegrarme, pensara prontamente en solicitar mejor establecimiento, y mas seguro empleo de mi caudal. Bien considero, que desaprobareis mi conducta en proseguir suministrando mis generos à tales sugetos; pero reflexionad; qui si ser los niego de fiado, incurro en el grave peligro de no cobrar un maravedí: Assi la esperanza de poder moverlos à obrar en justicia, me

me abre un camino mas ancho, para quedar del todo destruido. Tuve lastima del suceso de este infeliz, y no pude menos de maravillarme de como se llegaban à causar tan considerables deudas de cosas superfluas, y de poco valor.

Mientras estabamos en esta conversacion, llegò à la tienda un Viejo pequenuelo, que parecia que estaba ptytico; recibieronle todos, los que alli estaban, con los brazos abiertos, y con mil demostraciones de alegria: Preguntè à mi Botillero, que quèn era: Este, me respondiò, cansado de estar empleado en un trabajo, que no le rendia, lo que deseaba, se ha hecho profesor de cierto oficio; aplicandose à buscar con su jovial temperamento, entre los Jovenes mas disolutos, algunos defensivos contra los golpes de la fortuna: Es Maestro de indecèncias, y con un millon de cuentecillos alegres, que inventa, para dar pabulo al corrompido genio de la precipitada Juventud; se hace acepto à los ojos de aquellos, que son inclinados à los vicios: Oì atento sus discursos, que no hablàra diez palabras, sin ser mas de la mitad disolutas. Maldiciente en supremo grado despedaza las reputaciones mas sentadas: El murmura à qui de todos los ausentes, y en hallandose en otro puesto, dibuja con caractères de la mayor malignidad, à quántos aqui se hallan, y unos, y otros le creen sumamente empeñado à su favor.

Mè puse à observarle, y en efecto le encontrè, como me le havian pintado. Qualquiera, que pasaba por la calle, era asunto de su poca caritativa conversacion; explicaba, de donde havia venido, sus rentas, su empleo; su conducta; su capa-

ci-

cidad, su honestidad; y paraba todo en poner en perversa opinion à aquel pasagero. Si alguna pobre Mona por su desgracia se paraba delante de la puerta, llegaba à terminos del mayor descomedimiento la insolencia; las Viejas tenian que sufrir mil dicitorios; y las Mozas otras tantas palabras indecentes; no faltando muchas veces alguno de los mas atrevidos, que abandonada la verguenza, saliese en su seguimiento con el fin de detenerlas. Estos procederes me disgustaban infinito, y estaba sumamente arrepentido de hallarme con unas personas, entre quienes nada adelantaba, y me enfadaban muchissimo.

Yà estaba para marchar, quando llegò el Señor Alcachofa, que era tambien uno de los de la quadrilla. Luego que me viò, se vino corriendo à mi, me hizo su cumplimiento, y me apretò la mano, como si Yo fuese uno de sus mas confidentes Amigos: Entonces tambien todos los demás hicièron reparo en mi persona; y, ò fuese, porque les daba sujecion la distincion, y altura de mi empleo; ò por verguenza de haver dado tanto à entender su libertinage delante de un forastero, todos fueron desocupando la tienda uno detràs de otro, dexandome solo con el Señor Alcachofa, y el Viejezuelo ptytico.

Este se llegò à mi haciendome mil expresiones, y asegurandome, que yà havia mucho tiempo, que tenia ardentissimos deseos de conocerme; pero Yo, que tenia su compania à cosa de menos valer, apenas le mirè à la cara; y buelto al Señor Alcachofa, desfoguè mi enfado contra los indecentes Jovenes. El Viejo comenzò à declamar

efi-

eficacissimamente contra la corrupcion de las costumbres del siglo, y à zaherir con su mordaz estilo contra la desbocada conducta de los mismos, como si Yo no huviera sido testigo, de que èl havia promovido, y fomentado todas sus obscenidades.

No quise detenerme mas alli, por libertarme del descarado, asqueroso Viejo; y el Señor Alcachofa se empeñò, en que havia de acompañarme hasta mi casa: En el camino se sincerò, y me prometió, que no havia de tener amistad, con aquellos, que Yo reprobaba, ni los trataria, sino lo preciso, pues desde luego aborrecia sus depravadas maximas, y viciosa conducta. Repitió muchas veces estas protestas, porque temia, no formase Yo mal concepto de sus procederes. El buen Mono tenia bellissimo corazon, pero acompañado de demasiada docilidad, como practicamente conocí en adelante con su trato; por tanto era bien inclinado, y sabio, con los que le conducian por el camino de la virtud; y al contrario vicioso con los malos; mas no obstante, honrado en extremo, y fiel, agradecido Amigo de sus Amigos.

CAPITULO XVI.

*Finalizase el suceso de los Aldeanos: Va Enri-
que à casa del Presidente, y con
èl à Palacio.*

Cerca del Palacio del Señor Haya se despidió de mí el Señor Alcachofa con las mas expresivas formalidades; supliquéle no dexase de venir à verme

me de quando en quando, porque desde luego le creí proporcionado para alguno de los adelantamientos, que suelen apetecerse en un País forastero: Me acordè, de que este se empleaba en introducirse en todas las concurrencias; y que era conocido de quanta especie de personas havia en la Ciudad, y assi por este medio me propuse descubrir muchos secretos, y particulares caractères, que pudiesen hacerme formar completa idèa de la tierra de las Monas: Prometiò cortesmente darme gusto, lo que executò con tanta puntualidad, y repeticion, que no pocas veces huvo de incomodarme; pero como el Mundo es un comercio de sufrimientos, me pareció, que era justo aguantarle sus defectos, assi como tendria èl, que molestarse con los mios; y mas, quando solicitaba Yo, que su compañía me facilitara todas las ventajas, de que èl era capaz. Esta es la segunda vez, que hablo de este Joven en mis escritos, à causa de tener, que mantenerle la palabra, que le di de hacer commemoracion dèl, à lo menos en dos ocasiones, en mis memorias: Es el caso, que noticioso, de que Yo escrivia mis aventuras, y con deseo de hacerse famoso en el mundo Europèo, como lo era en el país Mono, me hizo tales instancias, y empeñò de tal suerte à mis Amigos para este fin, que me obligò à condescender con quanto deseaba; y vease, como yá he salido de el empeño cumpliendo mi promesa.

Al punto, que lleguè à casa, preguntè por los Villanos, y supe, como, acostumbrados à ser vencidos del sueño poco despues de anohecido, luego que se puso el Sol, se havian retirado al quarto, que se les destinò, donde yá havia algunas horas,

que estaban durmiendo. Encontrè luego à Roberto, que me hizo el siguiente discurso: Bien sabeis, Amigo, cuánto debemos à la pobre Aldeanilla, que hoy con su Padre hà emprehendido tan incomodo viage, solo con el fin de vernos: El Cielo nos ha puesto en tan feliz situacion, que podemos demostrar nuestro agradecimiento à una persona, que nos colmò de beneficios, y à quien debemos confesarnos deudores de la misma vida; ahora nos toca recompensar sus amorosos cuidados con un premio proporcionado à la utilidad, que sacamos de ellos en otro tiempo: Pienso, pues, que se la procure una decente colocacion en esta Ciudad, mediante la qual se asegure en un estado de vida comodo, y ventajoso para su nacimiento; con esto, si nosotros por su cuidadosa asistencia pudimos alcanzar una fortuna mayor, que la que podia prometernos nuestra esperanza; logre ella en paga por nosotros una suerte, que jamás havrà pasado por su pensamiento. Asentì con muchissimo gusto à la proposicion de Roberto, y prometì inmediatamente ayudar quanto pudiese por mi parte.

Por acabar la historia de estos Aldeanos, continuarè describiendo el efecto de nuestras intenciones. Propusimos à Oliva, si queria casarse en la Ciudad; y mostrò un horror, que no puede bien explicarse, sin que fuese posible hacerla consentir en dexar la Aldéa, en que havia nacido: Viendo tanta aversion, no quisimos porfiar mas, y solo preguntamos al Padre, si tenia por allá su Hija alguna inclinacion amorosa; el buen Viejo sinceramente respondiò, que correspondia cariñosa à las expresiones del Hijo de un rico Aldeano, y la queria por

es-

esposa; pero, que el Padre de este, aspirando, à que entrase en su casa con el casamiento del Hijo una dote, qual no obtenia Oliva, imposibilitaba la union de estos amantes. Bastò esta declaracion, para que tomásemos nuestra determinacion; y preguntando quanto era, lo que pretendia el Padre del enamorado Villano, desembolsamos, y entregamos al Viejo aquella cantidad; significando à Oliva, lo que nos interesabamos en la felicidad de su futuro matrimonio; para que este tuviese efecto, interpuso (como tenia ofrecido) su autoridad el Señor Haya. Obligados los Villanos, no sabian como corresponder à nuestra generosidad, y dandonos repetidissimos agradecimientos, marcharon, despidiendose de nosotros con los ojos rebotando lagrimas, despues de havernos sacado la palabra, de ir à hacerles una visita al Verano siguiente: No quiso el Cielo, que Yo pudiese cumplirla por las muchas desgracias, que me acometieron, y precisaron à alexar de aquella Ciudad por muchos años; ni jamás bolví à tener ocasion de ver à estos, aunque pobres, cariñosos, y agradecidissimos Monos, hasta el lance de bolver à la Patria, y de haver de dexarles para siempre.

Pasados algunos dias, me acordè, que havia prometido al Presidente del Real Consejo secretò, ir à comer à su casa, y queriendo cumplir con este empeño, fui una mañana à visitarle, para aceptar el convite, si usaba conmigo la urbanidad de repetirle. Apenas le entraron recado, de que esperaba su licencia, quando el mismo saliò à recibirme; y luego con singulares expresiones me pidiò, le diese el gusto de detenerme todo aquel dia con

S 2

èl;

èl; respondle, que estava resignado en su obediencia, y assi, que dispusiese de mi voluntad à medida de la suya. Hizo, que me sentára, y me sirvieron una bebida oscura de buen gusto; que no sè, con què artificio hacen, que estè llena de espuma. Mucho agradeci el agasajo, y cortesania de este Ministro, el qual despues de algunos discursos en general, me rogò le acompañase à la Corte: Aceptè gustosamente la proposicion, y partimos juntos à Palacio, rodeados de una numerosa catterva de Pretendientes, que estaban esperando, que el Presidente saliera de casa para recomendarle sus respectivos asuntos: A todos recibia con agradable semblante; à unos respondia; à otros daba consejo; y de otros finalmente tomaba los memoriales, en que exponian sus pretensiones, y urgencias. Era el dicho Presidente de un carácter muy propenso à hacer bien, y que sin interès se empleaba en favorecer à todos aquellos, que recurrían à èl con sus suplicas. Este modo de portarse, junto con la prontitud en la execucion de los negocios, y deseos de los necesitados, le hacian muy bien visto entre todos aquellos naturales, y le profesaban el mas verdadero amor, y estimacion sincera.

Llegamos à la Corte, y nos encontramos à Roberto, que solia ir todos los dias, para estàr pronto, si le llamaba el Principe, que tenia frecuentemente el gusto de conferir con èl: Estaba cercado de diversas personas, que esperando por su medio alguna gracia, le recomendaban sus suplicas. Luego que me vió, se vino à mi, no porque quisiese hablarme, sino por libertarse de aquellos importunos. A este tiempo le avisaron, que el

Prin-

Principe le mandaba entrar. Todos, los que hacian la corte à Roberto, se agregaron à mi, para que les fuese favorable con èl en sus pretensiones; me ponderaban sus servicios, y las razones que tenían para solicitar sus ascensos, aunque sin decirme quales eran estos. Yo no sabia como echar de mi esta especie de persecucion; à exemplo de mi Amigo mirè, si por aquellas salas havia alguna persona conocida, que pudiera servirme de pretexto para separarme; y adverti, que entonces entraba el Señor Romero, y aunque no me agradaba su amistad, en el presente caso quise servirme de èl para conseguir mi fin. Saliendo, pues, à su encuentro, le hice una profunda cortesía, y èl me recibió con un ayre de superioridad; que me enfadó, y mortificò mucho, por ser en un parage tan publico, mas fuè forzoso tener paciencia. Indagada la causa de esta novedad; pude penetrar, que hay ciertos cortesanos, que prodigalizan las expresiones, quando se hallan à solas con los sugetos, que conocen; pero quando acaee encontrarles en algun sitio, donde haya concurso, afectan un semblante de desagrado, para que el mundo, que juzga por las apariencias, forme muy elevada la opinion de su grandeza.

Entretanto iba creciendo el murmullo en la antecámara, adonde se hallaban los Pretendientes al empleo de General, para solicitar sus protecciones; tenían el semblante palido, y representaban una viva imagen de la humildad; se agregaban, y llamaban servidores de quantos encontraban, ofreciendo un eterno reconocimiento, por el favor, que les prometían: De este modo, para poder despues

sa-

satisfacer su fausto con la consecucion de aquello, à que aspiraban, no tenian dificultad en degradarse con la mayor vileza. Quise observar, como se portaban los Cortesanos en semejantes lances, y vi, que à todos concedian la razon, sobre que fundaban sus pretensiones, prometiendoles toda su intercesion; assi quedaban los pretendientes muy pagados de las palabras de unos sugetos, que interiormente determinaban no hacer cosa alguna à favor de ellos.

Me aproximè luego para oir las respuestas, que iba dando cierto personage, que estaba alli muy grave: Presentabansele uno à uno los Pretendientes, y les iba respondiendo igualmente, que era su declarado partidario; que no le havia trahido à Palacio aquel dia otro motivo, que el hablar claramente de sus meritos, y ver, si podia conseguir, que se le hiciese justicia: Despues se quedaba un rato como en admiracion; y prorrumplia diciendo: que no sabia, como havia personas tan osadas, que se atreviesen à aspirar à un grado tan sublime, que solo se debió al merito; y que intentasen contra restar tan à vanderas desplegadas la consecucion de aquel empleo, à quien por tantos titulos le pertenecia. Esta misma oracion repitió à seis diferentes sugetos en el espacio de media hora, que Yo estuve escuchando. Si estos no tenian otro protector, que este, y en tales palabras fundaban sus esperanzas, podian ciertamente asegurarse un buen exito.

Quise conocer al Señor Sauco, que: contra todas las apariencias de alcanzarlo, se havia hecho tambien opositor à este cargo: Le encontrè al contrario de todos los demàs, muy alegre, y como que
no

no pensaba en tal negocio. Relanse los Palaciegos de su atrevimiento; y Yo me imaginè, ò que era un gran tonto, ò que poniendo poco cuidado en el efecto, unicamente havia salido á aquella pretension, por poder despues con mas facilidad alcanzar otro empleo de menos monta. Esto se ve frecuentemente en las Cortes, donde es lo mas dificil, para conseguir, el llegarse à dar à conocer.

Bien presto echè de ver, que me havia engañado en el juicio; que hice del Señor Sauco, porque de alli à poco se me declaró el mismo. Llegóse, pues, à mí, y con la mayor libertad, y pocos cumplimientos, me retiró aparte para hablarme en secreto. Yo, me dixo, soy un Mono, que no gasto ceremonias, y aborrezco los preambulos estudiados; por tanto, omitiendo todo lo que de ordinario se dice en tales casos, voy prontamente al punto principal de mi intento. Yo deseo, que me confieran el empleo de Generalissimo del Reyno; que lo merezca, ò no nada hace para el asunto, porque si assi fuese, no havia aqui tantos concurrentes á esto mismo: Bien sabido es por la Ciudad el favor, que goza con el Principe vuestro compañero; si por su medio disponeis, que Yo consiga la gracia, tendréis pronta la paga con mil escudos de oro.

Me dió gusto la libertad del Señor Sauco, y por imitarle, le respondí assi: Seria indigno mi compañero de la proteccion, que logra, si abusando de ella, vendiese sus favores; Yo no mereceria el titulo de su Amigo si tuviese osadia, para hacerle proposicion semejante. Reservad vuestra oferta para corazones mas venales, y haced mejor
juí-

juicio de mí. No le hizo esto caer de ánimo: Lo que os ruego es, me replicó, que à lo menos me guardéis secreto; bien que en suma, aunque se supiese, no me debían censurar, de que tomase el camino más seguro para el lógro de mi fin. Prometile no publicar la confianza, que conmigo havia tenido; y le considerè yà el mas poderoso de todos los pretendientes, que hasta entonces se havian presentado.

Salió de allí à poco Roberto, à quien rodearon los aduladores; pero no se dexaba engañar de ellos. El primer Ministro quiso, que se fuera à comer con él; convidóme tambien; pero dada yà la palabra al Presidente, no pude admitir su atenta expresion: Poco tardò este, desembarazado yà de todas sus dependencias, en venir à buscarme: Hizimos algunos cumplimientos à los sugetos de alta esfera, y nos bolvinos à su Palacio, por ser yà la hora de medio-dia.

CAPITULO XVII.

*De la conversacion de Enrique,
y el Presidente.*

ERa costumbre del Presidente, quando convidaba à su mesa à algun Amigo, con quien queria tratar asuntos serios, comer separado de su consorte, y sus Hijas; porque sabia muy bien, que hay muchas que, ó se molestan con los discursos, que piden especial atencion, ó los interrumpen con importunas preguntas, y reflexiones fuera de pro-
po-

posito. Hizo, pues, poner la mesa para nosotros dos solos en una pieza inmediata à su gabinete, y primero quiso franquearme el honor, de que hiciese una visita à las Señoras. Pasámos à una habitacion, ricamente alhajada, y me introduxo à la sala, en que se hallaban su Esposa, y dos Hijas. Aqui tienes, Betonica, dixo à su consorte, un forastero, Amigo mio, que me concede hoy el gran gusto de comer conmigo.

Levantóse Madama Betonica de su asiento, tiró la labor, y vino à recibirme con tan atento agasajo, que me sorprendió. Las Hijas no levantaron los ojos de lo que estaban trabajando, por lo que al punto conocí en ellas una no ordinaria modestia; efecto de una sabia educacion. Acaso esta su compostura me ahorrò el disgusto, de que se rieran en mi cara, como generalmente sucedia; à lo menos tal era el efecto, de los que me vian repentinamente, en particular las Monas, y de estas mucho mas las Mozuelas, que son dispuestas, para hacer burla, y para estrañar aquellas figuras, en que encuentran algo de ridiculo, segun su modo de pensar. Estoy persuadido, à que la Madre las advirtió, como debian contenerse, pues, aunque despues de comer me viéron à toda su satisfaccion, no demostraron acto alguno de admiracion, ó de desprecio. Madama me rogò, antes de separarme, que la concediese el gusto de pasar un rato à conversacion con ella, despues de despachar, lo que tuviese que tratar con su Esposo; Yo parti, prometiendole obedecerla.

Fue delicada, y curiosa la comida, sin aquella profusion, que sacia, y no deleyta al convidado.

do. Estábamos solos; el Presidente me hizo varias preguntas, à que Yo procurè responder con exactitud, para que formase de mi un buen concepto. Tal era puntualmente su intencion; poder hacer una opinion adeqüada de mis luces, y mis talentos, para pasar despues à satisfacer su curiosidad: acerca de las cosas, de que deseaba informarse. No obstante, que parezca, que Yo repetidas veces no pierdo la mira (como alguno puede ser, que tenga la malicia de imputarme) de ridiculizar un país, en donde he recibido tantos beneficios, y gustos, debo en este lugar confesar la verdad, y confundir la malignidad, de los que sin examen se atreven à impugnar-me.

Me ha sucedido encontrar en este país personajes excelentes, y cuyos meritos sobrepujaban à todo aquello, que mi lector puede imaginarse: Però como son pocas las obras perfectas, y no quiere la naturaleza subministrarnos muchos exemplos; por tanto no se me debe notar con el defecto de ingrato, porque no se adular; antes pido, se me permita la sinceridad, con que me ciño à seguir las ordinarias circunstancias de las cosas. Empeñado, acaso, en no desviarme del camino, que hasta ahora he trillado, havré incurrido en algun yerro; y en este caso deberàn culparse las debiles luces de mi entendimiento, pero no la intencion de mi voluntad, siempre dispuesta à manifestar la verdad, ensalzando à quien merezca alabanza, y reprobando no las personas, sino las costumbres, que son dignas de vituperio.

Mas para bolver à tomar el hilo de mi Historia, debo asegurar, que el dicho Presidente, además

más de lo que acerca de sus circunstancias tengo yà expuesto, era un personage, dotado de aquellas qüalidades, que raras veces se unen en un solo sugeto: Habil, benefico, honesto, y agradable sabía dar à todos, lo que les convenia, y llegaba à distinguir sin necesitar mucha aplicacion, quien merecia las confianzas de su amistad. Debo hacer esta descripcion atento à sus talentos, y virtud, que eran las fuentes principales, de donde dimanaban continuamente infinitos bienes à favor del Soberano, de la patria, y de los particulares.

Este, pues, queria, que Yo le informase de la Europa, de su division, de los Principes, que la dominaban, y de sus varios gobiernos. Despues descendiendo particularmente al Reyno, en donde el Cielo me havia concedido el privilegio de hacerme nacer Vasallo, me preguntó todo aquello, que de el podia saberse con singularidad: Quiso entender sus limites, sus fuerzas, y sus leyes; despues me preguntó acerca de las Ciencias, los Artes, y el Comercio: Todas las cosas eran objeto de la curiosidad de su genio; pero sus cuidados solo se dirigian à descubrir los asuntos mas ventajosos, para poner en práctica lo más conveniente al servicio de su Principe, y de aquellos dominios.

Si aquestas indagaciones se huviesen executado conmigo en el tiempo, que vivía en la casa de mis Padres, huviera juzgado ciertamente, que se me hablaba en un lenguaje forastero; pero Roberto me havia instruido en estos conocimientos, y assi pude satisfacer à la curiosidad del Presidente, que formó una alta reputacion de mi saber; no

haciendo Yo otra cosa, que repetir las lecciones de mi Amigo, que me havia informado perfectamente en estas materias: Assi à poca costa quedè con concepto de docto. Muchas veces sucede adquirir una persona grande fama de sabio, unicamente por la fortuna, de que le preguntan el punto, que acaba de ver en algun libro bien escrito, que la casualidad traxo à sus manos, sin que tal vez haya abierto otro en toda su vida.

Luego que dexè satisfechas las preguntas del Presidente, quise Yo tambien aprovecharme de su instruccion; por lo quäl le preguntè, como se dividia el orden del Pueblo que componia aquella Ciudad. Si huviese, respondiò el, de seguir la opinion de aquellos, que desprecian à todos, los que no son de igual condicion à la suya, os diria, que todo el Pueblo se reduce à Nobleza, y Plebe; pero los que tienen este modo de pensar, no echan de ver, que al querer ensalzar su estado, le hacen confinar, con el que tanto aborrecen. Por tanto separandome Yo de esta opinion, le distribuyo en tres clases, y de estas cada una con sus particulares subdivisiones; esto es, infima, media, y suprema; à estas añadirè cierta especie de personas, que no sè en què grado colocarlas, y que deben llamarse Comicas; la razon de esta denominacion està, en que las acciones de estos, que componen este orden, consisten en una vana apariencia, por lo que deben ser comparados à los personages Comicos; à lo que se añade la brevedad de sus grandezas, que al instante se acaban, y ciertas extravagancias, que les son inseparables.

Dificulosissimo es, que comprehendais lo que
os

os digo, no habiendo visto los originales, à quienes se refieren mis palabras, sino os lo demuestro con algun exemplo. Advertirèis alguna vez al hijo de un vil Artesano, à un simple plumista, à un Procurador, y à un Apoderado de legados quãtiosos, pasearse con un trèn igual, al que gastan los Nobles mas acaudalados: El juego, la embriaguèz, y toda suerte de pasatiempos, son el objeto de su diaria aplicacion: Sus mesas siempre estàn dispuestas para el recivo de personas de alta esfera, que tienen la vileza de contemporizar con estos mentidos idolos de la fortuna, que llegan à ensobrevecerse mas por la tolerancia, y abatimiento de los otros, que por el verdadero conocimiento de su proprio estado; tienen à cosa de menos valer el tributar los debidos respetos à aquellos, que el Cielo ha puesto en una mas elevada condicion; se atreven assimismo con la mayor temeridad à igualarse con las personas mas sublimes; y miran con semblante de un insultante menosprecio, à todos los que, ò por prudencia, ò por falta de medios, no hacen tan improprio uso del oro. Pero la gloria de estos es de corta duracion; pues agotadas las minas, ò descubiertos sus fraudes, se ven precisados à huir; quien à uno, quien à otro país desconocido, para escapar del rigor de las manos de la Justicia, que severamente les ha de castigar tan perversos procedimientos; con su fuga llegan à descubrirse los manantiales de su transitoria grandeza, de la que yà el publico, yà el privado, tiene que resentir los perjuicios.

Hay de esto repetidos exemplares entre nosotros, y con todo eso se empeñan los preocupados

dos en no examinar el fundamento, ò la conducta de estos truhanes, quando comparecen con tales exterioridades sobre el teatro del Mundo. Fulminado el rayo, todos previan la desgracia, y aquellos mismos, que les ayudaban à disipar sus bienes, aunque sin saber de adonde venian, son los primeros à denigrar la fama de estos, que hasta aquel dia les havian favorecido, y aprovechado. Jamás con tales personas he podido Yo trabar amistad; antes bien, primero, que empeñarme con qualquiera, he solicitado indagar, si sus rentas, ò sus ganancias son equivalentes, à lo que gasta; sino corresponden, siempre he huido estrecharme con semejante sugeto, haciendome cargo entre mí, de que el tal es un solemne ladron; y tarde, ò temprano se ha llegado à verificar publicamente mi juicio.

Pasò mucho mas adelantè el Presidente en esta materia, y de una en otra palabra le vino à proposito tocar de paso la del luxo. Yo, que queria entender con alguna mayor exactitud, què motivos havia, para condenar con tanto rigor el luxo, reputandole como ruina de los Estados, le hice alguna general, y equivoca oposicion, para obligarle, à que descifrase aquel punto con alguna mas individualidad. No seria, respondiòme, tan reprehensible el luxo, si este pudiese estrecharse en los limites de las familias opulentas, que no saben, en què emplear lo abundante de sus rentas; antes puede decirse, que el Estado en tal caso recibiria aquel provecho, que consigue un cuerpo lleno de sangre, quando por medio de la sangria se le facilita su circulacion: El oro encerrado en la

la gaveta es inútil al que le posèe, y al Publico: Para que sea provechosa la invencion del dinero, es necesario, que gyre, sin detenerse: En consecuencia de esto, lo que mas se condena en el luxo, es; que toda la Nobleza quiere igualarse en todas las cosas; de aqui es, que si un rico se carga de criados; el otro, que no lo es, por imitarle, arruina su casa, y se llena de deudas; entonces el primero, à quien sus riquezas tienen en posesion de pretender la preeminencia entre los demás, aumenta, aun aquella exterior grandeza, à un grado excesivo, y se perjudica por no querer igualarse à los otros. Assi van creciendo las obstinadas competencias, y todos corren uniformemente à su ruina.

Lo que dexò dicho en un asunto, debe entenderse en los demás; aunque en materia de vestidos, como cosa que està mas à la vista de todos, se hallan los principales objetos del fausto. De la clase de Nobles se pega el contagio à la mediana; muchos ricos Mercaderes, y bien-estantes de la Ciudad, que suelen dar en la locura de imitar à la Nobleza, con la que se creen confinantes por la opulencia de sus bienes, se averguenzan de no seguirla en este exceso, y por tanto llega à comunicarse à ellos igualmente el luxo: La infima plebe resiente à proporcion los daños; yà en nuestros dias se ve una pobre criada, tal vez de lo mas soèz del Pueblo, adornada con mas galas, que llevaba en mis mocedades una rica Mercadera.

Siendo assi, le interrumpí, Yo no acabo de entender, què perjuicio se sigue al comun; porque

se-

segun vuestros principios, gyrando por este medio el dinero, se logra el fin, para que fue instituido; y el publico poco interesa, en que el oro esté en poder de los Nobles ricos, ò de los Mercaderes; antes bien me parece, que esto será muy ventajoso para los oficios, que dan motivo, à que se sustenten muchas familias con comodidad. Yo omitirè, replicò el Presidente, examinar por ahora, si sean provechosos, ò nocivos muchos Artes superfluos à un Reyno, que vè perdidos diversos Artesanos, que pudieran emplearse en otros mas utiles al Estado; no os referirè assimismo los detrimientos, que se originan de arruinarse una honrada familia; pero darè una respuesta à vuestra proposicion, que os desatará todas las dudas.

Se ha introducido entre los Simiopolitanos el fanatismo de no dar estimacion, sino à las cosas, que vienen de lexos. Los profesores de las Ciencias, que se aprenden en esta Ciudad, no tienen merito; para que sean estimados, es necesario, que vengan de Paisés estrangeros, y à proporcion de la distancia de nuestra Patria crece la reputacion, que de ellos se forma: No se cree poder hallar Artifices excelentes, sino fuera de estos Dominios; lo proprio se entiende de Musicos, Pintores, y de todos aquellos, que se emplean en qualquiera Ciencia, ò Arte liberal, ò mecanico. Esta necedad se estiende à todas las cosas; las lanias, y las sedas forasteras se tienen por las mas particulares; y se desprecian las nuestras; lo mismo sucede en los generos de merceria. Sobre tan falso principio, lo que sucede, es, que todos buscan las manufacturas, y quanto necesitan de los estrangeros: Los Artes, y
Ar-

Artesanos naturales se menoscaban con la necesidad; el dinero sale del estado, que por consiguiénte se va empobreciendo; y entretanto los forasteros se rien, y triunfan de nuestra ignorancia.

A este tiempo vino un criado con un recado de parte de su Ama, diciendome: que deseaba, la hiciese el gusto de pasar à su quarto à conversacion: El Presidente le hizo bolver, y que respondiese, que à poco rato quedaria satisfecha; y prosiguió assi su discurso: Bien sè, que podeis arguirme, que con sabias leyes se debiera poner coto à tan exorbitantes desordenes; pero havcis de entender, que no han faltado zelosos Legisladores, que se tomàron las mayores fatigas, para desimpresionar à los Ciudadanos de maximas tan falsas, y perniciosas; è impusieron rigorosissimas penas à los transgresores: Pero reflexionad, Amigo, que la prevaricacion tiene mas ojos, y mas manos, que la ley. ¿ Si uno edifica, y son mil, los que destruyen, como podrá tener adelantamiento el edificio? Por tanto, ineficaces son los remedios, quando se impiden con el mayor esfuerzo los efectos saludables, que debieran redundar de ellos. No os molestarè, describiendoos los artificios, que se inventan, para bolver ilusorio el valor, y la execucion de las leyes; sois estrangero, y assi no es posible, que formeis cabal conocimiento de los abusos introducidos con este motivo; solo os dirè, que la malicia de nuestros Artesanos, diestrissimos, quando quieren, es acaso el origen de todo el mal, y el estorvo, para que se ponga el remedio.

Suponed, que Yo soy un zeloso observador de los mandatos del Gobierno; tengo que dar de ves-
tir

tir à mi familia, y manteniendo un entero respeto à las leyes, no quiero defraudar à los Artifices del país, de aquella comodidad, que solicitan, mediante la proteccion de la superioridad; en virtud de esto los llamo, para que me provean de lo necesario: Hambrientos por falta de tales ocasiones, forman el plan prontamente de resarcirse en aquel lance de todos los anteriores desfalcos; escogen los materiales mas endebles, porque los compran muy baratos; procuran, que el trabajo aparezca fuerte, y consistente con los artificios, que ellos bien saben, aunque en la realidad sea debil, y de poca dura; engrandecén sus materiales por los mejores; el trabajo por muy de ley, y la duracion eterna; y à peso de oro me hacen pagar el engaño: Pasa poco tiempo, y se aniquilan sus obras; Yo, que era un perfecto executor de las leyes, me veo precisado à seguir la prevaricacion comun, por no servir mi zelo de otra cosa, que de hacerme arrojar el dinero. Assi viene à suceder, que el abuso sea el origen principal del error, que tal vez se justifica con la malicia de aquellos, que se ven reducidos à la miseria, que el dicho fanatismo acarrea.

Yo quedè persuadido de la verdad, y perfectamente informado en una materia, que deseaba entender à fondo. Gustosamente me huviera aprovechado de la compañía del Presidente, de quien podia tomar exactas noticias de la policia, y costumbres de los Monos; pero el repetido convite de Madama Betonica me precisaba à no abusar de su benignidad. Pedile, pues, licencia, para ir à cumplimentar à su consorte: La honrarèis, y darèis gran gusto, me respondiò, y à mi al mismo tiempo;

po; ella querrà haceros algunas preguntas en asuntos, sobre que Yo no os he molestado; todos tienen sus particulares miras, y curiosidades; ella es Mona, y assi es forzoso, que la suplais sus defectos. Yo añadi las razones, que merecia tan atento discurso; me suplicò, le perdonase el no acompañarme, por tener que ocuparse en unos importantes negocios, que se le havian encargado en la Corte; y nos despedimos.

CAPITULO XVIII.

*De la visita de Enrique à Madama Betonica,
y de lo que pasó con Madama
Zanaboria.*

FUI, pues, conducido al quarto de Madama Betonica, que encontrè rodeada de sus dos Hijas, y de sus doncellas; luego que estas me vièron, gritáron llenas de alegría; *yà està aqui, yà està aqui; por fin yà se ha dexado ver.* Inmediatamente me pusieron una silla, arrimada à la mesa de Madama, enfrente de ella, y entre sus dos Hijas: Estaba la Madre aplicada en aderezar con festones cierto adorno de la vanidad del sexo; una de las doncellas se fatigaba en componer una cofia, teniendo un exercito de alfileres, dispuesto en diversas lineas, para que la diesen socorro; otra andaba escogiendo entre unas, y otras flores de mano, las que necesitaba, para formar ciertos grupos graciosos; todas tres finalmente estaban empleadas en la grande obra de perfeccionar la cofia. Diversas eran las labores

de las demás; pero no puse cuidado en observarlas.

La primera pregunta, que me hizo Madama, fuè, si las hembras de Europa eran tan dadas à los adornos, como las Monas. En todo el Mundo, la respondi, mirese por quálquiera parte, hay muy poca diferencia; el modo suele ser diverso; pero en lo esencial no se encuentra distincion: Nuestras Europeas se interesan con mas esfuerzo, y tratan con mayor atencion sus atavios, que un Ministro de Estado los intereses de su Principe.

Iba continuando en la descripcion de las mas serias ocupaciones de las Mugeres, quando se levantò de su silla una de las doncellas, y puso à la vista de su Ama cierta labor, que trahia entre manos, proponiendola el arduo problema, de si deberia hacerse en tal parage un punto del derecho, ò del rebès: La dificultad era importante; Madama no queria decidirla por si sola, y assi llamò à consulta à las Hijas, y à las criadas, y todas congregadas, se pusieron à examinar con gravedad la materia, para poder desatar doctamente tan dificultosissima quèstion. Después de varias dudas, conferencias, y diversidad de pareceres, se determinò segun la decision de aquella, que era la mas docta en el concepto de Madama.

Esta, finalizada tan necesaria interrupcion, me preguntò, si nuestras Mugeres llevaban zapatos, de què materia se componian, y cómo era su hechura. Ya empezaba Yo à hacer el papel de Zapatero, quando la Hija mayor me ahorrò el trabajo, por tener que consultar con su Madre, sobre si la punta de la cofia, que viene à dar al medio de ella, se debia alzar, ò bajar: No era assi como

quiera la dificultad; no se atreviò à resolver Madama, hasta que por experiencia tuviese conocimiento del efecto, que en uno, y otro caso resultaba: Acomodò la cofia sobre la cabeza de la misma, que havia propuesto la quèstion, y baxando primero la punta, se puso atentamente à examinar de medio perfil, de lleno, de arriba, y de abajo, què ayre de gracia recibia la cara de su Hija, colocada la punta en semejante figura; de esta pasó à la otra postura, levantandola, y hecho con igual diligencia el mismo escrutinio, decidiò por el segundo caso. Quando crei, que se havia finalizado la dificultad, oí pronunciar un rigoroso decreto, porque se diese un cruel tormento à la pobre cofia, porque tenia una de las alas un tanto, que apenas se distinguia, mayor, que la otra; inmediatamente se prepararon à la operacion los alfileres, ministros de la crueldad, y en breve tiempo quedò executada aquella exemplar sentencia.

Olvidada Madama Betonica de la pregunta de los zapatos, ò creyendose ya satisfecha de su curiosidad, bien que Yo no havia respondido palabra, pasó à otro punto, queriendo, que le informase acerca de los briales; no pude llegar à hacerlo, sin que pasase à otra materia; assi fuè de uno en otro asunto hasta llegar à hablar de la cofia, que era el principal objeto de su curiosidad, y para satisfacerla, havia deseado con tanto ardor, abocarse conmigo: A fin, de que Yo no maliciase, que este fue su unico intento; diò principio por los zapatos, para ir ascendiendo disimuladamente hasta la cabeza. No repetirè las continuas interrupciones, que la suspendian la regular atencion à mis palabras,

bras, no haciendo caso de mí en aquellos intervalos, como si no estuviera presente; tan solo diré, que quando se llegó á aquel gran punto, que era el de su agrado, mostró una infinita atención, á quanto la decia, sin perder una syllaba; antes gritó muchas veces á las Hijas, y á las criadas, porque tenian el atrevimiento de perturbarla con alguna dificultad, mientras duraba este severissimo examen.

Preguntóme, pues, si nuestras Damas acostumbraban cubrir sus cabezas con un poco de lienzo, artificiosamente plegado, dispuesto, y adornado con tanta gracia, como ellas solian practicar. No solo, la dixé, las Señoras han introducido entre nosotros la costumbre de ponerse en la cabeza un reparo con materiales poco capaces de defenderla de la intemperie del ayre, y cargado de varios adornos, que á su parecer forman una delicada vista á los ojos de los Hombres; pero aún las Mugeres de la infima plebe imitan este uso de las Damas nobles, diversificandolo unicamente en la qualidad del lienzo, del marly, y de la riqueza, con que suelen adornarse.

Mucho me agrada, añadió Madama, que las Mugeres tengan el exquisito gusto de las Monas, y no desapruébo la conducta de la plebe, que sigue las ideas de la nobleza; pues esta debe ser siempre el modelo de las operaciones de aquella. Pero por lo que á vos toca, me parece, Señor, que no estais muy persuadido de la utilidad de esta invencion, que nos adorna, y hace ayrosas; mas no obstante, por lo que en realidad sucede, queda desmentida, y reprobada vuestra opinion; pues aquel uso debe

creer-

creerse sabio, y racional, que es generalmente abrazado por todas las Naciones, y no pudiera ciertamente haverse puesto en la cabeza á las Señoras de vuestro país el imitarnos en tan util invento, sin conocernos, si la naturaleza, la verdad, y la razon no las huviera subministrado la idèa. Concedila la consecuencia, que deducia, aunque no me faltaban razones, con que replicarla, y probar, que en materia de costumbres no deben tenerse por mejores; las que llevan sola la razon de mas aplaudidas, y generales.

Si huviese tenido la imprudencia de empeñarme en esta disputa, por consiguiente debia poner el exemplo en varias cosas, que ella reputaba por excelentes; y assi huviera pasado para con ella por un barbaro, ó un bruto, que carecia del sentido comun; me quedaria sin adelantar cosa alguna, y despreciado con unanime consentimiento de todas las Monas, que alli se hallaban. En otros tiempos, que la vanagloria de querer distinguirme hacia una fuerte impresion en mi animo, no huviera dexado de arrojar-me á una necedad semejante; pero haviendo abierto mas los ojos con los años, y práctica del Mundo, supe muy bien sujetar este desordenado deseo de sobresalir, que á los que se dejan llevar de él, hace objetos de continuas risas, burlas, enemistades, y peligros. La materia finalmente, de que se trataba, no merecia la pena del empeño; ni permitia la buena crianza, que contradixese á una Dama en aquellos puntos, de que ellas se creen naturales, è inapelables Jueces.

Alegre, y satisfecha Madama de haver hecho tan glorioso descubrimiento en favor de sus esti-

ma-

madas cofias, pasó à indagar, si la hechura de las de nuestras Damas era siempre una misma, ò si acaso de quando en quando se cambiaba. No podrè acabar de deciros, respondi, en quantas clases se distribuyen las varias formas, que dan à este genero de adorno. Hay cierta especie de personas, que se interesan en mudar continuamente la moda: Yà recogen dentro de ellas todo el pelo; yà dexan descubierto el circulo de cabellos, que rodea la frente; yà se aprisionan estas cofias con un pedazo de tela, que se ata por debaxo de la barba; yà se dexan en tanta libertad, que parece, que tienen alas, y que echarian á volar, si un tyrano alfiler no se lo impidiere, obligandolas à detenerse sobre la cabeza. Tales modas, que continuamente van sucediendo de unas en otras, tienen su origen en el secundo cerebro de ciertas Mozuelas, que están en posesion (no sè el motivo) de ser los oraculos del arte, y no cesan de suscitar nuevas invenciones.

A los principios de una moda (diré con sinceridad el efecto, que en mí solia producir) me parecia intolerable; y horrible la novedad, cada vez, que se me presentaba, y feissimas las hermosas, pasados algunos dias, no me disgustaba tanto la innovacion, que con el tiempo me iba agradando: Esto proviene, de que estando los sentidos acostumbrados à una cosa, dificilmente se satisfacen con otra, hasta que por sus grados van deponiendo la estrañeza: Pero el interès de las dichas inventoras, no las da lugar à esta graduacion, pues lo que intentan, es destruir del todo la antigua con la nueva moda, para que necesariamente se recur-

curra à ellas, que saben hacer un ventajosissimo comercio con la vanidad de las Damas.

Madama Betonica estornudó, como si quisiese dar à entender, que procuraba descargar la cabeza de las impresiones, que iban haciendo en ellas mis palabras; y despues sonriendose, me dixo: que en los asuntos, que pertenecian à las Señoras, se debia dexar formar juicio à ellas mismas, porque excluidas de todos los negocios de entidad, en donde no tenían la osadía de incluirse, era de justicia, que los Monos, ò los Hombres entre nosotros, las dexasen sin inquietarlas, en la posesion, de lo que à ellas pertenecia unicamente. Yo os concedo, quanto decis, la respondi; pero permitidme, que reflexione assi: Todo el estudio de las Señoras se dirige à comparecer mas atractivas, ò menos desagradables à los ojos de los Monos, ò de los Hombres; con que parece, que por este motivo ellos, y no ellas debieran ser los Jueces del efecto, que suele producir su adorno.

Estando en este coloquio, en el que por modestia no daban las dos Mozitas su parecer, aunque probablemente tenían muy buenas ganas, entraron recado de parte de Madama Zanahoria, que yà subia la escalera, para hacer visita à Madama Betonica. Quedé suspenso al oir su nombre, acordandome, que era esta, à quien havia muerto el Perrillo en la caseria de los Villanos mis huéspedes, y perseguidores; por tanto quise precipitadamente ausentarme, para no encontrarme con ella: Madama Betonica, que sabia toda la historia, me dixo, que yà era imposible salir, sin que me viese, y que solo havia el remedio de retirarme à la pieza

inmediata, hasta tanto que se encontrase algun pre-
 texto de conducirla à otra sala, para que entonces
 pudiese Yo marchar libremente. Tuvo tambien
 Madama la advertencia de mandar à una de sus
 doncellas, que avisase à su Esposo el Presidente la
 causa de mi retiro, no fuera, que entrando en aque-
 lla sala, y echandome menos, preguntàse por mi.
 Madama Zanahoria estaba à la puerta; mas no
 obstante (parece imposible) ocurriò en este punto
 à Madama Betonica pedirme una gracia: Mandò
 à sus Hijas, que saliesen al encuentro à la visita,
 y entretanto me rogò, la hiciese el favor de di-
 buxarla un modelo de las cofias mas ayrosas de
 Europa; acordandome de la habilidad de Roberto,
 la di palabra sin detenerme, de satisfacer su curio-
 sidad: Las Hijas, que se havian hecho cargo de la
 intencion de su Madre, cumplieron puntualmente
 su comision, y Madama Zanahoria entraba por la
 sala al propio punto, que Yo cerraba la puerta de
 mi retiro.

Precisado à estar escondido, aunque de mala
 gana, me puse à pasear con mucho tiento por aque-
 lla pieza, que justamente era la alcoba de los Amos
 de la casa. Andaba contemplando las ricas alhajas,
 que la adornaban, quando advertì, que sobre una
 mesa havia un pequeño libro: Por divertir el en-
 fado, que dà la sujecion, le tomè, abrí, y su
 fachada, que decia: *Historias particulares, acom-
 pañadas de breves monales advertencias*, me entrò
 en curiosidad, para aplicarme à su lectura: La in-
 conexión de las materias, que contenia, me hizo de-
 jar à la casualidad la eleccion del punto, que pu-
 diera entretenerme. Volvíle, pues, à cerrar, y abrien-
 do-

dole, por donde guiò la suerte, me hallè con una
 Novela, que se intitulaba: *Si no quieres bolverte
 loco, no hagas caso, de lo que digan*: Esta con-
 tenia, poco mas, ò menos, lo siguiente:

Cierto Autor havia compuesto una obra de po-
 ca consideracion, trabajada en breve tiempo, mien-
 tras se estaba esparciendo por algunos dias en el
 campo, para dar una especie de diversion à sus
 Amigos vecinos; uno de ellos creyò aprovecharse,
 divulgandola, aunque no estaba todavia dada la ul-
 tima mano. Saliò, pues, à luz en el tiempo, en que
 su Autor estaba en la cama con una enfermedad
 aguda. Reciviòla el Público con gusto, y benig-
 nidad, tributando, à quien la havia compuesto, ex-
 presivos aplausos, que desde luego huviera perdonado,
 por quanto tenia intencion de permanecer ocul-
 to; entretanto el Amigo sacò no poco producto de
 ella: Viendose descubierto el pobre Mono contra
 su voluntad, quiso saber el parecer comun para
 corregir sus propios defectos, y los del libro: A
 todos los oía generalmente contentos, pero cada
 uno ponía su excepcion. Unos sugetos de genio me-
 lancolico, y mal contentadizos, congregados en
 cierta casa, achacaban maliciosamente un gran
 delito al principio de la obra, y sin examen de sus
 clausulas, ni conocimiento del caracter del Escritor,
 le culpàron como falto de la debida compostura;
 supolo este, y al punto corriò à enmendar todo el
 exordio; assi creía, que el Público quedaria satis-
 fecho con la nueva edicion, que se estaba dispo-
 niendo, por no haverle notado otro defecto aquella
 Academia burlesca.

Dixeronte despues, que en cierta conversacion

se le havia imputado, que zaheria à unas personas, que no solo no conocia aun de vista, sino que jamás havia oido nombrar; por tanto borrò el pobre toda aquella inocente parte de su escrito: Por otro lado averiguò, que en casa de un Librero, cierta junta de criticos le havia hecho un rigoroso proceso; en cuya conseqüencia salió condenado por tres gravissimos errores; el primero, que siendo su obra un pasatiempo, contenia muchos documentos morales; el segundo, que no era verosimil; que una lengua forastera se pudiese aprender en tan pocos meses; el tercero, que era incomprehensible, como despues, que cesò la tormenta se havian podido transportar à la orilla por medio de un esquife desde un navio encallado en un banco de arena ciertas alhajas, y lo que es mas, las pelucas de aquellos pasageros; atonito quedò el Autor, y assi, enmendandose en razon de la primera objeccion, procurò disminuir las maximas morales; pero como las dos siguientes dependian del hecho, y tenian mas de ridiculèz, que de otra cosa, determinò no mudar palabra alguna en estos asuntos. ¿Y no mas? Pues de alli à pocos dias, escuchando los dictèrios de los ociosos, oia, que el libro no tenia pagina sin delito; pero con todo eso continuaba en ser bien recibido de toda la Ciudad, y comprado, no obstante el exorbitante precio, à que estaba tasado. Restauròse el Autor de su timida sorpresa, y determinò continuar su comenzada tarèa, que si no le producìa provecho alguno, le proporcionaba à lo menos la satisfaccion de complacer á sus Amigos.

Querìa proseguir la lectura del libro, que me iba

iba agradaudo; pero habiendo oido cierto rumor, me instò la curiosidad de escuchar la causa, para cuyo efecto apliqué el oido por el resquicio de la puerta. Adverti, que Madama Zanahoria estaba inquieta. ¿Què es eso? la decia la Señora de la casa: Siento, respondia ella, ciertos dolores, que me atormentan mucho; ¿quánto tiempo hà, que no he experimentado desazon semejante! Seràn efectos de preñez, añadió una criada vieja: No estoy, por cierto, embarazada, respondió la pobre dolorida, estos son retortijones de vientre, y si no le desocupo, no es posible librarme de tal trabajo.

Madama Betonica quiso aprovecharse de esta casualidad, para que Yo pudiera salir de mi escondite: Vamos, pues, la dijo, al quarto de las Niñas, en donde podreis salir de esa urgencia de la naturaleza: No, no, replicò ella; esa estancia està muy lexos; permitidme, que me acomode en vuestra alcoba, que està aqui proxima. Esto fuè decir, y hacer; levantòse precipitadamente de la silla, corriò àcia la puerta de la pieza, donde Yo estaba escondido, quisola abrir con violencia, y me diò en la cabeza con tal impetu, que por muchos dias despues se me conociò el coscorròn. Como encontrò tanta resistencia para abrir la puerta, renovò con mayor esfuerzo el impulso; pero siendo este en vano, por haverme yà apartado, la fuerza que hizo, y el peso del cuerpo, que diò en vago, la hicièron rodar, dando con su cabeza en mis pies.

La sorpresa, la caída, el temor, y no sè què otros efectos, que huvieron de suceder necesariamente

mente en lo interior de esta Señora ; la suspendièron los dolores , y cesó la urgencia corporal . Se me olvidaba decir , que todas las circunstancias corrièron à levantarla del suelo , pusieronla en la cama , y procuràron restablecerla con espíritus confortativos . Es indecible la gana , que Yo tenia de soltar la risa , y me parece , que todas las Monas , que allí se hallaban , tenian la misma disposicion ; pero la sufrían obligadas de cierto decoro , que era forzoso conservar . A poco tiempo se levantó Madama Zanahoria , y procuró saber la causa de hallarme allí escondido ; la fuè revelado el secreto , y ella se ofendió , de que Yo la creyese capaz de executar acto alguno de desatención ; me asegurò , que no era Mona vengativa ; (virtud rara en su sexo) y quiso , que todos nos sentasemos amigablemente à conversacion .

Con motivo de lo sucedido , me hallaba de tan buen humor , que quise divertirme à costa de esta Mona . Preguntèla , si havia venido sola ; ó acompañada , y haviendome respondido , que sola , la dixè : ¿ Pues adònde està aquel Gyrasòl ; que solia animarse á los rayos de vuestra belleza ? Ah ! callad , respondiò , no me nombreis á ese traydor ; fuè demasiado sincèro el cariño , que Yo puse en èl , para poder ahora aborrecerle , como merecia ; no porque se me ocultase , que èl era uno de aquellos bribones , que tienen puesto su estudio en agregarse à las casadas ricas , por si pueden grangear su gracia à fin de despojarlas de sus bienes . Fingì , que no entendia , lo que hablaba , y continuando en mis preguntas , la dixè ; si acaso era , que la havia dado palabra de Esposo , y despues havia fal-

faltado à ella . Yo , respondiò , hà muchos años , que estoy casada ; vos no sabeis , lo que preguntais . Pues serà , añadi maliciosamente , que es vuestro Marido , y os ha dexado . O vos , replicò ella , sois un tonto , que nada entiende ; ó sois una de aquellas personas , que se deleytan en desazonarnos . Perdonad , Señora ; la dixè , que no comprenda vuestro discurso , pues no acabó de hacerme cargo , de como una Mona casada pueda admitir un amante , que no sea su Marido .

Nada alterò à Madama Zanahoria esta delicada reprehension , que debiera haverla avergonzado ; antes dandome una ojeada , y encogendose de hombros , dixò : Este necio quiere hacerme perder la paciencia . Miràronme las Mozitas , y observando , que me estaba riendo , advirtièron mi malicia , y tuvièron bastante deseo de acompañarme en la burla . Hicè entonces como que comprendia el enigma , fingì que sentia su sucesor , y despues la dixè : Señora , segun llego à entender , vuestra desazon se deriva , de que os hallais sin un inmediato servidor ; notable defecto en una Dama de merito , como sois vos ; pero este es un daño , que puede repararse facilmente , y si fuere de vuestro agrado , Yo me ofrezco à substituir la plaza . Ah , ah , replicò ella en tono de hacer burla , por cierto , que haria una gran conquista , recompensando la pérdida de un buen muchacho , con una disforme bestia . Sea lo que quisieris , la respondiò , por lo que à mi toca ; pero esto de alabar á un traydor , que os ha burlado , dandole el título de buen mozo , me suena , à que aún sois su amante . Soy , dixò ella rabiosamente , el Diablo , que os lleve .

Es-

Estando en estas palabras, entrò el Presidente, y con una sonrisa la preguntò : ¿ Con quièn la habeis armado, Madama Zanahoria, que parece, que estais toda alterada ? Me estoy defendiendo, respondió ella, de este mentecato, que está poniendo todo su esfuerzo en hacerme desesperar, y no acaba de conocer, que habla con quien es capaz de resistir à un millon de sugetos como èl. Mediò el Presidente, se terminò la desazon, y me asegurò la buena Mona, que desde luego creia serla de grande interès adquirir mi amistad; pero que no pretendiese el distintivo de ser su cortejo, porque temia, que si me aceptaba baxo tal carácter, se haria ridicula en toda la Ciudad. Concertados, y pactados de esta suerte los preliminares de una estable paz, me despedì de las Señoras, y dadas gracias al Presidente, por los favores, y honor, con que me havia distinguido, sañ de su Palacio, contento, por haver pasado aquel dia à toda mi satisfaccion.

CAPITULO XIX.

De las exequias del difunto Generalissimo.

Continuaba Roberto freqüentando la Corte, adonde le mandaba el Rey estuviese diariamente para conferir con èl ciertas innovaciones, que se meditaban: Con este motivo se havia hecho tanto lugar en la gracia de aquel Principe, que le escuchaba con benignidad qualquiera proposicion; y con utilidad del Estado seguia sus dictámenes. Se

hacian continuas experiencias, para introducir los Artes Europeos; se buscaban los mas acreditados, y habiles artifices, à los que se daban los modelos, y ellos imitaban la obra con el mayor esmero. Eran continuas, y palpables las ventajas, que sentia el Estado con las luces de Roberto, y la proteccion del Principe, que patrocinaba sus operaciones. Aumentabase el provecho de los Artifices; la Ciudad disfrutaba las nuevas introducciones, y (exceptuando un pequeño numero, que nunca falta, de aquellos, à quienes todas las cosas parecen mal, aunque no haya razon para ello) todos los Ciudadanos alababan à Roberto, y daban gracias al Cielo, porque les havia concedido la direccion de un hombre tan singular. Todas estas cosas se leen largamente en sus memorias; y no quiero, como llevo dicho en mi primer tomo, repetir, lo que èl escribe, pues no debo meter la hoz en mies ajena.

Mientras Roberto se ocupaba en materias de tanto peso, Yo me hallaba en un total ocio, sin hacer otro uso del tiempo, y del discurso, que examinar las costumbres de algunos de los Simiopolitanos, que mas eco hacian en mi fantasia; estudio de corto trabajo, y en que puede interesar poco la curiosidad de los demás; mas habiendo hecho de esta forma la particion entre nosotros antes de nuestra llegada à la Ciudad, debo no apartarme de la senda, que por suerte me tocò seguir, ò, si se habla en realidad, de la que unicamente se juzgò serme adaptable.

Pasados algunos dias, se esparciò por la Ciudad una voz confusa, de que yá se havia hecho la eleccion de Generalissimo, aunque no se decia el

sugirió. Aquellos, que hacen asunto en querer penetrar los mas arduos mysterios del gabinete, aseguraban, que era el Señor Saùco el elegido; y despues por el efecto se viò, no se havian engañado en esta ocasion.

Tenian en la Corte la antigua costumbre de no celebrar las exequias al difunto Heroe, hasta que estuviera su empleo proveído, debiendo el sucesor asistir à la lugubre funcion. Se fundaba esta institucion en una sabia maxima, queriendo con ella dar el mas sabio documento, à los que ensalza la fortuna, pues viendo el fin de las terrenas grandezas, que son tan momentaneas, podia aprender el nuevo electo el modo de emprehender el camino de la virtud, que conserva el nombre del difunto aun mas allá del sepulcro. Estas exequias, si se ha de decir verdad, se reducian à un triunfo, y eran muy semejantes à los Apoteosis de nuestros antiguos.

Formaban una estatua, que representaba al muerto, que yá estaba hecho polvos, y adverti en esta ocasion, que la imagen se parecia al original, lo mismo que la madera, de cuya materia constaba, se semeja à la carne; pero no obstante que la vista desengañaba, y hacia ridicula la representacion, bastaba concebir la idea, de que aquel mal trabajado leño fuese el cuerpo verdadero del difunto, para que una voluntaria ilusion (como muchas veces sucede) supliese los defectos. Se ponía el figurado cadaver dentro de un atahud, forrado de negro, y oro, queriendo, que se conociese, que hasta el sepulcro les acompañaba la vanidad. Iban delante infinitas personas de todas clases, que llevaban hachas encendidas, significando con esto (para dar

una

una aplausible alusion) que la luz de sus obras resplandecia despues de su muerte. Le seguian, finalmente, sus Parientes, y Amigos vestidos de luto con desaliño, transformados en otros tantos tumulos. Explico mas claro este ultimo pensamiento.

El Señor Haya, y sus Hijos fuèron convidados para asistir al funesto oficio, y estaban precisados à llorar, ò à fingirlo, sino tenian gana de afligirse en realidad. Previendo el que estableció estas ceremonias, que por lo comun los Parientes enjugaron pronto las lagrimas, que se derraman por semejantes pérdidas, pensò, cómo hacer creer al Pueblo en las funciones solemnes, que estos estaban inconsolables en su dolor; para esto ideò una especie de sombrero de figura conica, que les duplicaba su ordinaria estatura; desde lo alto de el hasta los pies del dolorido colgaba un pedazo de tela de una materia vil, para denotar el poco cuidado en el adorno, y de color negro, para dar à entender la tristeza. De este modo los tales quedaban embueltos, y escondidos en esta mascara, y podian reir à su satisfaccion, y sin temor de ser murmurados de aquellos simples, que creian, se demonstraban los efectos de la sangre en las apariencias del luto.

Nosotros eramos sincèros amigos del Señor Haya, y assi nos rogò, que nos tomásemos la incomodidad de acompañarle, disfrazados con tan horrible figura. Con què desazon me llevaria aquella mogiganga, es facil de discurrir à quálquiera, que sepa, que tan particular disfráz impide quási absolutamente el uso de la vista, y por consiguiente se camina con notable desacomodo; pero de esta falta de comodidad se derivò à mi favor el gusto

Y 2

de

de poder comprehender proximamente , con cuánta necesidad se introduxeron estos escondites.

Luego que llega el funebre acompañamiento à una espaciosa llanura , en donde está formada la tropa con todas las insignias militares enlutadas , se pone el atahud sobre un elevadissimo tablado , adornado con cuánta magnificencia , y riqueza es imaginable. Despues de una oracion , que se dice en alabanza del muerto , adulacion del sucesor , y lisonja del Estado , se dexa en manos del Pueblo la herencia del difunto , se entiende los adornos del tablado , y empezando desde la estatua , todo queda despojado en breve. Se pega , finalmente , fuego , à lo que ha quedado ; y el humo , que se eleva , creen ser el Genio del Heroe , que va à señorearse de las nubes ; y con esto se acaba el funeral. No se me culpe de poco exacto , por haver tan de paso contado una costumbre tan particular , pues semejantes ritos se encuentran diffusamente explicados en las memorias de Roberto.

Antes de ponerse en práctica las exequias , de que vamos hablando , se originò una grande dificultad , en tener ; que buscar sugeto , capáz de cumplir perfectamente el cargo de Orador. En la Ciudad , en donde havia muchissimos personages , que hacian pública profesion de amontonar palabras , que no están en uso , para poder componer una oracion vacia de conceptos , ninguno se juzgaba suficiente à tan grande , y dificultoso empeño. Era forzoso recurrir à los estrangeros con sumo sonrojo de los patriotas. Se hizo , pues , un diligentissimo escrutinio , y fue finalmente elegido uno , à quien no se podia convencer de haver jamás usa-

do

do en sus oraciones una voz , que no se leyese en ciertas novelas de un autor , que yà hacia quatro siglos , que havia muerto ; libro , que era la fuente de todo el inexplicable merito del Orador forastero.

Apliquème con atencion à oír su discurso ; pero mi ignorancia no encontrò en èl alicitivo alguno. Comenzò con una locucion , que me pareció una descarga de cañonazos , hizome estar largo tiempo con la boca abierta , esperando un verbo , que uniese los terminos , con que queria dar à entender su pensamiento , y finalizado el primer eterno periodo , para mí fuè lo mismo , que si no huviese hablado palabra. ; Quàn engañosas son las ideas , à que nos conduce la falta de inteligencia! Yo havia conceptuado , que ni èl mismo havia entendido , lo que havia dicho ; pero los aplausos de los circunstantes me dièron à entender mi ignorancia ; aunque por defecto de luces no podia salir de mi error. Finalmente nada entendí de su peroracion , y se me quedò seca la boca con la continuacion de tenerla abierta. No obstante , al fin de su razonamiento baxò un poquito mas lo alto de su estilo , y assi pude comprehender , que alababa la sublime virtud del difunto , à quien no havia oido nombrar en toda su vida ; que elevaba hasta los Cielos el valor del nuevo Generalissimo , que era un solemne poltròn ; y finalmente , que sin haver estudiado la Astrologia judiciaria , pronosticaba al Principe , y al Estado victorias , triunfos , y la conquista del Mundo entero.

Aunque no llegué à entender la excelencia del arte de este afamado Orador , comprendí la ri-

di-

diculèz de otro , que profesaba este mismo exercicio , aunque no en grado de tanta elevacion. Tiempo hacia , que estaba vacante el puesto de primer Ingeniero de la Armada , cuyo nombramiento dependia privativamente de la voluntad del supremo Comandante. El difunto por no multiplicar los gastos del tesoro publico , no havia querido hacer la eleccion , pero se creia , que el sucesor , para tener una hechura propia , y que del todo estuviese empenada en servirle , se queria valer de su derecho. El Orador de baxa extraccion (assi le llamo , para distinguirlo del campanudo combinador de antiguos, sentenciosos vocablos) cansado de un arte, del que solo por su culpa no le redundaba todo el provecho, que queria , aunque si mucho mas , que el correspondiente à su merito , se determinò à hacer la corte à un Palafrero del Señor Haya , para que este ganase la voluntad à un Volante , à fin de que hablase à un Ayuda de Camara , que se interesase con el Mayordomo , para que dixese este sus suplicas al Señor Haya , que se havia de empeñar con Roberto , para que , (como era persona de tanto valimiento con el Principe) hicièse presente al nuevo Generalissimo la persona del dicho Orador , à efecto , de que recayese en el la provision del empleo de primer Ingeniero.

Uno de los Hijos del Señor Haya nos contó esta particularissima recomendacion , en cuya dilatadissima escala de protecciones echamos de ver , que era el primer escalon un mozo de Cavallos , y el ultimo la alta persona del Generalissimo del Estado ; singularidad fue esta , que nos movió la curiosidad de conocer , à quien la havia ideado. Et

Se-

Señor Haya nos dixo , que no debiamos estrañar en quanto à esto el caracter original de este Mono , que el tenia bien conocido , y que tratandole experimentariamos cosas , que nos admirarian mas.

Fuè mandado comparecer el Orador adocinado , el que se dexò llevar de una extrema alegria , creyendo yà à Roberto de parte de sus deseos , y que assi su pretension estaba en los mejores terminos ; pero Roberto queria fondear los meritos de este sugeto , que repentinamente pretendia ascender à un cargo de tanta conseqüencia. Preguntòle , pues , quanto tiempo havia gastado en aprender las Matematicas : Quedò sin saber , que responder el pobre Mono , que no havia oido hablar de tal ciencia en su vida. Juzgando Roberto , que solo estaria informado de las reglas practicas del empleo , á que aspiraba , le propuso algunas dudas acerca de la Arquitectura militar ; pero el Mono , que no havia comprehendido àun los terminos , con que havia hablado mi Amigo , respondió , que no entendia el language de nuestros paises.

Admirados en extremo de la arrogante pretension del dicho Mono , no pudimos menos de decirle , quanto nos maravillabamos , viendole solicitar el mas alto grado de una profesion , cuyos principios ignoraba. No le alterò la dificultad , antes respondió francamente , que ninguno havia nacido Maestro , que todos los Profesores de aquel arte le havian aprendido con el estudio , que se le diese el cargo , y que al punto se aplicaria , y aprenderia todo lo necesario , para exercerle. Estas razones cerraron la puerta à toda réplica , pues vimos , era inutil el hablar con un tonto de tal natura-

turalaza. Si no hubiera Yo sido testigo de oídas de este pasage, y si no tuviera una entera certeza del original de una cabeza de tan poco seso, no acabaria de creerle, ni me atreveria à insertarle en estas memorias.

CAPITULO XX.

Publicase la boda de la Hija del Señor Haya.

DOs dias despues del referido funeral, se publicó la boda de la Madamita Lechuga, cuyo tratado dias havia, que estaba concluido, pero no se havia dado al publico, hasta que se cumpliesen las ceremonias con el difunto Tio, para que las lagrimas, que era necesario derramar por la formalidad de este motivo, no se confundiesen con la alegría, que aquel havia de promover forzosamente. Vino á vernos Jacinto aquella mañana, antes que nos huviesemos levantado, á participarnos tan alegre novedad en su nombre, y de toda la familia. Gustosissimo me dexò la tal noticia, y assi partí apresurado á felicitar al Padre de la Novia, el que despues de abrazarme, me dixo, que se consideraba el Padre mas afortunado del Reyno, por haver hallado un Yerno con los partidos mas apreciables, y de un bello genio. Este, añadió, es rico, y de alto nacimiento; luego que llegueis à verle, notaréis su buena politica, y en teniendo el gusto de tratarle, convendréis con mi dictamen, de que es la persona mas amable de toda la Ciudad.

Mi

MI alegría, que no era pequeña, se aumentò à vista de la de mi Amigo; preguntèle, quanto tiempo hacia, que havia destinado para su Hija un tan digno Esposo, y que quando se verian unidos con tan dulce lazo: Respondiòme, que apenas se havia divulgado por la Ciudad la rica dote, que el heredero de su difunto Tio tuvo á bien consignar à la Niña, quando salieron pretendientes los mejores partidos del Reyno; que examinadas cuidadosamente las circunstancias de los sugetos, y sus familias, y dando su consentimiento Madama Espina, y los demàs Hijos, yà havia dias, que estaban hechas las capitulaciones; pero se haviam tenido ocultas hasta este punto por la razon arriba dicha. Conoci luego la causa de las continuas conferencias, de que no eramos participantes, y me ocasionaron tanto cuidado, y sospecha. Añadiò despues el Señor Haya, que la boda no seria hasta el fin de las Carnestolendas, que daban principio entonces: Entretanto, dixo, las tertulias, el juego, el bayle, los teatros, los paseos, y las mascarás, seràn las diarias ocupaciones de los Novios; en cuyos lugares tambien vos podrèis gozar estas diversiones, que hasta ahora no haveis logrado.

No tanto por un acto de civilidad, quanto por dexarnos llevar de los afectos de nuestro corazon, que estaba poseido de una verdadera alegría, pasamos al quarto de Madama Espina, que nos recibió con las mayores demostraciones de agradecimiento, y creyendose despues constituida en la obligacion de referirnos, que ventajoso era para su Hija el yà concluido tratado, diò principio por la nobleza de la familia del Señor Nuez-moscada,

Z

que

que era el nombre del Novio. Es immemorial, de-
cla, su origen; y lo que se hace mas admirable,
es la altissima estimacion, que esta casa tiene en
todo nuestro continente. Ninguno de sus descen-
dientes degenerò de las nobilissimas qualidades de
sus mayores: Todas las Naciones han andado à por-
fia, por lograr el honor de atraer à si esta fami-
lia; pero sola nuestra Ciudad goza la singular di-
cha de numerarla entre sus patriotas: Los estran-
geros, como zelosos, de que sean solo nuestras es-
tas glorias, han concurrido à hacerla mas brillante
con prerrogativas, y excéncias; sobresalientes à
las de sus familias Nacionales. Por ultimo, siendo
tan honorifica à vista de todos, debia recoger en
su seno à mi Hija, para que conservase esta planta
su deliciosa, y util descendencia.

Se iba aumentando nuestro júbilo, al paso que
ibamos entendiendo la grande fortuna, que estaba
destinada para Madamita, y por demonstrar en
quánto pudiesemos sus efectos, rogamos à Madá-
ma Espina, nos concediese el gusto de ir perso-
nalmente à significar à la nueva Esposa lo veridico
de nuestra sincera alegría. No esperaba Yo, res-
pondió Madama, menos afencion de tan benignos
Huespedes; mi Hija está en el rocador; luego que
haya cumplido con sus mas precisas ocupaciones,
vendrá à agradecer vuestras atenciones politicas, y
entretanto estaréis en conversacion conmigo. No-
sotros aceptamos el convite de acompañarla, lo
que no la desagradò, contra lo comun de su genio,
y así me determino à creer, que el contento la
havia suspendido sus acostumbradas extravagancias.

Despues de varias conversaciones nos dixo assi:

Es

Es costumbre de estos países en las bodas de los
nobles el convidar à los Poetas Nacionales, y Es-
trangeros, para que con sus obras alaben à los No-
vios, y les pronostiquen las mas abundantes felici-
dades: Puntualmente hay ese estilo tambien entre
nosotros, respondió Roberto; pero nuestros Poetas
por lo regular en semejantes casos no hacen otra
cosa, que acumular adulaciones fastidiosas, con po-
co, ò ningun merito en las composiciones. Nues-
tra Nacion, replicò Madama, es mas discreta, que
la vuestra en este punto, porque nosotros ni aun
abrimos el libro, en que se contienen; es fuerza no
separarse de la moda, y Yo en realidad he de se-
guirla à toda costa; no obstante que sean, como
quieran las tales obras, entre las Señoras los pape-
les, en que están escritas, se ven siempre condena-
dos à embolver ovillos, y semejantes frioleras, ne-
cesarias para nuestra diaria, y domestica labor: Con
el presente motivo quisiera suplicaros, añadió Ma-
dama Espina, me hicieseis el favor de componer
algun Epitalamio en vuestro nativo idioma, distin-
cion, que ciertamente no habrá tenido Novia al-
guna de las antecedentes, y que será embidiada de
las futuras.

Sonriòse Roberto, y respondiòla: Prontos nos
hallaréis, Señora, para obedecer vuestros precep-
tos; pero la peticion dà á entender, que vuestra
modestia quiere ocultar las alabanzas de vuestra
Hija, y tambien cuidadosa, tal vez, de nuestra re-
putacion, pretendéis, que escribiendo en lengua
desconocida, no tengamos que temer las adulacio-
nes, ò las criticas de buen gusto. Muy bien sè, re-
plicò Madama, que no habrá quien entienda, ni

Z 2

aun

aun quien pueda leer vuestros pensamientos; ¿pero eso què importa? Lo que no se entiende, es lo que se hace mas apreciable, como lo experimentamos diariamente. Se aumentará el numero de las poesias, que es por donde se forma juicio de la grandeza, y felicidad de los Novios; y finalmente alcanzareis fama de dos espiritus sublimes, capaces de todas las ciencias. La extravagancia de la pretension tenia la excusa del corriente estylo: Era forzoso, que nosotros prometiesemos à Madama el darla gusto, lo que podia executarse sin mucho trabajo, y con la certeza de no incurrir en la censura de ciertos pretendidos literatos, de que abundaba la Ciudad, cuya profesion era ir mezclando palabras, frases, y coplas de cierto antiquissimo, aunque, à la verdad, celeberrimo Poeta, para sacar un pastel sin substancia, que quita el credito al autor, que se pretende imitar; y que no tiene estimacion, sino en la cabeza, de quien le ha compuesto.

Llegò à este tiempo la Novia, engalanada con todos los adornos; que el sutil ingenio de su sexo pudo inventar, ò bien para ocultar sus defectos; ò bien para dar mas realze à la hermosura. Despues de haverla cumplimentado, congratulandonos sinceramente, y significando nuestros deseos de todas aquellas felicidades, que generalmente à las Novias suelen augurarse, la preguntò Roberto, si acaso la adornaban todas aquellas galas con el destino de salir de casa; pensando nosotros en retirarnos, para no darla sujecion: De ninguna manera, respondió Madamita, porque el motivo de haverme ataviado de este modo, es por estar decente, para recibir las

Se-

Señoras (que serán muchas) quando vengan à visitarme, y à dar la enhorabuena; entretanto harè mucho aprecio, de que gustéis deteneros conmigo, porque Yo, à la verdad, os soy muy afecta: Dixo estas ultimas palabras con cierto estylo de Corte, que antecedentemente no tenia, ò à lo menos no le havia demostrado. En una palabra, es fuerza confesarlo, Madama Espina era una gran Mona, y una Señora, capaz de instruir à su Hija en las verdaderas maximas de insinuarse afable, y marcial, segun la corriente costumbre: Su educacion se reducía unicamente à exterioridades, de donde puede bien inferirse, que seria una excelente Maestra de ellas.

Yo queria introducir algun discurso, relativo à las alegres circunstancias, en que se hallaba aquella familia, y por tanto me tomè el atrevimiento de preguntar à la Novia, quanto tiempo havia, que cultivaba la amistad de su futuro Esposo: No entiendo, respondió ella, lo que me decís; y assi, si quereis, que satisfaga vuestra curiosidad, explicaos mas claramente. No, de ninguna manera, replicò la Madre, mas vale que calle, no sea que haga avergonzar por falta de experiència à tan nobles almas. Perdonad, Señora, la dixè, no es mi animo ofenderos; quando tengo la curiosidad de saber, si estaba bien radicado entre los Novios el amor, que es el fundamento de todo el empeño, que se contrahe en los Esponsales: La modestia de Madamita no tiene por què sonrojarse, al oir nombrar una passion; en la que espera encontrar todo placer; supuesto, que esta la havrà inducido à consentir, en que se forme aquel lazo, que debe mo-

ti-

tivar su felicidad. Vos, me respondió Madama, teneis muy vulgares idèas; mi Hija es una gran Dama, y no una de aquellas miserables Monas, que no sirven de otra cosa en el Mundo, que de comer, y hacer numero; Yo soy una Madre, que sè muy bien las leyes del decoro: Entre nosotras no es permitido amor alguno, que preceda al empeño del Matrimonio, y si se llegàra à saber, que qualquiera noble doncella se atrevia à enamorarse por algun galantèo, ademàs del deshonor de toda su familia, bastaba, para que yà pudiese desesperar de su colocacion. Las Monas de la plebe aman à su gusto, y escogen segun su genio à los Novios, y estos à las Novias; y es muy justo, que assi lo hagan, porque ellas no llevan otra dote, que tierros afectos, en lugar de riquezas, y ellos las dan de comer amores, yà que no tienen otro medio de sustentarlas. Las Señoritas nobles, por el contrario, no ven à su Esposo, ni saben de què gracias, de què espiritu, ò de què costumbres se halla adornado; primero oyen las alabanzas, que le conocen; y ellos igualmente por su parte no gozan mas ventajoso privilegio; Los Padres forman à medida de sus miras los tratados, y sin otro examen, se sujetan à ellos las dos partes principales; y este es el motivo, por què mi hija aùn no conoce à su Esposo el Señor Nuez-moscada, ni este à ella; pero dentro de poco tiempo lograràn este placer, bien que con las precauciones mas rigorosas.

Quedè sumamente admirado al oír una costumbre tan fuera de razon, por quanto el Matrimonio siempre se me havia figurado, una union de dos corazones con la participacion de sus bienes,
de

de su genio, y de su cariño, lo que es difícil de concebir sin que se comuniquen las personas, que han de amarse. Comprehendí en este punto un dicho de cierto antiquissimo Poeta Europeo, que escribió en una satyra, que es la dote una diestrisima cazadora, ò tiradora de saetas. No parece, sino que el Poeta tuvo alguna noticia de los estylos de las Monas.

A este tiempo entrò un Page un recado à su Ama, avisandola, que Madama Escoba, y Madama Castaña acababan de llegar, y pedian su licencia, para entrar à visitarla; respondió, que viniesen en buen hora; y nosotros nos retiramos, para dar lugar à sus reciprocos cumplimientos. Encontràmonos en la ante-sala con las dos Señoritas; Madama Escoba era una Mona muy alta, y flaca; trahia una vestidura, que por detrás la arrastraba media vara cumplida, y parecia, que por donde iba caminando, queria limpiar el suelo de todas sus inmundicias; pasó por junto à nosotros con tal soberbia, que ni aun baxando la cabeza, nos saludò. Madama Castaña era una Monita pequeña de cuerpo, y regordeta, però muy agil en los movimientos de todo el cuerpo; esta con mejor crianza nos hizo cortesía encogiendose, y erigiendose diversas veces al pasar por delante de nosotros.

CAPITULO XXI.

De las primeras vistas de los Novios.

NO puedo bien explicar, quanto abominaba
la

la costumbre de los Monos, que ligaban à las pobres nobles doncellas con un indisoluble lazo, sin consultar primero sus genios. Tan fuera de razon me parecia el tal uso, quanto lo fuera el precisar à qualquiera à contraher un empeño, sin explicarle el asunto, que se trata: Di à entender à Roberto mi admiracion, y me respondió lo siguiente: El estylo de la nobleza acerca de la colocacion de las Hijas, no està tan fuera de los limites de la razon, como os lo andais ideando. Verdad es que la union de los corazones, y las inclinaciones deberia ser la basa fundamental de semejantes vinculos; pero haceos cargo, de que por lo general las pasiones ofuscan al entendimiento que le parece, que discierne en los objetos aquellas virtudes, y vicios, que no tienen en la realidad, y solo lo cierto es, que un vehemente afecto los representa en la mente à medida de los respectivos intereses del corazon. De aqui es, que el amor, que es la mas peligrosa de las pasiones, ciega enteramente aquellos, que se dexan enteramente llevar de el, sin permitir al entendimiento el uso de sus facultades: Sucede despues, que con la posesion de la cosa amada se amortigua el amoroso fuego, y se van reconociendo aquellos defectos, que no permitia la razon, se descubriesen antes: El arrepentimiento es la pena del error, que tanto mas grande aparece, quanto el amante menos le esperaba: La tibieza abre el camino al fastidio, y finalmente, por lo regular el odio es el fruto de una estimacion, que està fundada sobre las meras reflexiones de los sentidos. Nuestros Monos reflexionando los inconvenientes, que suele producir una ma-

mala eleccion, sugerida de la pasion unicamente, de donde se derivan conseqüencias tan funestas en los Matrimonios, quisieron hacerse arbitros de los verdaderos intereses de sus Hijas, eligiendo aquellos partidos, que con maduro examen, y sin preocupaciones, juzgan ser los mas utiles: Assi pues, et que estos vinculos no se formen por el amor, sino por la razon, que es una guia mas iluminada, y segura, no veo, deba ser motivo de tanta estrañeza, siendo esta costumbre, la que constituye à las Señoras en una suerte mas feliz, y duradera. Añadese à lo dicho, que siendo quien dispone los Matrimonios, la ternura paterna, que con la mayor perspicacia examina el partido, que para su Hija solicita, es fuerza créer, que se encuentran en los Esposos aquellos caractères, que son capaces de representarles amables à los ojos de sus Esposas, cuyo cariño en tal caso es tanto mas permanente, y laudable, quanto mas separado de la irregularidad del vulgar afecto. Todo esto deberá entenderse de aquellos Padres, en quienes no quepa la crueldad de sacrificar à una inocente Joven por el interés del resto de su familia.

Con mas gusto huviera escuchado el razonamiento de Roberto, si los internos sentimientos de mi corazon, ò (sease enhorabuena) una mera preocupacion no huviera sido causa de representarseme con poca fuerza sus razones. Entretanto se fue llenando el Palacio de lo mas florido de aquella Ciudad, concurriendo toda la Nobleza à participar de los júbilos de una familia, que universalmente estaba querida, y respetada. La Novia se mostraba afable, y cortès con todos, y assi en breve tiempo

corrió la fama de su bella gracia, además de haber logrado la fortuna de obtener el renombre de bien parecida. Nosotros estábamos continuamente con las formalidades de un puro cumplimiento, y gustosos nos empleábamos en este encargo, à que no podían acudir el Padre, y Hermanos de la Novia, por los muchos negocios, que ocurrían. Madama no se separaba un punto de su Hija, por quanto algunos rezagos de la antigua severidad la obligaban indispensablemente à tan gravosa sujecion.

No cesaban de ir llegando Artesanos de todas especies con memoriales, y adjunta la recomendacion de graves personajes, à fin de que los admitiesen para las varias prevenciones, que en sus respectivos oficios debían hacerse para adorno de la Novia, y de aquel Palacio. Se havia introducido (como ya se ha dicho) pocos años antes, un abuso en la Corte, en fuerza del qual cada uno queria mezclarse en los negocios de los demás, sugiriendo diversas obras, recomendando Artífices, y executando hasta las mas vergonzosas vilezas, para lograr sus intentos. No tenían, se puede decir, libertad aquellos Naturales en la eleccion de las personas, que creían mas aptas para las obras, que emprendían; tan grande era la persecucion de los Operarios. De este abuso nacían dos gravísimos inconvenientes; el primero, que por lo regular salía imperfecto el trabajo; y el segundo, que muchos de los mejores Artífices perecían de necesidad, ò por no poder encontrar quien los protegiese, ò porque ellos tenían por baxeza, que su habilidad necesitase de recomendacion: Así necesariamente perdían los artes su lustre, y se hacía injusticia al merito, que

ge-

gemía baxo el yugo de la violencia.

Llenóse, pues, en pocos dias de trabajadores el Palacio; los Carpinteros, los Cerrajeros, y los Albañiles hacían retumbar las Salas, y aun toda la casa con los martillos, y demás instrumentos de sus oficios; los Pintores tenían llenos de manchas aquellos puestos, en donde estaban trabajando; todo era una confusion, y continuo ruido; y al mismo tiempo los Sastres, los Zapateros, y otros mil Artesanos, y Mercaderes andaban entrando, y saliendo por el quarto de la Madre, de modo, que parecia, que las provisiones eran para un Exercito entero.

Llegò por fin el dia de las primeras vistas del Novio. Parecióme digno de la alianza del Señor Haya; curioso, buen mozo, bien hablado, y muy garvoso en todas sus acciones: Si no fuera por el defecto de dar à conocer muy por lo claro lo pagado, que estaba de sí mismo, se le podia conceder el titulo del Joven mas perfecto, y mejor criado de la Corte.

Luego que se presentó el Novio, la Señorita le hizo una cortesía, sin mover la cabeza, ni aun la vista, y baxando tanto el cuerpo, que creí, que se iba à sentar en el suelo; el Joven la habló con un breve, y elegante discurso, que se conocía sin dificultad, que le trahía estudiado; la Novia se avergonzó, y aunque tenía muy bien aprendida la leccion, de lo que le havia de decir, en aquel instante se la olvidò del todo, y assi no supo responder otra palabra, que: *Muchas gracias*. Madama su Madre se puso encendida como unas brasas, y huviera intentado sacar los ojos à la Hija, á no es-

Aa 2

tár

tár presente el Novio; tanta era la desesperacion, y colera, que havia concebido.

Sentàronse immediatos los amantes futuros, que de presente aun no se podian llamar tales, y el Novio comenzò à exagerar la hermosura, y gracia de su Esposa; pero esta yá abriendo, yá cerrando su abanico, teniendo la vista siempre fixa en la tierra, y el cuerpo en un continuo movimiento à uno, y otro lado, como si estuviese sentado sobre espinas, no respondia otra cosa à cada alabanza, que la daba el Novio, que, *para eso vos*: La Madre no paraba de hacerla señas con la cabeza; pero ella lo iba echando mas à perder. Quando un temor panico llega à tomar posesion, de quien es pusilanime, con quàlquier leve motivo suele aumentar la confusion. Jacinto su Hermano, que era mas discreto, y penetrante, que la Madre, acudiò à socorrer à su Hermana, haciendose interprete de sus sentimientos, lo quàl la diò esfuerzo de tal modo, que el mas poderoso cordial no vigoriza los espiritus de un desmayado con tan buen exito, como, el que logrò con sus palabras, para hacerla bolver de su letargo. Quando la viò yá libre de aquel primer miedo, que la havia sobrecogido, la dexó manejar por sí misma, y entonces habló à su Esposo con todas las expresiones, de que era capáz su discurso, con lo que al punto este formò mejor concepto de ella, como se dexò comprehender por sus demonstraciones de alegria.

Despues de haver pasado algunas familiaridades entre los Novios, llegando hasta el extremo de hablarse en secreto; llaneza, que fuè generalmente aplaudida de los circunstantes, quiso Ma-

da-

dama Espina introducirse en la conversacion, y fuè poco à poco torciendò el discurso, para hablar de telas, encages, &c. Ella deseaba, que el Novio dexase à su direccion todo el cuidado de las prevenciones, que eran indispensables, porque su amor maternal lo dispondria de modo, que le tuviese mucha quènta à su Hija. El Novio, que mejor empleado, en lo menos, que pensaba, era en estas vagatelas, condescendiò gustoso à las intenciones de la futura Suegra, y aún la rogò, le hiciese el favor de encargarse de este asunto, que para èl era bastante enfadoso. Los Novios continuaban sus conversaciones confidentiales, que à cada paso cortaba la Suegra con nuevas preguntas.

Era una comedia ponerse à considerar por una parte la inquietud, y pasiones, que entonces comenzaban à nacer en el corazon de un Jovencito, viendose inmediato à aquella de quien yá, antes de verla, tenia la idèa de considerarla, como la cosa de èl mas amada, y cuyas confianzas solici- taba vivamente, bien que tuviese la seguridad, de que dentro de pocos días havia de estar en entera posesion; por otra parte una Vieja, empeñada con los mayores esfuerzos en poner en planta todo lo necesario, para cumplir con la moda, la ambicion; y la vanidad. La buena crianza le precisaba à complacer à la Suegra con sus respuestas; pero se échaba de ver claramente, con quanta violencia las proferia.

Llegò la hora de comer, y huviera executado una accion sacrilega el Novio, sino se huviese despedido; y assi le fue preciso acomodarse al comun estylo, aunque contra todo su gusto. Partió, pues,

pues, según conjeturé, con bastante pena. Determinóse, que volviese en aquel mismo día, para ir en compañía de la Novia á una gran tertulia, que se había de juntar aquella noche con este único objeto en casa de cierto Cavallero. A la despedida hubo su apretón de manos con las mayores expresiones de ternura, y estimación, con lo que se dividieron la primera vez de toda su vida aquellos dos corazones, que ya creían amarse, y apenas habían llegado á conocerse.

La partida del Novio dió lugar, á que Madama Espina descargase una severa reprehension contra la pobre Hija. La turbación del primer encuentro fué la primera culpa, que la riñó, llamandola tonta, olvidadiza; después recorriendo todas sus acciones, las halló otros tantos delitos; el manejo del abanico; los movimientos de la cabeza; el modo de jugar la boca; las ojeadas fuera de tiempo; y hasta las mismas respiraciones, fueron objetos de su rigoroso examen: El Señor Haya puso fin á esta quimera tan imprudente; y aunque no se terminaron aquí las correcciones, se suspendieron, durante su presencia.

CAPITULO XXII.

De las Mascaras, y la Tertulia.

LAS centinelas de vista son fastidiosísimas para dos, que bien se quieren, y así en lo sucesivo resolví evitar, quanto pudiese, los lances de presenciarse los amorosos coloquios de estos dos nuevos aman-

amantes, observando sin alteracion desde aquel dia la politica con el Señor Nuez-moscada de no faltarle á todos los actos de cortesía, si me encontraba con él, pero separandome inmediatamente. Este modo de manejar me fué muy bien recibido del Novio, luego que comprendió el motivo; por lo que, quando tenia que hablarme, me hacia una seña para que me detuviese; y después siempre me dió á conocer su inclinacion, y cariño.

Tulipán, Hijo tercero del Señor Haya, no era muy aficionado á incomodarse por servir á qualquiera Amigo; antes bien, dedicado á hacer unicamente lo que era de su gusto, dexaba á cargo de sus Hermanos el cumplir con las urbanidades, obligaciones, y demás empeños de su familia. Aquel dia, sin saber por qué, se brindó á irme acompañando á la Plaza, en donde se esperaba, concurríese una multitud de mascarar, yá por la solemnidad del dia, yá porque lo sereno del Cielo estaba convidando á la diversion. Esta distincion, que Yo no esperaba, fue para mí de mucho gusto; bien que de ella, y de la estrechez, que desde el tal lance tomó conmigo este Joven, tuvieron origen todas las funestas aventuras, que me exercitaron por algunos años, y me obligaron á detenerme en aquel continente, como se verá en la serie de esta Historia. No puede evitarse el destino, y Yo mismo, parece, que me le iba procurando á toda prisa con la satisfacción, que recibí por el referido convite, que acepté sin repugnancia.

En la Plaza, que es magnífica, y grande, había una muchedumbre de Pueblo. No eché á perder el tiempo en examinar las extravagancias de la ple-

plebe, pues el cúmulo de necedades, que esta suele practicar, creyendo distinguirse con delicadas invenciones, no debe ocupar las reflexiones de un forastero. Roguè al Señor Tulipan, me guiasè al parage, en donde se juntaban los sugetos mas visibles, con animo de divertirme hablando, viendo, ò paseandome con ellos; pero al contrario, de lo que esperaba, no hallè otra cosa, que confusion, encontrones, y apreturas.

Formase cierta calle de dos filas de sillas, puestas unas enfrente de otras, dexando en el medio un espacio de terreno, capáz de ocuparle ocho, ò diez personas de frente. Las Monas, que creen embobar, à los que se andan pascando, ò con la riqueza de sus adornos, ò con quálquiera otro incentivo, que pueda dar pabulo à los ojos, se sientan en estas sillas, teniendo cada una al lado à su cortejo: Seria muy reparable, que en aquella publicidad estuviera el Marido sentado cerca de su consorte. El espacio intermedio de estas sillas se llena de mascararas con tanta abundancia, que se hace quási imposible el caminar sin peligro de sofocarse. El fin de las Monas se frustra absolutamente, pues la multitud impide el detenerse, bien para admirar el buen gusto, y valor de las telas, que las adornan; bien para advertir los gracejos, con que solicitan encantar, à los que tienen la curiosidad de fixar en ellas la vista.

Yo no podia permanecer en aquel estado tan violento; quíen me daba un empellon; quíen me huviera echado à tierra, à no detenerme, el que estaba mas proximo, à quien Yo tambien necesariamente tenia, que atropellar; y quíen me hon-
ra-

raba con los titulos de bestia, y de pedazo de jumento; uno me pisaba un pie, haciendome pasar un dolor excesivo; otro se quexaba, de que Yo le estorbaba el paso, siendo assi, que estaba ocupado el camino con quántidad de personas, à quienes no tenia Yo derecho de obligar, à que franqueasen lugar, para poder ir adelante. Corria sobre mi cabeza un ayre friissimo, al mismo tiempo que tenia toda la camisa calada de sudor; y assi recelaba encontrar en aquel paseo tan delicioso alguna calentura maligna. No obstante tantas incomodidades, los Simiopolitanos están locos con aquella diversion, que consideran como una de las mas gustosas, que pueden gozar en toda su vida.

Cerca yà de dar mi ultimo aliento, roguè à Tulipan me sacase de aquel infierno; pero como èl estaba imbuido en las idèas comunes, y con la costumbre se havia hecho à mirar aquella junta, como una de las mayores delicias, no queria condescender à mis instancias; ademàs de esto tenia otras miras; esto es, esperaba, que llegase cierta Monita, que era el unico objeto de todas sus ansias, y dandome gusto, era caso forzoso perder la ocasion de estàr con ella. Viendole, pues, tan renitente en concederme una gracia, que podia ser el punto decisivo de mi vida, le supliqué, que me permitiese retirar. Pues teneis, me respondiò, el gusto tan depravado, que no os divierte un placer tan grande, como es el veros rodeado de la flor de las personas mas cultas de la Ciudad, seguid vuestra inclinacion; y si quereis, que os presente esta noche en aquella tertulia, en donde ha de concurrir toda nuestra familia, id dos horas despues de ano-

checido à esperarme à la Botillería, que llaman de la Desgracia, que allí iré à buscaros: Contento con esta despedida, me separé à toda prisa de aquel lugar de mortificacion, con la resolución firme de no volver allí en toda mi vida.

Haviendo examinado el parage, que havia en la Plaza con menos concurrencia del Pueblo, me encaminé ázia él, en donde pasé un rato paseandome confuso, y maravillado, de que personas racionales pudiesen deleytarse tanto con unas cosas, que realmente incomodan demasiado: Admirado siempre, y embebido del todo en mis pensamientos, no puse la atencion en los muchos objetos, que me rodeaban, dignos acaso de igual cuidado, y reflexion; pero à este tiempo llegó à mis oídos el eco de una voz, que no estrañé, y me hizo volver de la abstraccion, que ocupaba mis sentidos: La voz era de Roberto, el qual se andaba paseando en compañía de Jacinto, y los dos ocupados solamente en el examen, que iban haciendo de todo aquello, que se les presentaba, aun no me havian descubierto. Asegurado, para no padecer equivocacion, mediante haver escuchado con mayor atencion el habla, y haver advertido bien sus vestidos, estaturas, modo de andar, y demás señas de sus personas, no dudé llegarme à ellos; se admiraron de verme solo, y me preguntaron, qué se havia hecho Tulipán: Contéles todo lo que me havia sucedido, y con tan vivos colores pinté la impresion, que hizo en mí fantasia, aun no sosegada, aquel aborrecido paseo, que al paso, que me tuviéron lastima, no pudiéron menos de soltar la risa; les rogué me permitiesen en su compañía, cuya gracia à

po-

pocas instancias me concediéron.

Yà havia anochecido, y el frio era tan grande, que nos obligaba à marchar de allí, y buscar un parage mas templado: Me preguntaron, adonde, y à qué hora tenia que ir à esperar à mi compañero Tulipán, y luego que satisfize esta pregunta, se ofreció Jacinto à acompañarme, y à que esperásemos, à que viniese, para ir todos juntos à la tertulia. No podia haver para mí ofrecimiento de mas gusto, que este en la ocasion presente. La Botillería señalada era una de las infinitas que se encuentran en cada esquina de la Ciudad, en las que es el agua el principal capital de su trato. En ella la multitud de los concurrentes nos subministraba un mar de reflexiones; nos divertimos à costa agena con sumo gusto; y si quisiera hacer descripcion de todos los objetos, que se presentaron à nuestro examen, me separaria demasiado del hilo de esta Historia. Vino ultimamente à la hora señalada Tulipán, y todos juntos nos encaminámos à lograr una diversion, que, como nueva, picaba vivamente à nuestra curiosidad.

Fuimos, pues, conducidos à un gran Palacio, en el que nos recibieron sus dueños con la mayor politica. Entrámos en una sala espaciosa, exquisitamente pintada, è iluminada con una muchedumbre de antorchas, igualmente lo estaban las piezas inmediatas, y todas adornadas, con quánta riqueza, y buen gusto es imaginable: Havia concurrido toda la Nobleza de ambos sexos, que era numerosa, con la curiosidad de ver à la Novia. En el luxo havian echado el resto con especialidad las Monas, que estaban sumamente brillantes con el

Bb 2

oro,

oro, y joyas, que las engalanaban, y reverberando en la pedrería los rayos de las innumerables luces de la iluminación, daban mayor realce à sus bellezas. No podía ser mas magnífico, y grande el espectáculo; Yo me quedè atonito, y admirando mucho las riquezas de la clase de los nobles, ò por mejor decir, el deseo de llegar al extremo.

Hallè en aquella escogida asamblea muchos sujetos, de los que trataba, con quienes me era facil entablar conversacion para informarme de los nombres; de los que no conocia. Muchas Señoras me honraron con sus miradas con alguna particular demonstracion. Madama Betonica fue la primera, que me habló, y à cierta Señora, que estaba inmediata, la dixo, quánta estimacion hacia de mi persona.

Estaba Yo muy hueco en aquel parage, porque en èl parecia, que todo procuraba à porfia adular la natural vanidad; quando vine à ponerme à la vista de Madama Nispero, cuya presencia me traxo à la memoria haver sido despreciado de ella aun en quálidad de bestia, segun su imaginacion: Esta, que alimentaba en su corazon un implacable ódio contra nosotros, por haver perdido la distincion de hospedarnos, no havia ocasion, en que no nos procurase castigar de la culpa, que era unicamente suya: Contaba el desprecio, que havia hecho de nosotros, y nos pintaba con los mas viles colores. Aquella noche hizo, que me aproximase, y me preguntò, si me acordaba de mis vergonzosos principios: Os propongo, añadió, esta pregunta, porque me parece, que con la mutacion de estado, se os advierte una gran distincion en vuestra afec-

ta-

tada modestia; antes os conocimos abatido, y humilde, y ahora, si no me engaño, mas erguido, de lo que era razon. Este tan bochornoso desayre me picò en sumo grado. Si, respondi, si, Señora, me acuerdo muy bien, que me sujetè por mi voluntad à una cadena; y tambien tengo presente vuestro insensato juicio acerca de nuestras personas; ni echarè igualmente en olvido, que, para bolver à verme, tuvisteis, que ir despues de muchas súplicas, à visitarme à una pobre alqueria; como tampoco el sumo terror, que imprimiò en vos mi poder, lo que podria repetir, siempre que me pareciera. La di esta respuesta con resolucion, y buen tono de voz; de conformidad, que quedò avergonzada aquella Mona tan poco cauta, que se atraxo la irrision de las Señoras circunstantes, al paso que me honraron, llenando de aplauso mis palabras. Assi por lo regular finalizan los insultos de los sobervios.

Determinè despues ir observando los varios divertimientos, à que se aplicaba la Nobleza en aquèlla tan magnífica concurrencia. En la sala, y demàs piezas inmediatas havia preparadas muchas mesas, al rededor de las quales estaban sentados alternativamente diversos Monos, y Monas. Lleguème á una, para ver, lo que allí hacian; y reconocì, que toda su ocupacion consistia en ciertos cartones quadrilongos, y en ellos pintadas algunas figuras, que entre nosotros serian mas quimericas, ò menos significativas, que las chinescas; uno de los circunstantes tomaba aquella porcion de papeles, y los reducia à un solo monton; pero inmediatamente arrepentido de su trabajo, deshacia toda

la

la obra, y los repartía entre los demás; estos los iban recibiendo gustosos; mas al punto arrepentidos tambien, ó acaso enfadados de tenerlos en la mano, los tiraban uno à uno sobre la mesa; entonces uno de los presentes los bolvia à juntar, y repetía la distribucion de ellos, la que siempre finalizaba del mismo modo que llevo dicho.

No podía Yo acabar de entender, qué significaba una ocupacion tan inutil, y eniadosa; y se aumentaba mi admiracion al paso, que advertía el tiempo, que duraba; jamás huviéra creído, que una junta de tanta nobleza emplease horas enteras en aquella obra tan continua, y siempre sin diferencia: Por casualidad se llegó ácia allí Narciso, al que preguntè, qué era lo que hacían aquellas Señoras, y aquellos Cavalleros, dando tan cruelmente tormento à aquel hacecillo de papeles. Están jugando, me respondió: Yà me hago cargo, repliqué, de que no es esta una obra seria; pero quería saber, qué es lo que aquí se trata: Sonriose el Joven, y me explicó el mysterio, lo mejor que pudo, aunque no á proporcion de lo que necesitaba mi curiosidad, que no quedò del todo satisfecha.

No será fuera de proposito referir aquí algunas particularidades de las Damas, que estaban aplicadas á aquella diversion. Jugaban en la mesa, que Yo estaba mirando, dos; la una muy atenta, y con una seriedad, que imponía sujecion, à cuántos se hallaban presentes; repetidas veces reñía con aspereza à cierto Cavallero Joven, que estaba sentado enfrente de ella, por algunos defectos, que, à mi parecer, no merecian la pena de

sus

sus reprehensiones; cada cartón de aquéllos, que tiraban sobre la mesa, la excitaba unos movimientos, como si estuviera convulsa; y luego, que quedaban todos con las manos vacias, repetía sus amargas quejas; Yo, hablando con sinceridad, no puedo decir, si eran bien fundadas; pero si puedo asegurar muy bien, que jamás he visto tratar una cosa de juego con tanta seriedad, y señorío.

La otra Señora, que jugaba, era Madama Zannahoria, que del todo opuesta al caracter de la sobredicha, parecía que todas las acciones, con que se manejaba, se terminaban à complacerse en no imitarla en cosa alguna. Hablaba continuamente yá con uno, yá con otro, de los que estaban à su lado; daba risadas sin motivo, y bolvia los ojos à todas partes con mas velocidad, que el Camaleon. Un Jovencito, que estaba el mas inmediato, recogía los referidos quadrilongos, quando la pertenecía repartirlos, y los echaba sobre la mesa, quando ella debía executar esta accion; de conformidad; que Madama no tenia que emplearse en otro trabajo, que en el de tenerlos en sus manos. Esta jovial Señora puso en mí la vista, y no pudo detener la risa, acordandose del coscorrón, que me diò con la puerta en la cabeza, y de su caída à mis pies: Contò à los presentes el suceso con tal alegría, como si refiriese alguna gloriosa accion, que hubiese executado. Estuvo chanceandose conmigo, aunque sin ofenderme; quería, que prometiese resarcirla la pérdida de su Perrito; y de aquí fuè diciendo por via de gracejo mil extravagancias, con que divertía à los oyentes, al paso que la otra buena Señora hypocondriaca es-

ta-

estaba rabiando de ver el aplauso, que tributaban à la viveza, y desembarazó de Madama Zanahoria, de la que, segun las muestras, ò no era muy amiga, ò no aprobaba el modo de hacerse bien vista en aquella concurrencia; acaso era tambien motivo de su impaciencia considerar, que los chistes de la otra suspendian algunos ratos el juego, en el que ella empleaba todo su calor natural, y una atencion digna de mejor objeto.

A este tiempo entraron diversos Criados, que trañian unas salvillas llenas de vasos, que contenian cierta materia sólida, brillante, y de diversos colores: Luego que me presentaron una, para que escogiese à mi gusto un vaso de aquello, que Yo no sabia què era, mas por hacer, lo que hacian todos, que por deseo, que tuviese de satisfacer la curiosidad, ò el apetito, alarguè el brazo para tomar uno, y al punto senti en la mano un mortal frio, que hallandome desprevenido, me hizo entrar en sospecha, de si acaso era acometimiento de algun insulto aplopetico; el retirar la mano, y mudar de color fueron cosas, que me sucedieron à un tiempo: La prontitud del movimiento, la alteracion del semblante, y la turbacion, inmediatamente dièron à conocer mi ignorancia à la siempre jocosa Madama Zanahoria, que diò principio à una ridicula comedia à mi costa; levantòse de la silla, y me preguntò, si me havia quemado, y tomando despues un vaso, hizo à pura fuerza, que tragase una porcion de aquel material, con lo que consiguió, que se me helase el paladar, el tragadero, y aun las tripas; sus grazejos me hicieron bolver sobre mi, y al paso que me

me dièron à cónocer mi yerro; me pusieron tambien palpables las extravagancias de aquel Pueblo, en donde tienen valor de alimentarse con hielos en el rigor del Invierno.

Despues de este ultimo pasage, cansado de mirar un juego, que no podia acabar de entender, me levatè, y separè disimuladamente de aquel puesto, para solicitar la diversion con otros objetos mas de gusto. Paseandome por la sala, adverti à un lado una rueda de Señoras, que me pareciò, estaban en la mas seria conversacion: Lleguè, y Madama Betonica, que era una de aquellas Damas, me brindò inmediatamente con asiento; obrando con una regular crianza, no podia rehusar su atento convite, y assi, me puse à su lado, y con atencion à la materia, que se trataba: Era entonces el asunto las telas de sus vestidos; cada una alababa la suya, procurando realzarla respecto de la de las demàs; referian el Lugar, en donde se havian fabricado; el Mercader, de quien las compraron; el Sastre, que havia cortado los vestidos; y ultimamente el dinero, consumido en todo esto, bien que añadiendo cada qual alguna mentira, tocante à los gastos, para dar mayor merito à los suyos; de las telas pasaron à los encages; todas enseñaban à porfia los suyos, alabando lo fino de ellos, la labor, y lo subido de su precio. Uno à uno de esta suerte pasaron por el examen de estas Monas, cuántos adornos trañian sobre sí; y qualquiera que entendiera de quèntas, pudiera allí haver ajustado, lo que todas ellas costaban por junto, y quanto valia cada una en particular, rebajando el valor de su cuerpo, y sus talentos; bien que,

que, aunque todo entrase en una misma suma, ascenderia à una cortissima cantidad.

Una de estas Damas, llamada Madama Criadilla, que con animo, sin duda, de aumentar las rentas de su casa, mediante sus particulares labores, no paraba de hacer nudos en cierta porcion de seda, que tenia devanada en una como lanzadera de Texedor, me habló assi: Decidme, Señor forastero; ¿ las Damas de vuestro país (en caso de que fuera de este las haya) tienen el buen gusto de divertirse, como nosotras, hablando de los vestidos, y demàs ornatos? Yà que quereis saberlo, Señora, la respondì, os digo con la mayor sinceridad, que en nuestros países las Damas, ó mugeres, nombradas como quisieris, tienen formada mejor idea de la grandeza; aunque ataviadas con un increíble luxo, no advertiriais, que jamàs se den una mirada à sus adornos; y si acaso hay alguno, que quiere adularias, alabando el buen gusto, ó lo sobresaliente de ellos; al punto desvanecen aquel discurso, desdenándose de hablar, de lo que tratan, ó aparentan tratar con todo desprecio; de este modo mas parece, que ellas solicitan honrar à las alhajas, que emplean en su uso, que no que sus ornatos sean, quienes à ellas hagan mas apreciables, que es lo que las Damas de este País parece que pretenden, realzando el valor de todas sus riquezas. Quedò Madama Criadilla muy confusa con mi respuesta, quando estaba creyendo, que con su pregunta me havia dado pie, para aplaudir el buen gusto, y delicado discernimiento de ella, y sus compañeras.

Haviendo hablado tan claro, no era razon de-
te-

tenerme mas con aquellas Monas, à quienes, se puede decir, havia quitado yà la libertad de adular à su natural pasion; entreteniendo con cosa, que tanto las agradaba; mediante lo qual, para no serlas molesto, hechos los acostumbrados cumplimientos, executè lo que pensaba, que era irme à otro lado. Al que mas cerca vi en la sala, fue à Roberto, que estaba hablando de Europa con el Presidente; estaban los dos tratando la materia con mucha seriedad, y lo que Yo queria, era divertirme, por tanto evitè el encuentro, y me introduxe en una pieza inmediata, en la qual no jugaban. Havia en ella algunas Señoras Jovenes en conversacion; pero los Monitos, que tenia à su lado respectivo cada una, estaban callando, por tratarse puntos, à cuyo conocimiento no podia llegar su incapacidad. Aunque ninguna era de mis conocidas, la libertad que me havian dado en aquel lugar, me permitia detenerme, en donde mejor me pareciera: Vi una silla desocupada à un rincón de aquella estancia, y determinè ocuparla, desde la qual, fingiendo que no estaba en lo que hablaban, pude escuchar todos sus discursos, sin que hiciesen reparo en mi.

Tratabase allí el punto importante de las Amas de criar, asunto, que tanto suele ocupar el entendimiento de las Señoras; cada qual contaba sus sucesos, como acaecimientos nunca vistos, ni oídos, no obstante que lós de todas concluian, en que à aquella de quien se hablaba, se la havia acabado la leche; no omitièron referir la abundancia, que tienen de ella algunas Amas, y cada Señora contaba, como en ciertas ocasiones ha-

via tenido la dicha de poseer un tesoro semejante. Quedè instruido con la dicha conversacion, de que, quando se tienen que buscar tales muebles, el color, la edad, y la robustez son las circunstancias, à que dan la preferencia las Madres.

La formalidad, con que estas ponderaban sus maximas, y la inutilidad del objeto, que à la verdad, no es materia, para controvertirse en conversaciones públicas, me llegaron à fastidiar de modo, que hice ánimo de separarme de aquel puesto, y lo huviera executado, à no haver advertido, que cansadas de tratar de las vendedoras de su propia sangre, pasaban à tratar de otros asuntos. Introduxose el punto de los embarazos, en que no se omitièron las varias incomodidades, à que por este motivo estàn sujetas; pero lo que mas interesò la fisica especulacion de estas Monas, fuè el antojo, y la inexplicable impresion, que causa en ellas. De este fuè facil pasar al tratado de los Monitos: Las alabanzas, que cada una daba à sus chiquillos, las pueriles frioleras, que contaban, como cosa de suma entidad, y el pronostico, que formaban acerca de sus destinos, me hicièron conocer claramente, que el entendimiento de estas Monas estaba tan en mantillas, como sus Hijos.

Acabàronse tambien estos pasages, y determinaron contar sus gracias, de quando eran chiquitas; apropiabanse ellas mismas todo, quanto podia dar mayor realze à la hermosura, y à la viveza, y poco faltò para que no parase en quimera, queriendo hablar todas à un tiempo: Mientras se tratàron los demàs puntos, observaron mutuamente

te

te toda buena crianza; pero el presente era demasiado delicado; para tener ellas la paciencia de dar lugar, à la que hablaba, de que instruyese muy despacio à los oyentes con la historia de sus propios meritos; armòse tal confusion, que no podia entenderse una palabra, mediante lo qual, pensè seriamente en alexarme de alli, y buscar en otra parte alguna ocasion de emplear mejor el tiempo.

Por largo espacio anduve solicitando en los varios corrillos, que havia en cada pieza, alguno, en que poder entretenerme sin fastidio, pero me fuè imposible satisfacer el deseo: En todas partes, en donde havia Señoras, eran los discursos, como los referidos; y los Monos, no parece, havian llevado otro destino à aquella concurrencia, que el de ponerse cada uno al lado de su Mona. En vista de esto, me pareciò lo menos malo bolverme à mi primer estado, esto es, ponerme à ver jugar, aunque en esto no hallase gusto alguno; pero no bien me havia determinado, quando llegò el Señor Haya à avisarme, de que yá era muy tarde, y assi, que se hacia forzoso retirarnos; no podia jamàs traherme mejor nueva: Avisò à todos los demàs de su familia; y Yo me ausentè sin la menor desazon de un parage, en donde, aunque havia satisfecho mis sentidos por la suntuosidad, y aparatos de los concurrentes, mi espiritu al mismo tiempo havia tenido que sentir muchos enfados.

CA-

CAPITULO XXIII.

Del juego, y bayles de estas Provincias.

NO cesaba de instarme la curiosidad acerca del juego, por lo qual queria averiguar este punto radicalmente. Jacinto tuvo à bien instruirme, dandome una justa idea de el, y despues de haverme explicado, que cada uno de aquellos quadrilongos representaba una diferente figura, y que todos se dividian en quatro clases, me significò el uso de ellos, segun los diversos juegos, à que cada uno se aplica. Con estos cartones, que llaman naypes, se hacen dos especies de juegos, unos llamados mixtos, y otros de pura suerte; el primero es un compuesto de arte, y acaso; el segundo le dirige unicamente la fortuna, y consiste, por lo regular, en adivinar, si un naype saldrà à los numeros pares, ò los nones: Esta ultima especie de juego me pareció tan singular, que no acababa de persuadirme, à que huviese criaturas racionales, que gastasen el tiempo en la pueril curiosidad de averiguar la disposicion, que tenia un naype, despues de haverlos mezclado todos juntos sin orden alguno.

No teneis, que admiraros, me dixo Jacinto; son infinitas las personas, que se emplean en esto, y ocupan noches enteras, por satisfacer esta aficion, que llamais puerilidad; y seria digna de compasion la necesidad de tales sugetos, si se contuviesen dentro de estos limites; pero es lo peor, que expo-

nen

Tom. II.

Cap. XXIII.



nen à cada buelta una gruesa cantidad de dinero, dexando à la contingencia el arbitrio de aplicarsela mas bien al uno, que al otro de los jugadores: De este vicio nacen repetidas veces inmensos daños, y àun la total ruina de opulentissimas familias. Si quereis, añadió, informaros con vuestros mismos ojos de este abuso quási increíble, Yo os llevarè à una casa, que es el principal asiento, y metropoli, donde reyna el juego.

Acceptè la oferta, y mi Amigo no faltò à su palabra. Me conduxo, pues, à una casa tan llena de gente, que me causò notable espanto. El ayre nada puro, que se respiraba; el calor, que quási me ahogò à la primera entrada, y sobre todo, la prodigiosa multitud de pisotadas, que huve de sufrir, me renovàron la especie de la incomodidad de la Plaza de Mascaras, quando Tulipàn me hizo el agasajo de una diversion tan penosa: Con la memoria, pues, de mi anterior suceso no quise dar un paso mas adelante de un lugar tan lleno de peligros, y repitiendo mil gracias à mi Amigo, bolví pies atrás: El se vino tambien conmigo, y me dixo: Yà que no os acomoda satisfacer vuestra curiosidad en esta casa, dadme el gusto de permitirme llevaros à un puesto mas secreto, en donde verèis el valor, ò, por mejor decir, la locura de los jugadores. Como no se trate, le respondi, de que me estropèen, ò de que muera ahogado, os seguirè, adonde quisieris. Guiòme, pues, à un parage estrecho, y opaco, como boca de Lobo: Entrámos, y vimos sobre una mesa una portentosa cantidad de oro: Estaba sentado un Mono, trabajando con su baraja, mientras un pequeño Monillo,
de

de quien podia formarse un diseño del furor, andaba solicitando todos los modos de hacerse infeliz en un momento: Gritaba este miserable, daba patadas, de que eran participantes los que estaban proximos, armaba un pleyto con cada uno, y le faltò muy poco, para tirarme un candelero à la cabeza, porque observò, que me rela: Por lo que mira al otro, que tenia los nappes, se valla de la ocasion con las furias de su contrario; estaba inmoble, como una estatua, y aumentaba su dinero, con el que perdía el incauto Joven, que jugaba con èl. Nos separàmos de aquella estancia, en donde se me angustiaba el corazon con la lastima, que me daba aquel pobre mentecato.

Al salir de tan abominable lugar, preguntè à Jacinto, si se usaba entre ellos tener Hospitales para los locos; cuya pregunta satisfizo sabiamente, respondiendome, que si por quàlquiera defecto se debia caracterizar por loca una persona, era necesario, que toda la Ciudad fuese Hospital. No hay Filósofo, añadiò, que discurra con tan buenos fundamentos acerca de los vicios, y principalmente de el del juego, que es; el que le domina, como aquel Joven, que tanto os ha maravillado; aunque esto se entiende, quãdo tiene lexos la ocasion; conozco muy bien, y es muy amigo mio: Diversas veces ha solido decirme, que atraido de una secreta violencia, en cierto modo se encuentra obligado contra su voluntad à satisfacer à esta pasion; que detesta, y que en queriendo resistirla siente interiormente un fuego, que le consume; y que le martyriza con los efectos de un cruel furor: Quãdo èl empieza à jugar, pierde absolutamente el uso de

de razon, y le verès, como uno, que està embriagado; sujeto à tantas extravagancias, como haveis advertido; y que suelen muchas veces exponerle à peligrosos acasos: Por tanto es mas digno de lastima, que de menosprecio; aunque sus delirios en el juego le hacen aborrecible à los ojos de lo general de la Ciudad, que no conociendo su interior modo de pensar; le reconoce culpable, y digno de desprecio por los defectos, que advierte tan palpables.

Faltaban àun dos horas para medio dia, y no queriendo retirarnos tan temprano à casa, resolvimos ir à visitar à alguna Señora; estabamos dudosos, sobre quãl havia de ser; quãdo me hizo presente Jacinto una cierta Madama Cebolla, que era reputada por literata entre las Monas. Se debe advertir, que no era de aquellas Damas, de que abundaba por entonces la Ciudad; que unicamente por seguir la moda, se aplican à leer quàlquiera libro sin discernimiento, hablan en todas materias, todo lo deciden sin duda alguna, y transforman las voces de su idioma nativo, substituyendo terminos de las lenguas forasteras, todo con el fin de parecer eruditas: Hablarè de estas tambien à su tiempo.

Bolviendo à Madama Cebolla; entrè en deseo de conocerla, y assi resolvimos finalizar la mañana en su compañía: Encontràmosla con un Poeta; pero luego, que la dièron el recado, de que deseabamos la fortuna, de que nos admitiese à su conversacion, nos recibì con mucha política; mas el Poeta no se dignò, ni àun de mirarnos. Con el fin de adquirir gran reputacion en presencia de un forastero, fuè introduciendo conversaciones de todas

materias; de las que daba razon tan magistralmente, que embobaria á qualquiera, que no penetrase la ligereza de sus discursos. Era necesario adularla: ¡Señora, y sabida; que dos titulos, para que no la tributásemos las alabanzas mas bien sonantes, aunque fuesen, faltando el verdadero merito! Me preguntó, si havia en mi País Señoras, que se aplicasen á los libros: Respondíla, que entre nosotros son pocos los exemplos, que se cuentan de Mugeres doctas, á causa de que juzgamos ser las Ciencias armas muy peligrosas en manos de una Señora. Assi puntualmente, replicó, sucede en esta Ciudad, en donde se condena, que nosotras deseemos saber, y se aplauden; las que gastan su juventud ociosamente. Soltó despues la tarabilla contra todas las Monas, y principalmente, contra las que sin estudio pretenden saberlo todo; esto llevaba la mira de formar por consequéncia el panegyrico de sí misma: Mezclaba de quando en quando ciertos terminos antiguos, que aplaudia el Poeta con los movimientos de la cabeza, pero manteniéndose siempre sin hablar una palabra.

No hallè en esta Mona tanto merito, como se ponderaba; no obstante que se esforzó, quanto pudo, para dar muestra de sus habilidades. El Poeta, que hasta este punto no havia despegado sus labios, debió de cansarse, y habló finalmente assi: Vosotros, Señores, en una palabra, haveis venido á incomodar á Madama Cebolla, por solo satisfacer vuestra curiosidad, y oír el oraculo de nuestro siglo; y á que estais servidos, podéis desocupar el puesto, y dexarnos en libertad, para tratar los puntos mas reconditos de la literatura. Teneis razon, respon-

pondí, de desear nuestra partida, pues por tan largo rato hemos abusado de la tolerancia de esta Señora; pero me parece, que no es á vos, á quien tocaba hacernos una advertencia tan clara, y tan distante de toda buena crianza.

Fuè forzoso, no obstante, obedecer el decreto; y no me pesó mucho el ausentarme de una persona, de quien no havia formado muy grande idea. Me instó la curiosidad á preguntar, quién era el dicho temerario Poeta, y averigüè, como era un Monuelo de cortos haberes, y de ninguna estimacion, que habiendo advertido en esta Mona la vanidad de parecer literata, se havia determinado á hacerla la Corte con sus ciertas miras. Madama Cebolla era viuda, y rica; con lo que está descubierto el mysterio: Andaba captando su benevolencia á costa de adulaciones, por si podia pillarla por Esposa, ó entrar en posesion de sus caudales: Conocia su falta de merito, y assi se oponia, á que ella trabase alguna amistad; y baxo el titulo de zelo, de que no la interrumpiesen sus literarias tareas, ocultaba los zelos, ó por mejor decir, los temores de perder una dote tan ventajosa.

Pasados algunos dias, me dixeron, que se disponia para dentro de corto tiempo un bayle magnifico, al que havia de ir la Novia, y toda su familia; fuè esta para mí una gustosa noticia por el deseo, que tenia mi curiosidad de nuevos objetos. No tardó en llegar la noche, destinada para esta fiesta. Nosotros (segun nos previnièron nuestros Amigos) estabamos precisados á mandarnos hacer unos vestidos mas ricos, que, los que ordinariamente llevabamos: Seguimos, pues, el estylo, como

nos havian aconsejado, y assi tuvimos, que pagar bien caro el gusto de aquella funcion mucho antes de llegar à disfrutarla. Si aún à nosotros fuè forzoso cumplir de este modo con la tyrania de la costumbre; puede cada qual figurarse, qñan excesivos serian los gastos, que se ocasionarian con este solo motivo. El luxo llegò à un grado sublime; los Monos no querian ceder à las Monas el merito de ser los principales, que tributasen inciensos al idolo de la vanidad; pero estas no consintiendo, que se violasen sus derechos, pretendièron la sorpresa con nuevas invenciones, y efectivamente consiguièron sorprehender el zelo de aquellos Señores.

El vestido de las Damas en estos lances es distinto del ordinario. Lo principal del ornato consiste en un hueco, y riquissimo brial; que vá sostenido sobrè cierta maquina, formada de unas desiguales figuras eliticas paralelas. Un cierto instrumento, que està ancho por el pecho, pero que vá à proporcion estrechándose, hasta apretar barbaramente los costados, està cubierto con cierta tela, que desde los hombros à la cintura vá ajustada, pero en llegando allí, queda libre enteramente, y recogida por detrás todo lo que debia ir arrastrando, cuelga no mas, que hasta los pies, disminuyendose siempre, para acabar qñasi en punta. El mucho peso de la referida maquina, la apretura del dicho instrumento; y sobre todo, el cuidado, para que no se descomponga alguno de los rizos de sus cabellos, hacen andar à estas martyres de la vanidad tan tiesas, y presumidas, que apenas conocia à aquellas mismas, con quienes estaba hecho à tratar freqüentemente. Merezca perdon

don mi ignorancia; pero permitaseme decir, que se me figuraban una manada de Pabos, quando muy huecos de plumas, con las alas arrastrando, y la cola estendida en figura de abanico, van haciendo muy vanos la rueda por el corral, en que nacieron, siendo objetos de admiracion, y respeto à las Gallinas, Patos, Gansos, y otras semejantes ave-cillas domesticas, è insensatas.

Era esta funcion en el Palacio del primer Ministro, que acostumbraba convidar anualmente à la Nobleza, para tenerla propicia, y andaba diestro en tomar assi sus medidas; pues estos festejos, con que cortejaba à lo mas visible de la Ciudad, le hacian mas bien visto, y conciliaban mas la estimacion de las Señoras, y de los Jovenes, que todos los grandes servicios, que de su conducta, y continuados desvelos experimentaba el Estado. Puede creerse, que la magnificencia corresponderia à la calidad del personage, que se hacia cargo de aquella fiesta; todos los aparatos eran brillantes en sumo agrado. Los adórnos, la abundancia, y delicadeza del refresco, el numero de las mayores habilidades en la Musica, y finalmente, todo qñanto puede imaginarse, que respire una verdadera prodigalidad, concurría à hacer conceptuar una alta reputacion del primer vasallo del Reyno. En ninguna otra ocasion antes, ni despues de esta se ofreció à mi vista en aquella Metropoli igual lucido concurso de la Nobleza de uno, y otro sexo.

Este Ministro no paraba, recibiendo à todos con un ayre de agrado, y politica tan excesiva, que claramente daba à entender, tenia mas gusto en agradar à los sugetos, que componian aquella concur-

currencia; que àun ellos mismos de ser convidados para la tal diversion, siendo assi que la tienen una inclinacion todos los Monos, superior, à quanto pueda ponderarse. Luego que llegamos, cumplimentò á la Novia con el mayor agasajo, y la conduxo, à que ocupase el primer puesto entre todas las Señoras, y bolviendo despues á nosotros, nos dixo: Vosotros tambien, Amigos míos, habeis querido venir à honrarme con vuestras personas? Bien que con eso se os proporciona ocasion de conocer en este lance, quanto aventajan á las nuestras las grandezas de Europa; no obstante, os ruego, acepteis con generosidad de corazon, lo que tal qual alcanzan vuestras fuerzas. Respondió Roberto à estos cumplimientos en los terminos de la mejor politica, y buena crianza; quedando nosotros àun mas pagados del buen recibimiento de tan grave personage, que del honor de ser admitidos à presenciar la ostentacion de sus riquezas, y liberalidad.

Dióse finalmente el orden, para comenzar la fiesta, y una Mona Joven à la derecha de un semejante Monuelo, fuèron los primeros que observè, destinados, para romper el bayle. Estuve con la mayor atencion examinando estas danzas, y assi describiré con toda sinceridad, quanto se me puso à la vista. Estos dos, à quienes mas bien calificò de enamorados, que de Esposos; luego que llegaron al puesto, se saludaron reciprocamente con una cortesia; dadas despues las manos, se adelantaron unos quantos pasos, cojeando yà del un pie, yà del otro, y andando lo mas de puntillas; finalizados estos primeros pasos, soltaron las manos, y quan grande fuè la ligacion, y estrechura antecedente,

tan-

tanto era el retiro, que siguiò à esta; si la Mona se encaminaba à la derecha, retirabase el Mono à la izquierda; mudaban despues de parecer, y marchando èl al lado derecho, inmediatamente huía ella al opuesto; y assi para observar aquella distancia, parece, tenían puesto todo su cuidado en hacer el uno lo contrario, à lo que el otro executaba, por lo que puede imaginarse, que si se empeñaba la Mona en marchar ácia el Oriente; tomaba al punto el Cavallero la determinacion de hacer su viage ácia Poniente. Despues de repetir estas huidas diversas veces, parece, que convinièron en bolver à unirse; en efecto, alargaron el brazo derecho, y se dieron la mano; pero bolvièron à dividirse inmediatamente. Intentaron de nuevo hacer las paces, siendo el medio para ellas darse la otra mano; pero sin saberse el motivo, se disgustaron nuevamente, y bolvièron à los primeros pasos, hurtandose uno à otro el cuerpo del modo, que llevo referido: Cansados, en fin, de repetir una misma cosa, se encaminaron con los brazos abiertos à darse mutuamente las dos manos, saludaronse de nuevo, y se separaron para siempre.

Desagradome esta pesadèz eterna, que llamaban bayle, y creyendo, siguièse à la primera otra danza, en la que Yo pudiese lograr una diversion de mas gusto, previne la atencion, para observar la nueva pareja, que havia ocupado el puesto, para empezarla; pero con notable sentimiento mio, vi, que repetian las mismas bueltas, y las proprias acciones; en una palabra, continuaron por algunas horas en estos juguetes, para mi de sumo fastidio; del mayor placer, y aplauso para todos los

con-

concurrentes. Hallabase junto à mí un Mono Viejo observando con tanta atencion, à los que baylaban, que parecia, que era aquella la vez primera, que presenciaba semejantes funciones: No me pareció seria demasiada impertinencia preguntarle, cómo se llamaba aquel bayle perpetuo, rogandole, me diese alguna explicacion de un enigma, que no entendia, y que se me figuraba un puro juego de niños. El Viejo, que era un Mono de buena crianza, no tomó à mal, que le interrumpiese su atencion, y cortesmente contextò de esta forma:

Las costumbres presentes, dixo, estuvièron antiguamente en toda su fuerza; y à quien no tiene conocimiento de la antigüedad, le parecen absolutamente nuevas: Este mismo era el estylo, que havia, para conversar, y tratar con las Damas. Nuestros Sabios antepasados procuràron dexarnos en estas danzas, que llamaron bayle de amor, una instruccion, ò mas bien una critica, de lo que con esta pasion nos sucede. Se emprende con sinceridad, y respecto de los dos sugetos amantes; y esto se explica en este bayle por aquel acompañarse dadas las manos, y por el atento modo de saludarse; de allí à breve tiempo falta la union, y buena crianza; para darlo à entender, havrèis advertido como el Mono se pone el sombrero, y se separa de su compañera: El cojèar unas veces de un pie, y otras de otro, y aquel andar de puntillas significan: lo primero, la incertidumbre, para resolverse al Matrimonio, que le hace balancear yà al lado de la libertad, y yà al de la dulce coyunda; lo segundo, la cautela, para no empeñarse, sentando bien el pie en un camino tan lleno de

es-

espinas: Las huidas, retiros, y oposiciones explican los comunes artificios, de que se sirven, para aparentar mas preciosa la conquista de una alhaja, que si se lograra con demasiada facilidad, se disminuiria su valor. Aquel darse respectivamente yà la una mano, yà la otra, explica los primeros empeños, aunque no completos todavia, pues à estos siguen siempre nuevas dudas; se estrecha finalmente el lazo, que es lo que simbolizan las dos manos; despues de lo quäl, se renuevan los saludos, y los dos enteramente se separan; para significar, que no bien forman los consortes el vinculo, quãdo se hallan arrepentidos de esta union, y con toda cortesia se dan mutuamente licencia de encaminarse, por donde se les antoje, baxo el seguro de no poder jamás bolver à reunir sus animos, yà con la posesion fastidiados.

Di muchas gracias al cortès, y docto Viejo, que sin duda debia de haver encontrado tan preciosa erudicion en algunos marmoles antiguos, ò en las reliquias de alguna mohosa medalla, pues en las Historias de aquellos Pueblos no se halla noticia de semejante institucion. Para que nada me quede, que decir, de lo que observè en aquella fiesta, no pasarè en silencio, que de quãdo en quãdo turnaban con los bayles, de que he hecho mencion, ciertas danzas, compuestas de diversas parejas de baylarines, pero no pude comprehender en ellas otra cosa, que una confusion, quizà mas bien, por no saber seguir-las, que por defecto del arte, con que se havian inventado: Notè, que el sentido del tacto hacia allí muy bien su papel; las Monas de menos recato eran las mas apetecidas para aquellas maniobras, y los

Ee

Jo-

Jovenes mas osados los primeros, que solicitaban lugar en la danza.

Gran parte de la noche havia pasado, y no se trataba de poner fin á aquel fastidio; yá comenzaba á no poder abrir los ojos, molestando del sueño, y mis deseos eran de estar, en donde poder satisfacerle: Conoci por experiencia, quã sensatos fuèron los antiguos, segun se colige de sus proverbios, y quã significativo sea aquel, que suele decirse comunmente: *No hay diversion, que no canse.* Llamè à Narciso, y le preguntè, si faltaba mucho para acabarse aquella fiesta: No es del caso, me respondiò, pensar en eso, hasta que el Sol estè visible sobre nuestro Orizonte. Oido tan barbaro decreto, determinè retirarme debaxo del balconcillo de los Musicos, adonde, sin que en mi hiciesen reparo, me recostè, para dormir descuidado, hasta que finalizase el bayle; en cuyo caso nó les costò poca dificultad à los Hijos del Señor Haya encontrar el lugar de mi escondite.

CAPITULO ULTIMO.

D la boda de Madama Lecbuga.

SE aproximaba por momentos el instante, en que la Novia debia borrarse del catalogo de las Solteras, è introducirse en un orden, que, quãto más le desean, tanto más llevadero es para ellas el sentimiento de una pérdida, que trahe consigo las incomodidades, y penas de la vida matrimonial. Tal vez introducirian los Sabios Legisladores la costum-

tumbre de tantos aparatos de júbilo, de grandezas, y de aplausos, para desvanecer de la mente de las Novias las fastidiosas impresiones de la verguenza, y las que igualmente se debian originar del paso de una vida tranquila à un estado lleno de tribulaciones. En tiempos pasados acaso fuèron necesarias todas estas precauciones; pero el dia de hoy se ha desterrado por lo general, de entre las Monas Jovenes, aquella bien parecida repugnancia, que nacia de una verdadera verguenza; de tal conformidad, que yá, no digo con fausto, y alegría, pero aún à costa de abatimiento, y tristeza comprarian aquel tan suspirado momento.

Uno de los muchos preparativos de la vanidad (que tiene tan ondas raizes en los corazones de las Monas) era el estylo de poner los adornos, destinados para la Novia, à la vista de todos; para este efecto se colocan sobre unas grandes mesas los vestidos, las cofias, los zapatos, y hasta los calzones, si acaso, como muchas, ha de ponerse los. El separarse de un uso tan brillante, aplaudido, y necesario en unas bodas solemnes, huviera sido un delito detestable para con la Nobleza de la Corte; y assi no podia creerse, que acarrearían sobre si culpa tan grave Madama Espina, y su Hija, que en ventolera no cedian un paso à Dama alguna del Reyno. Pusose, pues, à cargo de la Madre la disposicion de los infinitos arreos de boda, ordenandolos de tal manera, que su colocacion diese mayor realce à la quãtidad, hermosura, y valor de ellos mismos; ella cumpliò, como Maestra, con quãto se havia dexado à su inspeccion.

Luego que todo estuvo dispuesto, se franqueó la entrada à las Damas, y Cavalleros, para que admirasen las profusiones del Novio: Las Señoras demostraban el mayor deseo de entrar à gozar de tan bello espectáculo, aunque por cumplir con la moda; y no porque en ello tuviesen un verdadero gusto, pues mas bien querrian mortificar su curiosidad, privando à la vista de unos objetos, que no pueden ser de mucha satisfaccion à su natural embidia: El Padre de la Novia, que por lo regular tenia un bello discernimiento de las cosas, aunque alguna vez se dexaba llevar del comun torrente, condescendiendo con su aprobacion, ò repugnancia, segun las leyes del uso, y la preocupacion, estaba sumamente contento con todo aquel aparato; y suponiendo, que havrian hecho en mi espíritu una igual impresion aquellos objetos, que en él havian despertado notables sentimientos de complacencia, y consuelo, quiso, le diese mi parecer acerca de aquella costumbre de poner à pública vista las preciosas alhajas de boda. Yo le respondí con toda sinceridad, que en la tal moda encontraba una ligereza de genio, que no podia producir muy grande opinion à favor, de quien la seguia, ò à lo menos, de quien la havia introducido: Yo os concederè, replicò el Amigo, que una vanidad sin limites es, quien ha originado semejante uso; mas con todo eso nos vemos quasi precisados à seguirle, pues aunque le confesemos fuera de proposito, si huvieramos de atenernos en nuestras operaciones unicamente á aquello, que tiene su apoyo en las maximas de la razon, seria necesario desterrar de la vida culta, y civil la mayor

yor parte de las acciones. De este modo el Señor Haya, sacando fuerzas de flaqueza, fuè baxo el pretexto del decoro buscando disculpas à la falsedad de su juicio en aquella materia; falsedad, que deducia su principio del error comun, y del particular interès.

Creuyendo despues hallarme de mejor parecer acerca de las idèas de grandeza, que, del que me havia oido, por lo que miraba à aquella ridicula afectacion, quiso, le dixese, què eco me hacia tanto cúmulo de riquezas; Yo, que comprehendí su deseo, y que sigo la maxima de no ser escaso de sinceridad con aquellos Amigos, que no solicitan, se les adule, respondí de este modo: La vista de cosas tan bellas, y magnificas hace en mi espíritu ahora la misma impresion, que en alguna otra ocasion me causaron, tratando de telas, el buen gusto, y riqueza del Mercader en la qualidad, y quantità de ellas, y assi no haciendose tanto caso de una tienda proveida con mas abundancia, que la que aqui se vè, me parece, que una familia tan rica, y noble, como la vuestra, no debia hacer ostentacion de una cosa, en que se le iguala qualquiera Mercader por mediano, que sea. No puso muy buena cara el Amigo con mi respuesta; pero desde luego aseguro, que en lo sucesivo no será tan aficionado à estas estudiosas demonstraciones.

Llegò finalmente, el suspirado dia de la boda. No intento describir la magnificencia de los adornos, la profusion en todo genero de cosas, y el numeroso concurso de la Nobleza. La Madre, y la Novia estuvièron todo aquel dia inaccesibles hasta

ta el mismo momento de la solemne ceremonia: Solicitas en adornarse con todo aquel cuidado, que requerian su natural propension, y tan importante circunstancia, se encerraron bien de mañana en el sagrario del luxo, adonde no permitièron entrar sino à sus doncellas, y à las Maestras del arte, mas acreditadas en la Ciudad. Ciertas lenguas maldicientes quisieron decir, que en aquel Gabinete intervenian algunas acciones de Magia, mediante el uso, que hacian del pelo, cortado de cabezas de Monas muertas; y de cierta nabaja, con que cortaban quasi de raíz aquel pelo, que suele ofuscarlas las entradas, teniendo el atrevimiento de crecer demasiado sobre sus frentes.

Diòse al público; por ultimo; la Novia, vestida de una manera, que hasta entonces jamás havia Yo visto, siendo tambien el peynado de una nueva invencion. Llegòse la hora de la funcion, y Yo con deseo de ver sus acostumbradas ceremonias, me retirè à un rincon de la sala, desde donde esperaba notarlas todas sin molestia; pero no me evitò la incomodidad mi escondite, porque determinò cierta Mona venir à sentarse junto à mi, y en lugar del saludo, me favoreciò por un costado con aquella ancha máquina, que baxando desde la cintura à los pies, ahüeca los briales, como las velas de un gran navio, hinchadas con el viento; uno de los haros, que la componen, llegò à entrarseme por un hijar con tanta fuerza, que me obligò à desamparar el puesto; en cuyo intermedio se efectuò el solemne rito, que es brevissimo, sin que Yo pudiese verlo. Al punto se oyò resonar por toda la sala un armonioso estre-
pi-

piò de instrumentos musicos, y todos los presentes se prepararon, para ver baylar à la Novia; hallábanse allí los primeros sugetos del Reyno, y assi Yo no ponía duda, en que à uno de ellos se daría la preferencia, para que la acompañase; pero me engañè; un temerario Baylarin se apropiò este honor; y lo que es mas (con notable admiracion mia) nadie tomò satisfaccion de aquella temeridad; semejante atrevimiento, me parecia, debia haver desconcertado la magnificencia de la funcion, en consideracion de que tantas grandezas se afeaban con la vileza de permitir, que un obscuro, y asalariado Mono se mezclase entre tanta Nobleza, y tuviese valor, para distinguirse con una tan particular prerrogativa.

Los cumplimientos, y los aplausos fueron los primeros frutos de esta solemnidad; gastòse con alegría lo restante del tiempo, coronando todas las acostumbradas formalidades una magnifica cena, à que asistièron los parientes mas cercanos de los Novios. Hasta estos terminos, sin pasar adelante, se estiende mi descripcion, pues no quise tener la excesiva curiosidad de averiguar los secretos del tálamo, y los mysterios del amor. A la mañana, siguiente à la boda, esparcièron por la Ciudad varias voces aquellos, que pretenden saberlo todo; pero como sus relaciones no excedian las lineas de lo verosimil, de aqui era, que sus inventores no podian temer ser convencidos de falsedad por falta de juridicos testimonios.

Aqui será bien poner fin à la segunda parte de mis memorias, yá por tomar algun reposo de la fatiga, aunque ligera; yà porque en estos tiempos

pos fuè , quãdo tuvièron su termino mi alegria , y mi sosiego. Habitando un Reyno , tan distante de mi patria , donde , por espacio de dilatados meses , entre las comodidades , aplausos , y real beneficencia , comenzaba Yo à olvidarme de las pasadas desgracias , y à creer asegurado mi nuevo estado de vida en firmissimos cimientos , capaces de resistir todos los embates de la contraria fortuna ; mas el Cielo , que acaso desaprobaba estos principios de presuncion , ò que queria experimentar , de quãta fortaleza estaba proveido mi corazon , para resistir los contratiempos , me preparaba una série de infortunios , que havian de ser el medio de nuevos descubrimientos , y despues de un encadenamiento de sucesos yã prosperos , y yã adversos , me prevenia las proporciones de volver à mi patria.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.